

El joven de Carácter



Mons. Tihamér Tóth

AL JOVEN LECTOR

Hijo mío: junto a mi escritorio muchas veces hay estudiantes sentados mi lado.

Al comenzar el curso llegan de visita. Los nuevos llaman a mi puerta con recelo; los conocidos, con alegría más confiada.

Se sientan junto a mi mesa y, en la desnudez de mi cuarto silencioso, se abre el reino, lleno de riquezas, de sus almas jóvenes, guardadas antes por mil cerrojos.

Al contarme sus pequeñas penas, que para ellos parecen terriblemente aplastantes; al oír yo las quejas de sus innumerables y pequeños dolores, que para ellos resultan extremadamente serios; al colocar en la palma de mi mano sus almas jóvenes con sus tempestades, sus profundos problemas y al decirme después ellos, con anhelante sed en sus ojos abiertos: "Deme un consejo, ¿qué debo hacer?" Pues entonces, en esos momentos inspirados, he aprendido yo, que el alma de cada joven es una mina de diamantes inagotable, es una promesa en la que late un desarrollo imposible de medir. Ayudarles en su formación resulta para los hombres ya maduros, no sólo un gran honor, sino que un deber santo.

Quienes no tratan con la juventud, no sospechan siquiera, cuántas dudas, cuántos tormentos, cuántos tropiezos, quizás hasta la caída definitiva, puede llevar consigo la fogosidad de sus almas, y cuánto necesitan, en las dificultades de la vida, alguien que los guíe con una mano vigorosa.

Cuando en estas ocasiones he querido infundirles fuerza para la lucha, apaciguar sus almas alborotadas, darles consejos en la duda, y tenderles una mano fuerte que los ayude a salir del doloroso trance, me parecía que no sólo estaba sentado ante mí uno de mis estudiantes, sino que los ojos de miles y miles de jóvenes que buscaban mi alma, todos aquellos que luchan con idénticos problemas serios, pero que no tienen, quizás, a

nadie a quien pedir respuesta, consuelo, consejo y dirección. Sienten que tienen que luchar solos los duros combates de sus años de juventud.

Así nacieron estos libros. Así es cómo me vino su idea.

Sé muy bien que la letra impresa, es menos eficaz que la palabra hablada. Pero no será quizás completamente inútil escribir algunos libros, reuniendo los pensamientos que suelo tratar con mis estudiantes.

Joven: no sé cómo te llamas. No sé en qué escuela, instituto o Universidad estudias. Tan sólo sé una cosa: que eres estudiante, que llevas en tu alma el futuro de tu país, y que tienes problemas serios. Resolver tus dudas, es el deber más santo que nos incumbe a nosotros.

Porque no hay en la vida obligación tan noble como dar a beber, de la fuente eterna de la verdad, a las almas sedientas. No existe mérito mayor ante la humanidad, ni hay nada más grato a Dios, que preservar de la perdición una sola alma joven, que es la mayor esperanza de la patria, y el "templo vivo" de Dios.

Todas las líneas del libro me fueron dictadas por el amor que profeso a tu alma y por la convicción de que, llenar a un alma joven de nobles ideales, es un deber de valor imperecedero. Este amor merece que tú también medites con seriedad lo que leas en estos libros. Y si hay algo que no comprendas, si necesitas acaso explicaciones posteriores, si tienes algunas observaciones que hacer, y principalmente si mis pensamientos te han ayudado a pisar el camino del bien, escíbeme. Porque la mayor recompensa a mis fatigas será el que, mediante estas líneas, haya podido encaminar a un solo joven y haya dado fuerzas a una sola alma, para que permanezca, durante su desarrollo, en el sendero del recto vivir. Te saluda, aun sin conocerte y es tuyo.

El Autor

CAPÍTULO PRIMERO

¿Qué es carácter?

I.- RÉGULO EN CARTAGO

Envió Cartago a Roma una embajada para pedir la paz. Se le confió la misión al romano Régulo, que se hallaba preso, y se le exigió juramento de volver a la cautividad, si la delegación no lograba resultado. Puedes imaginarte la emoción de su alma al ver de nuevo a su amada Roma. Y habría podido quedarse allí en su patria, definitivamente, en el caso de conseguir la paz.

¿Sabes qué hizo?

Él fue precisamente, quien abogó con más ardor por la continuación de la guerra; y cuando el senado le alentaba a quedarse, dando por motivo que el juramento arrancado a viva fuerza no obliga, contestó: “¿Tan empeñados estáis en que me degrade? Bien sé que me aguardan torturas y muerte al volver. Pero, ¡qué cosa más insignificante es todo esto comparado con la vergüenza de una acción infame, con las heridas de un alma culpable! Quiero conservar en su pureza el carácter romano, aun siendo prisionero de los cartaginenses. He jurado volver. Cumpliré mi palabra. Lo demás, dejadlo en manos de los dioses”. Volvió a Cartago y los cartaginenses, en medio de grandes tormentos, le dieron muerte.

¡Este era el carácter romano!

Pues, ¿cuál tendrá que ser el carácter *cristiano*?

No se puede pedir que todos los hombres sean ricos, ni que sean todos sabios; ni tampoco que todos sean célebres; pero sí, que de todos podemos exigir que *tengan carácter*.

A pocos les es dado conquistar pueblos. Son pocos los que llevan en su frente una corona real. Pero tomar posesión del reino del alma lleno de riquezas, y colocar sobre nuestra frente la corona del carácter valeroso, es un deber santo, noble, que todo hombre debe cumplir. Todo hombre, sin excepción. Muchos no lo cumplen. Pero tú, hijo mío, lo cumplirás, ¿verdad?

Pero el carácter no es un “premio gordo”, que se pueda sacar sin méritos. El carácter no es un apellido que se hereda sin trabajo. El carácter es el resultado de arduas luchas de la educación de sí mismo, de abnegación, de una batalla espiritual sostenida firmemente. Y esta batalla la debe librar cada uno por sí solo, hasta que venza.

Magnífico resultado de la lucha será tu *carácter*. En este momento, quizás no comprendas por completo el significado de esta palabra. Pero llegará el día en que se descubra ante la divina obediencia, la obra cumbre de tu vida y se muestre, con su grandeza sin par, tu alma en la que tanto trabajaste. Entonces brotará de tus labios el grito de triunfo y entusiasmo, como exclamó Haydn al escuchar su obra *Creación*: “¡Dios mío!, y, ¿soy yo el autor de esta obra?”

Homines sunt voluntates, dice San Agustín en una frase lapidaria y admirable: “El precio del hombre es su voluntad”. Cada día crece el número de convencidos de que la escuela actual dedica excesivos cuidados al intelecto de los jóvenes y olvida demasiado a educar su fuerza de voluntad. De ahí la triste realidad de que, en la sociedad de los hombres formados, abunden también más cabezas instruidas que temples de acero, de que haya más ciencia que carácter. Y sin embargo, *la base del Estado, su piedra fundamental no es la ciencia, sino la moral intacta; no la riqueza, sino el honor; no la indecencia, sino el carácter*.

Este libro pretende forjar “jóvenes de carácter”. Jóvenes que piensen de esta manera: “Una responsabilidad inmensa pesa sobre mí: un deber serio tiene mi vida. En mi alma están depositadas las semillas del porvenir. Debo desarrollarlas con un estricto cumplimiento del deber y con una vida ideal. Debo cuidarla y procurar que se abra en una flor maravillosa, para que dignamente pueda despedir su fragancia durante toda la eternidad ante el trono del Dios eterno”

Mi libro pretende formar “jóvenes de carácter” en un tiempo en que, al parecer, anda todo revuelto y el mundo camina cabeza abajo en vez de ir sobre los pies.

Hoy, en que la enorme y casi única enfermedad de la humanidad, semillero de todos los pecados, es la relajación aterradora de la voluntad; cuando el no tener carácter es para muchos, una virtud de prudente adaptación a las circunstancias y, en la que la negación de los propios principios, es bautizada con el nombre de política real; cuando el perseguir el interés individual se llama interés por el bien común; cuando el hombre, que con sentimentalismo exagerado, se ofende a cada paso, y quiere descubrir la dignidad personal; cuando la envidia se viste con la careta del amor a la verdad; hoy en que todos evitan los trabajos pesados, bajo el pretexto de imposibilidad, y sólo se persigue la comodidad y los goces, este libro quiere educar jóvenes, cuyo carácter sea íntegro, cuyos principios de vida sean firmes y justos, cuya voluntad no se acobarde ante las dificultades. Quiere formar jóvenes que sean caballeros fascinados por el cumplimiento del deber; jóvenes, cuya alma y cuyo cuerpo sean fuertes como el acero, rectos como la verdad, luminosos como un rayo de sol, y nítidos como el arroyo de los montes.

Quiere estudiantes de carácter en un tiempo, en que abundan los estudiantes de alma retorcida, sin madurez; estudiantes que no sienten interés por ningún problema espiritual; cuya única preocupación es jugar bribonadas a sus profesores, quitar un día al estudio, saber quién es la nueva estrella de la pantalla y dónde se celebran las mejores fiestas. ¡Cuán grande es su número! ¡Y qué pocos los jóvenes de carácter!

Pues bien, este libro quiere demostrar que, a pesar de todo, son estos pocos los que tienen razón. Los otros parecen tan alegres, ¡tan despreocupados! Éstos han de labrar con duro trabajo el camino del carácter, y este libro quiere alentarte a que te alistes, a pesar de todo, en la fila de estos últimos, porque sólo así llegarás a una vida digna de hombre. Es la voluntad la que hace al hombre grande o pequeño. Digo yo también con Schiller: *Den Menschen macht sein Wille gross und klein* ⁽¹⁾. Y sostengo con el Barón de Eötvös, el gran pensador húngaro: “El valor real del hombre no depende de la fuerza de su entendimiento, sino de su voluntad. Quien esté desprovisto de ella, no hará sino debilitarse con las grandes dotes intelectuales; y no hay criatura más desgraciada en el mundo, y más infame a veces, que una gran inteligencia huérfana de un gran y firme carácter”.

(1) *La muerte de Wallenstein*

En la primavera el campesino sale a mirar su tierra y queda pensativo en la contemplación de los surcos silenciosos, como si preguntara: “¡Tierra mía! ¿Qué me darás hoy?”

Pero la tierra le devuelve la pregunta: “Antes dime: ¿qué me darás tú a mí?”

Así está también el joven ante la puerta misteriosa de la vida que le espera: “¡Vida! ¿Qué me darás? ¿Qué puedo esperar de ti?”

Pero la vida le devuelve la pregunta, como el surco al campesino: “Depende de lo que tú me des. Recibirás tanto cuanto trabajes y recogerás la cosecha de lo que hayas sembrado”.

El JOVEN DE CARÁCTER quiere dar a conocer los medios de esta labor auto educativa. Cuidado, hijo mío, no te engañes. El libro tan sólo descubre los enemigos que acechan, sólo llama tu atención sobre los peligros, sólo muestra los medios, *pero no ocupa tu puesto en la lucha*. La lucha, si quieres llegar a ser “joven de carácter”, has de librarla tú mismo.

Verás por propia experiencia que el camino del carácter no es tan llano. Al andarlo, sentirás muchas veces, qué voluntad tan robusta se requiere para guerrear continuamente contra nuestras pequeñas y grandes faltas y para no hacer nunca las paces con ellas.

Pero sea como fuere... ¡Yo quiero, quiero!

¿Qué quiero?

Quiero hacerme dueño de mis sentidos y de mis sentimientos.

Quiero poner orden en mis pensamientos.

Quiero pensar antes y sólo hablar después.

Quiero tomar consejo antes de obrar.

Quiero aprender del pasado, pensar en el porvenir y para esto hacer fructificar el presente.

Quiero trabajar con alma y vida, sufrir sin quejarse, vivir siempre sin rendiciones, y un día, con la esperanza de la eterna dicha, morir con tranquilidad.

¿Hay programa de vida más grande y noble? ¿Hay otro fin por cuya realización valga más vivir?

Ojalá que este libro ayude a muchos jóvenes en la tarea elevada: en la formación del carácter.

II.- ¿CUÁL ES EL JOVEN DE CARÁCTER?

¿Qué es el carácter? ¿Qué pensamos cuando decimos de alguien “es un joven de carácter”? Con la palabra carácter entendemos la adaptación de la voluntad del hombre a una dirección justa. El joven de carácter es aquel que tiene principios nobles, y que en ellos permanece firme, aun cuando esta perseverancia fiel le exija sacrificios.

En cambio, es de carácter inestable, de poca garantía, débil o, en último grado, es hombre sin carácter, quien contra la voz de su propia conciencia, cambia sus principios según las circunstancias, según la sociedad, según los amigos. Se hace traidor a sus ideales desde el momento en que por ellos tenga que sufrir lo más mínimo.

Con esto ya puedes ver en qué consiste la educación del carácter. En primer lugar: *hay que adquirir ideales, principios; después tenemos que acostumbrarnos, con un ejercicio constante, a obrar según nuestros nobles ideales en cualquier circunstancia de la vida.*

La vida moral del hombre sin principios está expuesta a continuas sacudidas y es como la caña azotada por el huracán. Hoy actúa de un modo, mañana se deja llevar por la opinión de otro. Antes de todo, entonces, pongamos principios firmes en nuestro interior, después adquiramos fuerzas, para hacer siempre aquello que hayamos juzgado recto y justo.

El primer deber que te corresponde, es formar principios rectos en tu alma. ¿Cuál es, por ejemplo, el principio recto en el estudio? “Debo estudiar con diligencia constante, porque tengo que cultivar los dones que me fueron dados, según la voluntad de Dios”. ¿Cuál es el principio sano respecto a mis compañeros? “Lo que deseo para mí, debo desearlo para otros”. Y así sucesivamente. En todo, debes tener principios justos.

El segundo deber, ya más difícil, es seguir los principios justos, es decir, educarte para una vida de carácter.

El carácter no se da gratis, sino que debemos alcanzarlo con una lucha tenaz de años y decenas de años. El ambiente, las cualidades heredadas (malas o buenas), pueden ejercer influencia sobre tu carácter. Pero en resumidas cuentas, el carácter será obra personal tuya, el resultado de tu trabajo de propia formación.

El hombre recibe dos educaciones: una se la dan sus padres y la escuela. La otra, y ésta es la más importante, el propio trabajo auto educativo.

¿Sabes qué es educación? Inclinar la voluntad del hombre de modo que, en cualquier circunstancia, se decida a seguir el bien con alegría y sin vacilaciones.

¿Sabes qué es el carácter? Un modo de obrar siempre consecuente, cuyos móviles son principios firmes: constancia de la voluntad en el servicio del verdadero ideal; perseverancia incuestionable del alma en plasmar al noble concepto de la vida.

Así verás, que en la educación del carácter, lo que resulta difícil, no es tanto el formular rectos principios para la vida, ya que esto se consigue con relativa facilidad, como el persistir en ellos a través de todos los obstáculos. “Es uno de mis principios y me mantengo en él, cueste lo que cueste”. Y como esta firmeza exige tantos sacrificios, por eso hay tan pocos hombres de carácter entre nosotros.

“Guardar fidelidad siempre a nuestros principios y perseverar siempre en la verdad”. ¿Quién no se entusiasmaría con tales *pensamientos*? ¡Si no costase tanto convertir estos *pensamientos* en obras! ¡Si no se esfumasen con tanta facilidad los planes bajo la influencia contraria de la sociedad, de los amigos, de la moda y de mi propio amado y cómodo “yo”!

Escribió Reinick: “No seas inconstante, no empieces a cada momento algo nuevo, fíjate el objetivo y persíguelo hasta el fin”.

En esto te servirá de ayuda la recta autoeducación.

III.- EDÚCATE

La autoeducación es la noble labor de esculpir en tu alma, la imagen sublime que Dios concibió al formarte. Este trabajo tiene que hacerlo cada uno por sí mismo, y ninguno otro puede cumplirlo en su lugar. Los otros podrán darte consejos e indicarte el camino recto. Pero en definitiva, tú tienes que ser quien sienta el deseo de formar en ti la noble imagen que Dios ha escondido en tu alma.

Tú, quien desee ser noble, fuerte, limpio de alma. Debes conocer cómo es tu alma, cuáles son las malas hierbas que hay en ella, qué es lo que le falta. Tienes que trabajar en la educación de tu alma, sabiendo que el éxito se obtiene a costa de muchos esfuerzos, abnegaciones y victorias alcanzadas sobre ti mismo. A menudo deberás negarte a cosas placenteras; muchas veces deberás hacer lo que no te gusta, cerrar la boca y erguir tu frente cuando notes que alguna de tus buenas intenciones, una y otra vez, se ve frustrada.

La formación del carácter, en el transcurso de tu vida, depende de estos pequeños trabajos. “Siembra un pensamiento y segarás el deseo, siembra un deseo y recogerás la acción, siembra la acción y cosecharás la costumbre, siembra la costumbre y lograrás el carácter, siembra el carácter y tendrás por cosecha tu propia suerte”. De pequeños pensamientos y acciones va entretejiéndose la suerte de tu vida.

“En todas las horas de tu vida vuelve tu mirada con respeto y amor hacia la virtud, no pierdas jamás la ocasión de hacer una buena obra y, si esta obra estuviere en pugna algunas veces con tu provecho y deseo momentáneo, acostumbra tu voluntad a vencerlos..., así alcanzarás un carácter con que puedas un día hacer algo grande, trabajar para tu época y para el porvenir, y lograr que tu nombre se pronuncie entre tus compañeros envuelto en respeto y amor”. (Kölosey)

Sin embargo, el hombre debe educar su voluntad para que se compenetre con la voluntad de Dios. Altísima escuela de carácter, la más noble que pueda haber, es la que nos hace exclamar con sentimiento sincero: “Señor, no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Hemos logrado la más valiosa autoeducación, si tras nuestras acciones, nuestras palabras y nuestros pensamientos, formulamos la pregunta: “Señor, ¿ha sido de veras Tu voluntad lo que he hecho y lo que he dicho? ¿También lo querías Tú de esa manera?”

Y esta educación de carácter debes empezarla, hijo mío, desde ahora. En la edad madura sería tarde. El carácter no se forma en los vaivenes de la vida. Al contrario, quien llega sin carácter firme al ajetreo del mundo, pierde hasta lo poco que haya podido tener.

IV.- UN CORAZÓN DE BRONCE

Ahora ya sabes de quién decimos *es un joven de carácter*. Lo decimos de aquel que tiene principios, ideales nobles y sabe realizarlos y permanecer firme en ellos. Permanecer firme aun cuando nadie en el mundo declare estos nobles ideales; aun cuando todos los que te rodean sean cobardes y sin carácter. Permanecer firmes a pesar de millares y millares de ejemplos adversos y malos. ¡Permanecer firmes en nuestros principios sean cuales fuesen las circunstancias! Sólo Dios sabe cuán terriblemente difícil es a veces.

Cuando muchachos malvados como jauría suelta, torturan largo rato a un compañero más débil, y éste, como ciervo asustado ante los perros de caza, en

vano mira a su alrededor buscando ayuda..., es necesario entonces, desviar con suavidad el interés de sus compañeros crueles. Esto es amor, valentía, fidelidad de principios: *Un corazón de bronce.*

Cuando un grupo de jóvenes adolescentes enloda con ironía las más santas verdades religiosas, con “argumentos” sacados de libros baratos (basura de literatura), y entre rudas carcajadas pretenden refutar las enseñanzas de la clase de religión, hay que levantar entonces la palabra sin espíritu de ofender, pero con valentía invencible, con ciencia imponente, y descubrir los errores y falsos argumentos. Defender la doctrina que ha servido de blanco a la burla, es algo que requiere heroísmo y carácter fuerte.

Cuando la risa despreocupada de tus compañeros se oye debajo de tu ventana y te atrae al patio de recreo apartándote de la ingrata clase de álgebra, permanecer en estas ocasiones, con vigorosa decisión, fiel al deber, es propio de todo un carácter: *Un corazón de bronce.*

En las sangrientas persecuciones de los primeros siglos cristianos, apresaron a un sencillo campesino y lo pusieron ante una estatua de Júpiter. “Echa incienso en el fuego y sacrifica a nuestro dios”. – “¡No lo hago!” – contesta con calma Barlaam. Empiezan a torturarlo. En vano. Entonces extienden a viva fuerza su brazo para que la mano esté justamente encima de las llamas y le ponen incienso en la palma. “¡Deja caer el incienso y serás libre!” – “¡No lo hago!” – repite Barlaam. Y allí está de pie, incommovible, con el brazo extendido... La llama del fuego va subiendo, ya está lamiendo la palma de la mano, ya empieza a humear el incienso... pero el hombre sigue inalterable. El fuego consumió su mano, y así se quemó el incienso, pero el corazón del mártir Barlaam no fue infiel a su Dios: *Un corazón de bronce.*

Hijo mío: ¡Cuán pocos son, en nuestros días y por desgracia, los que tienen este carácter de mártir! El carácter al cual ya rindió reverencia el poeta pagano, al escribir:

*Justum ac tenacem propositi virum...
Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae.*

“Al hombre justo y firme en sus propósitos... aunque el mundo resquebrajado caiga, lo encontrarán imperturbable entre las ruinas”.

¡Aquel soldado de Pompeya, que estaba de centinela cuando se produjo la erupción del Vesubio! La lava hirviente redujo a cenizas todo cuanto había en

torno suyo; todo se desplomaba, todo se tambaleaba a su alrededor, ¡pero él no se movió ni un solo paso del lugar que le señalara el deber!

Pues bien, hijo mío, este valor, esta fidelidad de principios, esta frente levantada, esto es lo que llamamos carácter.

Pero, ¡ay! si ahora fijo la mirada en los muchachos. ¡Qué tipos más distintos veré! ¡Cuán distintos! Veo estudiantes perfumados, que se exhiben como damiselas en los paseos. Estudiantes que no saben salirse de la televisión y del ocio. Estudiantes que nunca dejan las fiestas. Estudiantes con alcohol y cigarrillos. Estudiantes que se saben de memoria las noticias de los diarios de deportes. Estudiantes adictos a Internet. Estudiantes que devoran páginas y más páginas de literatura barata. Estudiantes flojos. Una inmensidad de estudiantes que sabe de todo, menos estudiar.

V.- LAS PALABRAS DE EPICTETO

Los buenos pensadores del paganismo ya descubrieron una gran verdad: un hombre puede ser sabio célebre o prestigioso artista; deportista de fama mundial o dueño de enormes riquezas. Pero si no tiene carácter, nada vale. Lee los siguientes pensamientos de un esclavo pagano, en las obras de Epicteto:

“No te preocupes de satisfacer las necesidades de tu estómago, sino las de tu alma” (*Gnomologium Epictetum*, 20) ⁽¹⁾

“Antes morir que vivir con mala moralidad” (*Fragm.* 32, 422)

“La suerte ata al cuerpo; la maldad ata las almas. Quien es libre según el cuerpo, pero tiene atada su alma, es esclavo; quien está exento del mal en el alma, es hombre libre, aunque tenga el cuerpo encadenado” (*Gnom.* 32, 470)

“Es más provecho para el Estado, si en moradas pequeñas viven almas grandes, que si en palacios viven hombres de un alma esclava” (*Gnom.* 60, 470)

“Tu alma es la radiación de la divinidad, eres su hijo; por lo tanto tenla en gran estima. ¿No sabes que estás nutriendo a Dios y lo llevas en tu persona?” (II, 8, 12, 125)

Nuestro fin es obedecer a los dioses, para que de esta suerte nos hagamos semejantes a Dios” (I, 13)

1) Ed. Schenckl - Teubner, Lipzig, 1898 - 1899

“El alma es como una ciudad situada; detrás de sus muros resistentes vigilan los defensores. Si los cimientos son fuertes, la fortaleza no tendrá que capitular” (IV, 4, 25)

“Si quieres ser bueno, antes has de creer que eres malo” (*Gnom.* 13, 468)

“Abstente del mal y no condesciendas jamás con tus malas inclinaciones” (*Fragm.* 10, 411)

“El alma pura que tiene principios rectos será sublime e incontrastable también en sus acciones” (IV, 11, 8, 389)

“En todas tus obras, grandes o pequeñas, mira a Dios” (II, 19, 31, 174)

“Enseña a los hombres que la felicidad no está donde ellos, en su ceguera y miseria, la buscan. La felicidad no está en la fuerza, porque Myro y Ofelio no eran felices; no está en el poder, porque los cónsules no tenían dicha; ni en el conjunto de estas cosas, porque Nerón, Sardanápalo y Agamenón hubieron de gemir, llorar, arrancar sus cabellos, y fueron los esclavos de las circunstancias, los prisioneros del parecer. La felicidad está en ti, en la libertad verdadera, en la ausencia o supresión de todo miedo innoble, en el absoluto dominio de ti mismo, en la posesión de la satisfacción y la paz...”

Observa, ¡qué elevados pensamientos en labios de un esclavo gentil!

VI.- LA FUERZA DE UN GRAN IDEAL

Cada joven debe proponerse algún ideal grande para su vida, y le debe parecer indigno quedar en la fila de los hombres mediocres. Fíjate tú también algún ideal elevado, no te apartes nunca de él y aplica todas tus fuerzas a realizarlo. No digo que dentro de algunos meses, ni siquiera dentro de algunos años alcances realmente tu ideal. Hasta podría darse el caso de que nunca lo alcanzaras. Pero no importa. Con la reconcentración de nuestros pensamientos y de nuestros planes, sin duda nos acercaremos al fin que en un comienzo nos parecía inabordable. Quien se propone con todas sus energías conseguir un objetivo elevado, descubrirá en sí, día tras día, nuevas fuerzas, cuya existencia ni siquiera sospechaba

Cuánto puede soportar el cuerpo humano, nos lo han demostrado las increíbles privaciones de las trincheras en la guerra. Así también, si te lanzas con todas tus fuerzas a conseguir un ideal prefijado, sólo entonces podrás ver de cuánto es capaz el alma humana con una voluntad firme.

Así podrías prefijarte, como un fin, librarte del mayor defecto que hayas descubierto en ti, cueste lo que cueste. Por ejemplo: antes, en el informe final del año, dos “notas rojas” y cinco “notas azules”. El año que viene proponte sacar solamente “sietes” en todo, por mucho trabajo que pudiera costarte. O también: decide aprender inglés, y a esto dedicarás media hora cada día, pero sin exceptuar ninguno. Y así sucesivamente.

Pero además de estos fines inmediatos, me gustaría que te fijaras un objetivo más lejano. Los libros de textos ingleses están llenos de frases como éstas: “Donde millones de hombres se desalentaron, allí empieza tú a trabajar”. “En las cumbres aún hay mucho lugar para los obreros esforzados”. “Los mejores puestos del mundo aún están por conquistarse”. “Se buscan todavía la inteligencia y el carácter; en la Bolsa de la vida aún hay gran demanda de ellos”, etc.

Yo quisiera que todo joven se metiera en la cabeza que puede y debe llegar a ser un hombre grande, sabio, instruido, de carácter firme, mejor que muchos otros innumerables. No digo que llegue a serlo en realidad. Pero si sus anhelos y pensamientos se lanzan siempre como el águila a un fin elevado, seguramente lo alcanzará con más facilidad que si, a modo de golondrina, no hace sino de continuo rozar la tierra.

“Pero así todos los muchachos serán soberbios y presumidos” – me dirás tú -. Al contrario, es seguro que quien siente su alma encendida por tan nobles ideales, vencerá con más facilidad los pensamientos bajos. Hay jóvenes que llegan a degradarse moralmente porque no supieron fijar a su vida un elevado anhelo, un ideal sublime.

Acepto sin reservas el lema, que uno de los hombres más ricos, pero al mismo tiempo de los más laboriosos de Norte América, Carnegie, propone a los jóvenes: *My place is at the top*. “Mi puesto está en la cumbre”. Pero no intentes llegar a la cumbre por vía de la protección o a través de la influencia de la familia, sino que con trabajo duro, con el escrupuloso cumplimiento del deber.

Naturalmente hay quien no aprende y no se abre camino, porque es “humilde”, “resignado”, “modesto”. ¡Poco a poco, amigo! La cobardía no es virtud y la pereza no es humildad. La verdadera humildad hace decir al hombre: “Nada soy, nada puedo por mi propia fuerza”, pero añadiendo en seguida: “Sin embargo, no hay en el mundo cosa que no pueda yo hacer si Dios me ayuda”.

Repite con frecuencia la frase preciosa, la súplica exquisitamente tranquilizadora de un santo: *Deus meus, Deus meus! Nihil sum, sed tuus sum*. “¡Dios

mío, Dios mío! Nada soy: pero lo que soy, es completamente tuyo". Rézala muchas veces y verás qué fuerza espiritual tan viva brota de tan sencilla oración.

VII.- EL VIGOR

No hay cosa que tanto admiren los jóvenes como el vigor decidido en el obrar. Y con razón. No en vano es éste uno de los rasgos más hermosos de la voluntad firme. Pero, ¿a qué damos el nombre de vigor?

Desde luego, no a las fantasías. Hay muchachos capaces de llevar a cabo mil hazañas estupendas... pero, de pensamiento. Describen a sus compañeros atrevidas aventuras, todo lo que hicieron durante la noche... soñando, que con suerte, suelen poner a sus amigos piel de gallina. Esto no es vigor. Resolver problemas difíciles de matemática, traducir al castellano con estilo correcto las frases larguísimas de Livio, luchar contra los propios defectos; en una palabra, *obrar y no soñar*, esto es vigor.

De la misma manera no es vigor la precipitación desatinada, defecto común en los jóvenes. Saltar en medio del peligro diciendo entre sí: "Ya me ayudará Dios", a resolver y sin pensar, todos los problemas. Despreciar y aun buscar con osadía las ocasiones que conducen a pecado (las malas compañías, la televisión, Internet, el cine, la revista, el libro...) todo esto no es vigor.

Emprenderlo todo para dejarlo para mañana, no es vigor. Ahora empiezas a estudiar inglés, pero dentro de una semana te descorazonas por las dificultades y echas en un rincón la gramática inglesa. En compensación, haces colección de láminas, pero sólo por tres días, porque ya entonces no te interesa y lo cambias por otra cosa. Te entregas a los deportes. Durante dos semanas te entrenas sin compasión, desde la mañana a la noche, te ejercitas en todos los deportes imaginables. Al llegar a la tercera semana ya estás cansado, lo dejas. Nada de esto es vigor.

El dicho alemán lo expresa con exactitud: *Erst vägen dann äägen*. "Antes pensarlo, después lanzarse". Es decir, pensar bien la cuestión, el deber. Considerar las circunstancias. Pero cuando ves que debes hacerlo, o vale la pena que lo hagas, entonces no retrocedas, por más abnegación, perseverancia y sacrificio que te cueste. "He de hacerlo, es mi deber, por lo tanto lo hago." Esto ya es vigor, ya es el verdadero carácter del hombre.

VIII.- LA LIBERTAD

No hay palabra que hechice tanto a la juventud, como la palabra “libertad”. ¡Crecer libremente! ¡Desarrollarse libremente! ¡Vivir libremente! Libremente, como el pájaro. Un deseo instintivo impulsa a la juventud hacia la libertad. Y si es instintivo, quiere decir que lo dio el Creador y, si lo dio Él, entonces habrá fijado objetivos elevados a este instinto. Estos deseos de libertad no pueden tener por fin armar el mayor alboroto durante los descansos y traspasar los reglamentos de disciplina. Este fin no puede ser otro, que dar energías al joven para que pueda luchar contra todo lo que impida su desarrollo ideal.

El deseo de libertad de tu corazón tiene como fin asegurar tu desarrollo de espíritu. Así, pues, no debes luchar contra toda norma y obligación (esto sería libertinaje, desenfreno), sino sólo contra las pasiones, inclinaciones, obstáculos que se oponen al libre desenvolvimiento de tu carácter.

No es justo luchar contra todo lo que favorece tu desarrollo, por muy difícil que sea. A semejanza de la vid, que no puede desprenderse de la vara que la sostiene y hace que las ramas puedan subir más alto.

Todo instinto abandonado a sí mismo, es ciego. Es ciego también el instinto de la libertad y si desprecia la dirección de la mente exigente, precipita al hombre a la perdición y a la ruina. Por esto vemos un día y otro día la triste realidad de que muchos jóvenes se pierden por una libertad mal entendida. Los instintos separados del control de la inteligencia, los arrastran ciegamente hacia cosas que sólo son buenas en apariencia, pero que en verdad son nocivas, y los hacen retroceder ante otras, que si bien parecen difíciles, son necesarias para el armónico desarrollo espiritual. Escribía un estudiante a su amigo: “Desde que mi papá me permitió fumar, lo he dejado, ya no se me antoja”. Ve ahí el deseo de libertad desviado, que considera intervención abusiva todo mando y prohibición.

A tu edad el deseo más grande, el anhelo de todo joven, es verse libre, independiente. Pues, eso mismo quieren tus educadores y tus padres. Trata de comprenderlo y cooperar con ellos.

Son, por desgracia, muchísimos los que actúan de manera muy distinta. Quieren ser independientes, cuando todavía deben *educarse* para ello. Entienden por independencia el desorden, el alejarse de toda ley, y no aquella independencia interior, fecunda semilla de ayuda, libertad, dominio contra el desaliento, el capricho, la pereza y los otros retoños de la vida del instinto.

¿Cómo, pues, podrás trabajar prudentemente por tu independencia espiritual? Viendo en las órdenes de tus padres, en las reglas de la escuela, en el deber cotidiano, no ataduras para tu libre voluntad ni mandatos caprichosos que sólo cumples a regañadientes si otros lo ven y pueden vigilarlo. Todo lo contrario: son medios que te sirven para vencer tu comodidad, tu mal humor, tus caprichos, tu superficialidad, tu inconstancia. Quien mira bajo este aspecto cuanto se le manda y por esto cumple las órdenes, trabaja de veras por la libertad de su alma. *Deo servire regnare est*, dice un proverbio latino. “Servir a Dios es reinar”.

El ideal de la educación católica es el joven que se desarrolla armónicamente en su cuerpo y en su alma. El cuerpo para nosotros es santo como el alma, ya que lo recibimos del Creador, para que nos ayude a conseguir nuestro fin eterno. Declaramos que el cuerpo humano fue santificado por el mismo Hijo de Dios, cuando asumió carne mortal; y creemos, que un día también el cuerpo participará de la vida eterna.

El cristianismo no ve pues, algo “diabólico”, algo “pecaminoso” en el cuerpo. No tiene por fin destruir el cuerpo ni debilitarlo. Lo que intenta es hacer del cuerpo, un trabajador puesto al servicio de los fines eternos. Los mandatos de la religión, aunque te obliguen severamente, no son obstáculos a tu libertad; más bien son garantías y medios auxiliares para el vuelo de tu alma. Atamos a la vara también la cepa de la vid, pero no para contrariarla en su libertad, sino para dirigir y asegurar su recto crecimiento.

No vamos nosotros a pedir menos de lo que pedía el noble pensar de un romano. Mira qué objetivos propone Juvenal en los versos que siguen:

*Orandum ets, ut sit mens sana in corpore sano;
Fortem posce animum, mortis terrore carentem,
Qui spatium vitae extremum inter munera ponat
Naturae, quae ferre queat quoscumque labres,
Nesciat irasci, cupiat nihil, et potiores
Herculis aerumnas credat saevosque labores
Et venere et coenis et plumis Sardanapali.*

Juvenal, *Satyr.*, X

“Has de pedir alma sana en cuerpo sano.

Pide ánimo fuerte, que no tema la muerte, que ponga entre los dones de la naturaleza el último momento de la vida, que pueda sobrellevar cualquier trabajo.

No sepa airarse; nada desee y tenga los trabajos y duras calamidades de Hércules en más que los placeres y cenas de Sardanápalo”.

En resumen: cuerpo sano, alma fuerte y capaz de soportar las fatigas pesadas; autodisciplina, nada de pretensiones, moderación.

Pero sólo las almas grandes son capaces de esto.

IX.- JÓVENES MAGNÁNIMOS

Al pronunciar la palabra “magnánimo”, no tienes que pensar en los héroes de alguna célebre hazaña, cuyos nombres resuenan en el mundo entero y se ven estampados en los diarios. La mayoría de los hombres no tendrán ocasión ni una vez en su vida de realizar ni una sola proeza heroica. Por lo mismo, aunque los muchachos muestren ardoroso entusiasmo contando todo lo que harían en una expedición al Polo Sur, cómo morirían de buena gana por su religión, cómo quisieran ofrecer su vida entre salvajes por Jesucristo, o con qué valor estarían dispuestos a derramar su sangre en cualquier momento por el bien de la patria. Pero, por muy hermoso que sea tal entusiasmo, mientras no pase de ser más que un vago sueño, te digo que será de muy poco valor para la vida cotidiana. Porque es muy probable que los muchachos nunca tengan ocasión de hacer tamaños sacrificios.

Hay que aplicar, pues, esta fuerza interior del entusiasmo fogoso a los pequeños deberes de la vida cotidiana, y entonces podremos disfrutar de ellos con enormes energías. Quien desea ir en bus urbano, es inútil que lleve billetes de veinte mil pesos; si no tiene moneda pequeña, el conductor le hará bajar, porque el bus no es un Banco de cambio. De la misma manera hemos de cambiar los grandes ideales del entusiasmo, del martirio y del amor a la patria en esa moneda, para poder cumplir con constancia los mandamientos de nuestra religión y los deberes unidos al amor a la patria. ¡Todos, hasta los más pequeños!

Hoy día es improbable la muerte de martirio por tu fe, y quizás tampoco debas morir heroicamente por tu patria. Pero tu religión y tu patria te piden, eso sí, una vida colmada de continuos heroísmos. Y esto es lo más difícil. El ejemplo de

muchos desgraciados que ponen fin a su existencia muestra claramente que muchas veces es necesario más valor para la vida, que para la muerte.

Durante la Primera Guerra Mundial, nuestros soldados fueron vacunados contra el cólera. ¿Sabes qué vi en el hospital donde prestaba mis servicios durante la guerra? Jóvenes fuertes, de gran musculatura, que no habían cedido bajo la lluvia más tenaz de los proyectiles; pero, ante la pequeña aguja de la vacuna, empezaban a temblar. Ahí verás, que con gran entusiasmo heroico nada lograrás en la vida diaria.

Hay hombres, en quienes la valentía es más bien ligereza y vanidad, que virtud. Quizás no teman a la misma muerte, pero temen horriblemente a los sufrimientos que les esperan en la vida, y este miedo los hace falsos y pecadores.

En el circo, el público mira temblando los saltos verdaderamente mortales de los acróbatas. Pero, ¿crees acaso, que el que juega con tanta ligereza con su vida, podrá vencer por ejemplo la mentira, si a cambio de ella puede librarse de cualquier cosa insignificante? Se necesita mucho menos valentía para bañarse en invierno entre los trozos de hielo que flotan en un río caudaloso, que para perseverar firme en los principios morales, en medio de una sociedad que de la vida no tiene sino un concepto ligero. ¡Es valentía decir siempre la verdad! ¡Es valentía ser honrado! ¡Es valentía perseverar incommovibles en nuestros principios! Esto es lo que hace el joven de carácter.

X.- "PERO, ¡QUÉ EGOÍSTA ERES!"

No puede negarse que no es ningún cumplido hablar así a un compañero. ¿Qué es el egoísmo? Un amor a sí mismo desordenado, desquiciado. El amor justo a sí mismo es mandamiento de Dios y un instinto puesto en nosotros. Es el principio del que brota la sustentación del individuo y que nos instiga a evitar todo lo que puede dañarnos. Pero el egoísmo es la caricatura del justo amor a sí mismo. El muchacho egoísta cree ser el centro del universo, que todo el mundo está hecho para él y que todos los hombres tienen por único destino en esta tierra, el servirle para su mayor comodidad. Juzga hasta los grandes acontecimientos mundiales según la ventaja que para él representan.

Cuanto más pequeño es el niño, tanto más vive bajo el poder de los sentidos, y por esto mismo es más egoísta. Mira si no, a un niño de tres o cuatro años. ¡Cuántas exigencias tiene! Todo lo ansía para sí; todo lo acumula en su pieza para

que a los otros no les llegue nada. A un niño pequeño se lo perdonamos, aunque es preciso acostumbrarlo también al desprendimiento. Tampoco puede sorprender que un estudiante de primero medio mande a su mamá, a principio de año, cartas en que diga, por ejemplo: “En la escuela ya tengo tres buenos amigos: Javier González en historia, Manuel Vidal en matemática, José Salas en castellano son mis mejores amigos...”

Pero cuanto más se desarrolla tu entendimiento, más comprenderás, aunque no te hubieras educado para ello en casa, que el mundo no está hecho tan sólo por ti; que no eres el personaje más importante de la tierra; que millones y millones de hombres hay en tu alrededor, de quienes tienes que preocuparte. A quien no comprenda esto, lo llamamos egoísta.

Y es curioso notar que los muchachos se vuelven con facilidad egoístas precisamente en los años de pubertad, es decir, precisamente en los años en que más orgullo suelen sentir por su viveza de espíritu y sus conocimientos. Del muchacho que es insoportable en casa, que se enfada con facilidad, que no deja en paz a sus padres y hermanos, que cierra las puertas con estruendo, que frunce el ceño, que siempre está descontento, que no trata a nadie con cortesía, suele decirse: “¡Es nervioso el pobre!” ¡Qué va a serlo! Solamente es egoísta.

Hay egoísmo si un estudiante acomodado describe ante su compañero pobre, los estupendos viajes que ha hecho durante las vacaciones. Hay egoísmo, si sueltas la puerta cuando sabes que viene alguien detrás de ti. Hay egoísmo, si te ríes cuando hay motivo de tristeza en la familia. Hay egoísmo, si te burlas siempre de los otros y los irritas.

Acostúmbrate a practicar el desprendimiento ya en tu juventud. ¡Qué repugnante egoísmo, si un hombre no busca más que su propio interés en la vida y está dispuesto a lograrlo aunque tenga que pasar por encima de todos los demás! Pero, ¿cómo llegó hasta tal punto? Quizás haya empezado con cosas insignificantes en la niñez. Cuando otros atravesaban tupidos bosques, él iba delante soltando las ramas para que hirieran en la cara a los que le seguían; sólo le importaba esto; él ya había pasado.

En cambio, ¡qué honor, si se dice de alguien que es un joven de alma noble! La nobleza de alma es lo contrario del egoísmo. Si tu compañero tiene algún pesar, consuélalo con unas palabras buenas que brotan del corazón. Es nobleza de alma. Si se alegra, alégrate con él; también es nobleza de alma; el egoísta en estos casos se pone amarillo de envidia. Si compartes tu almuerzo con tu compañero, tienes nobleza de alma. Si le ayudas por la tarde a aprender la lección de matemática, si

procuras alegrar a los demás, si tratas a los empleados que trabajan en tu casa o en tu escuela con atentos modales, si recoges a alguien algo que se le ha caído al suelo..., no eres egoísta. Ve ahí, pues, ¡qué grandeza de alma, qué elevación de pensamiento, qué amor al prójimo cabe en las insignificantes pequeñeces de la vida estudiantil!

XI.- ¿SABES DECIR “NO”?

Sin el arte de decir “no”, es imposible que haya un joven de carácter. Cuando los deseos, las pasiones de los instintos se arremolinan en ti, cuando después de una ofensa, la lava encendida bulle en ti y se prepara a una erupción a través del cráter de tu boca, cuando la tentación del pecado te muestra sus atractivos, ¿sabes entonces con gesto enérgico pronunciar la breve y decisiva palabra “no”? Entonces no habrá erupción. No habrá precipitación. No habrá golpes. No habrá pelea.

César quiso acostumbrarse a no hablar precipitadamente. Pesaba las palabras de antemano, contando hasta veinte en sus adentros, antes de dar una respuesta. Excelente medio. ¿Para qué sirve? Para que nuestro mejor “yo”, nuestra comprensión más equitativa pueda hablar, después de sentirse abrasado por un momento por la llamarada de los sentidos.

Por un espléndido camino nevado se deslizaba un joven en ski. Al final de la colina se abría un profundo precipicio. El joven iba volando hacia abajo, lanzado como una flecha. Pero he aquí que, delante del precipicio, con una técnica admirable, se para de repente y se mantiene ahí en el borde de la cima como una columna de granito. ¡Bravo! ¡Estupendo! ¿Dónde lo has aprendido? “¡Ah! - contesta el muchacho - no he empezado ahora. Al principio tuve que ensayarlo muchísimas veces para detenerme, en las más suaves pendientes”.

También el camino de la vida es una especie de carrera de ski, con innumerables precipicios. Y todos caen y todos van al abismo, si no han hecho prácticas de parase infinitas veces, plantados como columnas de mármol, y responder con un recio y rotundo “no” a las turbulentas tempestades de las pasiones.

El ejercicio de la voluntad no es otra cosa que el prestar una ayuda sistemática al espíritu en la guerra de libertad que debe sostener contra el dominio tiránico del cuerpo. Quien se inclina, sin decir una palabra, a cualquier deseo que se asome a su instinto, perderá el temple de su alma y su interior será la presa de fuerzas

encontradas. Ahora comprenderás la palabra del Señor: “El reino de los cielos se logra a viva fuerza y los esforzados son quienes lo arrebatan”. (1)

Primera condición del carácter: guerra contra nosotros mismos y orden en el follaje salvaje de nuestras fuerzas instintivas.

Durante la Primera Guerra Mundial se repitió mucho este lema: “La mejor defensa es el ataque”. En efecto, quien empieza la ofensiva lleva gran ventaja. También en el gran combate del alma, conservarás tanto mejor tu carácter, cuanto más y mayores sean tus luchas. Debes atacar día tras día, aunque sólo sea en pequeñas contiendas, al ejército enemigo que tiene sus cuarteles plantados en tu interior, y cuyo nombre es pereza, comodidad, desamor, capricho, glotonería, fiscalización...

Temo que ni siquiera puedas concebir cuán alto ejemplo de propio dominio dio Abauzit, sabio naturalista de Ginebra. Durante veintidós años estuvo midiendo la presión del aire, anotándola cuidadosamente. Un día entró en la casa una nueva empleada, que empezó por hacer “gran limpieza” en la sala de estudio. Llega el sabio y pregunta a la muchacha: “¿Dónde están los papeles que tenía aquí debajo del barómetro?” – “¿Estos señor? Estaban tan sucios que los he quemado, pero los he cambiado por otros completamente limpios”. Pues bien. Piensa lo que tú habrías hecho en semejante caso. Y, ¿qué dijo él? Cruzó los brazos; por un momento pudo adivinarse la tempestad que rugía, y después dijo con sosiego: “Has destruido el trabajo de veintidós años. De hoy en adelante no tocarás nada en este cuarto”.

Prueba, a ver si en cosas menos importantes puedes guardar la serenidad.

¿Sabes por qué fuman muchos muchachos, aunque saben que es una pasión completamente inútil? ¿Porque les “gusta”? ¡Qué va a gustarles! Porque también los otros fuman. ¿Por qué manifiesta con voz retumbante este joven un juicio despectivo en todas las cuestiones? Porque los otros también lo hacen. ¿Por qué es flojo y apático? Porque también los otros lo son.

Se necesita gran vigor espiritual para que te atrevas a defender tu parecer y tus principios de moral, aun en medio de una sociedad de un pensar completamente diferente. Es necesaria una valentía muy rigurosa para que no reniegues ni una pizca de tu convicción religiosa por amor a nadie. Pero a quien le falta esta valentía, es de carácter débil y no puede llamarse joven de carácter.

(1) *San Mateo, 11, 13.*

Sin embargo, hay jóvenes que en el combate, se lanzarían con heroísmo contra todo un pelotón de soldados enemigos, pero se avergüenzan de confesar con valentía sus creencias en medio de la gente por el “qué dirán”. Hay muchos que, a pesar de su alto concepto de moralidad, se divierten con historias indecentes y hasta ellos mismos cuentan algunas, porque “los otros también lo hacen”.

Quien tenga carácter, no preguntará: “¿Cómo habla el otro?... Yo también hablaré de la misma manera”. Quien tenga carácter no mirará: “¿Qué hace el otro?... Yo haré lo mismo”.

La flor abre sus pétalos al rayo del sol de la mañana y no mira qué hacen las demás flores, y baña su cabecita en el caliente mar de luz. ¡De cara al sol! – es lo que dice el joven de carácter. El águila no espía con temor a las demás aves, para ver si también ellas le siguen hacia arriba, sino que se lanza a las alturas serenas y puras, de cara al sol. *Ad astra*, “hacia arriba”, debe ser también el lema del joven de carácter.

Es una suerte si puedes pronunciar, cuando es necesario, el “no” enérgico.

¡No! – debes decir a tus compañeros cuando ellos te incitan a cosas prohibidas.

¡No! – debes gritar a tus instintos, cuando ciegamente te abrumen.

¡No! – debes gritar a todas las tentaciones que adulando, quieren envolvete en sus telarañas.

XII.- FRAGMENTO DE UN DIARIO

Copio algunas líneas del diario de vida de un estudiante de segundo medio, de la capital. Verás en ellas dos tipos: el uno, ligero, holgazán, que se deja llevar por la corriente que le arrastra, y el otro, que con carácter de acero, sabe pronunciar el “no”.

“Ayer fui a visitar a Gamarza; pero creo que pasaré mucho tiempo sin repetir la visita. Martínez también insistía, y tanto me insistía, que accedí por fin, aunque, Dios sabe por qué, hace ya tiempo que me siento alejado y extraño a él. Sobre todo desde que al final de una clase de religión dijo cínicamente a los muchachos: “La religión es para los niños, no para los jóvenes”.

Antes de todo tengo que decir algo de su pieza. No es posible ver tanto desorden, ni en pleno mercado. Toco el timbre. Un empleado abre la puerta: “El señorito está estudiando en su cuarto. Sírvase pasar...”.

En las habitaciones todo delata la riqueza y el bienestar: grandes cuadros en las paredes, alfombras persas cada una más bonita que la otra cubriendo el suelo.

Toco a la puerta del “señorito”. Parece que debe estar muy concentrado estudiando, porque no se oye respuesta alguna. Abro la puerta en silencio. Está tumbado nuestro amigo Gamarza sobre un número de una revista de deportes, pero duerme. Debajo de la revista está el libro de historia, abierto, para que en caso de que entrara su papá, pueda hacer rápidamente el cambio. En este momento no lo habría logrado...

Antes de despertar al “estudiante” aplicado, echo una rápida mirada a su pieza. Sobre el escritorio están dispersos los siguientes “instrumentos de trabajo”: un trozo de pelota de fútbol, que alguna vez se usó, perforado y manchado en tinta; a su lado una sierra de las que usamos en las clases de manualidades, un bombín para inflar las ruedas de alguna bicicleta, y un solo guante. Además, cerca del escritorio, veo un computador y un poco más allá un televisor. Luego veo una regla que ha sufrido el vandalismo del cuchillo, una goma y unos videojuegos, después del cuaderno de matemáticas. En otra parte una pistola a fogeo, un sacacorchos, un encendedor y la mitad de un diccionario; la otra mitad está debajo de la mesa.

A derecha e izquierda, diferentes libros: el Quijote, de Cervantes; Sub-Terra, de Baldomero Lillo, algunos tomos de Pablo Neruda y por último El Cuervo, de Edgar Allan-Poe, mezclados, en el mayor desorden. En medio de todos, por aquí y por allá, asoman los libros de álgebra y de gramática inglesa. Un trozo de lápiz que conserva las huellas de los dientes y cuatro boletos del bus urbano completan el paisaje. Y en medio de todas estas cosas, Gamarza duerme con tranquilidad. “¡Dios mío - se me ocurrió -, si el interior de este muchacho será también tan desordenado!”

Pero en esto ya se había despertado. Con un movimiento instintivo agarró la revista para cambiarla por el libro de historia; pero en cuanto notó, que no era su papá el que entraba, con refinada elegancia me tendió la mano:

- ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Hola! ¡Hola! Siéntate. Enciende. Son egipcios auténticos - y con movimiento elegante sacó del escondite de un cajón, un puñado de cigarrillos.

- Gracias. No fumo. ¿A ti te dejan? ¿Quién te los ha dado?

- Los tomé de los de mi papá... es decir... me los dio... mejor dicho... de ahí vienen. ¿Tú no fumas todavía? ¡Qué santito eres! Natural; así son los niños; todavía no hacen lo que “no está permitido”.

Algo hervía en mí, pero me vencí y contesté con tranquilidad:

- Ciertamente, lo que mis padres me prohíben, no lo hago. Hasta ahora, siempre he podido convencerme de que tenían razón. Pero no es sólo por no tener permiso que no fumo, sino también por convicción. Y soy consecuente con mis convicciones.

Después empezó a hablar de su veraneo, de su motocicleta. Contó además muchas cosas necias y hasta llegó a soltar chistes de muy mal gusto, a pesar de ver bien claro que yo no me reía. Pero en cuanto sacó de sus libros, fotografías de mujeres casi desnudas y empezó a presumir de sus conquistas, me levanté y lo dejé plantado. La ira que hace tiempo ardía en mí, se desbordó y fue una muestra de dominio de mí mismo no decirle más que esto: "Pero, yo creía que me habías invitado a pasar un rato de sano y honesto entretenimiento...".

Después de esta triste visita tuve que buscar la frescura del aire libre. Una fuerza inexplicable me empujaba hacia el aire puro de una noche serena. Era una noche de invierno, las estrellas parpadeaban con una luz fría. Me paseaba solo de abajo arriba, cuando mi alma intranquila se levantó hacia el cielo y, como en un rezo, exclamó: "¡Oh, estrellas! Ustedes son puras, resplandecientes y nítidas en su luz. ¡Cuánto barro en la tierra y qué miserables las almas!... y fui errando largo rato con mis pensamientos absorto en las purezas eternas.

Esta es la historia de mi primera visita a Gamarza; pero lo tengo por seguro que no se repetirá...".

XIII.- COMETA EN EL CABLE ELÉCTRICO

La base de toda virtud es el dominio de sí mismo. En cuanto alguien se hace esclavo de sus instintos, pierde inmediatamente la mejor garantía de su vida moral: el gobierno de sí mismo. Quien se deja arrastrar, sin oponer resistencia, por los deseos sensuales, no sólo pierde el derecho de llamarse joven de carácter, sino incluso de llamarse hombre. En el concepto de hombre se incluye el mando, el saber oponerse a las pretensiones ilegítimas del cuerpo, a sus explosiones desenfrenadas. Con asombro vemos en la vida no sólo los niños, en quienes prevalece el poder de los sentidos, sino hasta hombres maduros, que obran bajo la influencia de la primera impresión. Cuán increíblemente débil es su autodisciplina que, sin embargo, podría ayudarles a considerar antes si su acción es justa, legal, conveniente, y las consecuencias que acarrea. Las olas instantáneas de la vanidad

ofendida y de la ira, del sensualismo y del orgullo, los empujan y los arrastran a obras que, a los cinco minutos, son los primeros en lamentar. Un porcentaje enorme de los crímenes se borraría en el mundo, si los hombres aprendieran a practicar bien una sola virtud: saber mandarse a sí mismos.

Al filósofo pagano Crates, cierto día le pegó tanto el pintor Nicódromo, que se le hinchó toda la cara. ¿Sabes cuál fue la venganza de Crates? “Le dio otro golpe” – piensas tú”. No. Sobre su cara hinchada puso esta inscripción: “Es obra de Nicódromo”. De este modo, toda la ciudad vio qué alma tan vil tenía el pintor, y cuán aprisa se dejaba llevar por la cólera.

Uno de mis estudiantes tuvo otra solución en un caso semejante. Sin querer, dio un empujón a uno de sus compañeros; éste no se quedó corto y bruscamente le dijo: “¡Eres el mayor animal del mundo!” Y, ¿sabes qué contestó mi estudiante, con calma y serenidad? No dijo más que esto: “Pero por favor, ¿cómo puedes olvidarte tanto de ti mismo?”.

Dicen que los hombres de hoy tienen una manera de pensar terriblemente materialista. Es un hecho triste e innegable. Y no obstante, hasta estos mismos hombres que tienen un concepto tan mezquino del mundo, tan apegado al fango de la tierra, ofrecen el tributo de profundo respeto a hombres en quienes el espíritu triunfa sobre la materia.

¿Con cuánto entusiasmo acogió el mundo entero hace ya muchos años, la noticia de que Amundsen ⁽¹⁾, el viajero intrépido de los Polos, después de muchas privaciones llegó al Polo Sur! Y ¡qué sincera fue la compasión cuando supo, que Shakleton ⁽²⁾ había muerto congelado, unas millas antes de llegar a su término!... ¿Qué es lo que celebra la humanidad en estos descubridores? Estos hombres no abrieron ninguna mina de diamantes, no inventaron máquinas nuevas. Celebra en ellos el triunfo del espíritu, del alma, sobre las fuerzas del cuerpo, de la materia, de la Naturaleza.

(1) Roald Amundsen (1872 – 1928), fue un explorador noruego de las regiones polares. Dirigió la expedición a la Antártida que por primera vez alcanzó el Polo Sur.

(2) Ernest Shackleton (1874 – 1922), fue un explorador anglo-irlandés, principalmente recordado por su expedición a la Antártida de 1914-1916 en el barco *Endurance*.

En una pequeña ciudad de provincia encontré un día por la calle a un niño que lloraba desconsoladamente. Durante largos días había trabajado fabricando una hermosa cometa; había adornado, pegado..., y cuando ya quiso soltarla, se le quedó enganchada en un cable de electricidad de un poste. La hermosa cometa se retorció impotente bajo el soplo del viento sobre el cable y se iba destrozando. El niño lloraba al pie del poste por aquel trabajo hecho con tanto esmero y preocupación.

El alma de cada muchacho bien volaría hacia las alturas. Pero la de muchos queda enganchada, por desgracia, en los arenales del entendimiento que duda, en los peñascos de la moral, en las redes de las pasiones. ¡Pobre niño! ¡Cómo llora cuando su cometa, que con empuje emprendió el vuelo, se enreda entre los cables y se hace pedazos! ¡Cuidado, que tu alma en su ascenso, no quede aprisionada entre las garras de las pasiones y en el laberinto impenetrable de las fuerzas desordenadas del instinto!

XIV.- CONTRA TORRENTEM!

Imagínate al general en jefe de una gran guerra, haciendo planes en su carpa del campo de batalla, marcando el destino a millares y millares de hombres. En el despacho del estado mayor se prohíbe toda palabra en voz alta. El jefe se inclina sobre enormes mapas, en los que está anotado con esmero cada camino, cada puente, la distribución de cada grupo, el puesto del último guardia.

En los cuartos vecinos, un bullicio increíble. Se oyen las comunicaciones telefónicas. Autos y motocicletas corren a una velocidad apresurada. Llegan informes, los aviadores traen el resultado de sus reconocimientos. Pero al jefe no debe llegarle nada de este ruido. Él tiene que pensar y planear sus órdenes con tranquilidad, con sangre fría, con la cabeza despejada. Es el punto de apoyo en el transcurso de los acontecimientos que lo rodean; es la imagen del carácter autónomo.

Quien vive con determinación sus convicciones, despreciando la ironía y el ruido de los demás, es un joven de carácter. ¡Contra torrentem! ¡Contra la corriente!

Quien se pregunte continuamente: “¿Qué dirán de esto los hombres?”, no es todavía un carácter autónomo, sino un esclavo del respeto humano.

Daniel, a la edad de catorce años, cayó cautivo y llegó a la corte del rey Nabucodonosor. Ya puedes imaginarte qué opulencia y lujo deslumbrante le rodeaban. Y, ¿cuál era su lema? “Yo permaneceré fiel a mi Dios y no comeré de la

carne prohibida". La tentación duró tres años y él permaneció limpio de alma en medio de todas las seducciones del palacio de mármol del rey. ¡Era un joven de carácter!

Lee lo que escribió un estudiante universitario sobre La Primera Guerra Mundial: "Creo que he caído con los peores muchachos. Estoy solo en medio de ellos, sin tener un amigo que comparta mi manera de pensar... Hay por cierto compañeros alegres, pero todo lo aprovechan para el mal. Dan un sentido perverso a las canciones y se insertan en cosas en que ni siquiera es lícito pensar. Leen en voz alta libros en que se describen con minuciosos detalles, las cosas más abominables. Oigo cosas que nunca había sospechado. El maestro era precisamente nuestro cabo, un voluntario, que aprovechaba sus escasos conocimientos, para la perversión. Si era posible, me escabullía del cuarto. Pero muchas veces no había manera de escapar. Y entonces todos estábamos sentados a la misma mesa, y el cabo empezaba a contar sus historias. Yo me ocupaba en otras cosas y no quería oír la conversación. Pero me obligaban y en todo me tendían trampas. Todos los servicios tenía que cumplirlos yo, como también pagar por las cosas más pequeñas. Ya estaba resuelto a presentar mis quejas, cuando fui destinado a otra parte. Ahora estoy libre de nuevo y no me obligan a escuchar cosas deshonestas". Ese es un joven heroico, un carácter autónomo. Se atrevió a nadar contra la corriente.

Contra torrentem!

Durante el comunismo no estaba permitido rezar en las clases. ⁽¹⁾ En una de las escuelas de Budapest, entra el "compañero" profesor y manda que los muchachos se sienten. Pero ellos siguen de pie. - "¿Qué pasa. Siéntense". Los muchachos les contestan a una sola voz: - "¡No hemos rezado aún!" Los ojos del "compañero" despiden chispas: - "Ya saben que no está permitido rezar" ... - "¡Aún no hemos rezado!" - repiten todos. ¿Qué había que hacer? - "¡Recen pues!" - fue la respuesta. También estos eran jóvenes heroicos.

(1) La república comunista de Hungría empezó el 21 de marzo de 1919 y duró hasta el 1º de agosto del mismo año, en el que el almirante Nicolás Horthy se apoderó del gobierno. La revolución trastornó toda la vida de la nación. El poder fue acaparado poco a poco por los socialistas, de suerte que la república del pueblo no era otra cosa que una república socialista. Los socialistas se unieron con los comunistas y bolcheviques que en pelotón, venían de Rusia, y todos juntos, como por sorpresa, establecieron la república soviética, según el molde ruso. La historia de esta república se podría escribir con letras de sangre, pues no es otra cosa que una serie de atrocidades y crímenes sin interrupción. El pueblo húngaro, reaccionando contra la fuerza opresora, supo por fin librarse del yugo bolchevique. (N. del T.)

Un hombre de voluntad fuerte se abre camino aun por las rocas, como la cascada. Las almas valientes y autónomas, las almas de carácter, se levantan como pirámides, en el desierto árido del mundo moderno, falto de carácter. Un heroísmo capaz de conmover al mundo, no entra en el destino de todos los hombres. Es muy probable que tampoco en tu vida se presente la ocasión. Pero tu misma vida será un ejemplo heroico, si con exactitud y celo perseverante, cumples los deberes más insignificantes de cada día.

¡Y no temas tanto a los hombres de palabra resonante! Si levantas la voz con valentía en defensa de tus principios, verás, no una, sino muchas veces, cómo va retrocediendo tu enemigo. No es un toro bravo para agarrarte a sus cuernos. Más bien es un caracol gigantesco, que al primer toque, algo recio, se oculta, con cachos y cabeza, en su propia concha.

Nosotros, los hombres ya hechos, vemos con gran satisfacción que la juventud de hoy es mucho más religiosa, que la juventud de hace veinte o treinta años. (1) Tiene que ser así; de lo contrario se arruinaría la cultura occidental.

Rabindranath Tagore, el poeta hindú, durante su viaje a Europa, hizo ver, que la moral de la llamada Europa cristiana queda muy atrás, si se compara con la moral del Oriente pagano. El espíritu materialista del siglo XIX que negaba el alma, todo ideal, Dios y el destino sobrenatural, llevó toda la cultura occidental a una pendiente y no hay fuerza que pueda detener su caída, sin una juventud consecuente con sus creencias religiosas, y capaz de entusiasmarse por nobles ideales.

¡Una juventud consecuente con sus creencias! Es decir, una juventud católica, no sólo por su partida de bautismo, sino también por su manera de vida.

Una juventud que, en todas sus obras, en todas sus palabras, en todos sus pensamientos sepa sacar, hasta la última gota, las consecuencias de este noble ideal: "*¡Soy un joven católico!* Y si lo soy, he de vivir como católico, ahora en mi vida de estudiante, y más tarde en el ejercicio de la carrera. Pero siempre y en todo, ¡fiel a mi convicción religiosa!"

(2) Recordemos que es a principios del siglo XX

XV.- DESAFÍO (1)

“Pero, ¡cuidado con quién te metes! Hace cinco minutos que tengo el derecho de desafiarme...” – manifestó con voz recia un muchacho, buena persona por otra parte, al recibir un empujón de un compañero suyo cuando bajaban juntos por la escalera, momentos después que se publicaran los resultados del último examen de Historia.

El pobre lo dijo con toda el alma, y estaba convencido de que acababa de hacer algo grande. Todo lo contrario. No era sino uno de tantos que no se atreven a nadar contra la corriente. En la seriedad de su acento se veían juntos, todos los conceptos erróneos y toda la deplorable manera de pensar, con la que la actual sociedad intenta salir por los dominios del honor, en un terreno completamente falso. No estará de más que leas algunos pensamientos sobre la materia.

Podemos oír de boca de nuestros mejores jóvenes: “Es verdad, el desafío es una tontería; una manera primitiva de hacerse justicia, una práctica que hemos heredado de los tiempos antiguos. Pero es necesario. Hay casos en que no se puede evitar. Ocasiones hay en que no queda otro modo de reparar el honor”.

Pues bien; reparación. El fin del desafío sería la reparación. Pero si alguien ha mentido, si ha engañado, si ha pisoteado la honra de otro y no se le he echado en cara, ¿con qué derecho me pedirá satisfacción? (2)

Que se rectifique, que se arrepienta de su pecado; es la única manera de recobrar su honor. Y si ese bribón toma la pistola o la espada, ¿ya dio pruebas de su honorabilidad? Sólo dio prueba de que sabe arriesgar con imprudencia su vida. Pero, ¿no hacen lo mismo todos los ladrones, todos los asesinos, todos los acróbatas y todos los domadores de fieras? Piénsalo un poco con serenidad y te convencerás de que el desafío es un medio completamente impropio para la reparación.

(1) El Autor al decir desafío, se refiere al duelo, es decir, combate o pelea entre dos personas a consecuencia de un reto. Práctica que en ese entonces se efectuaba, y ante lo cual el Autor trata de disuadir a los jóvenes de participar en ellos. Hoy en día no se aprecian, pero la idea sí se le puede aplicar en concreto a las peleas o altercados, producidas entre jóvenes u hombres ya maduros, se recomienda leerlo desde este punto de vista y bajo el provecho personal de cada uno.

2) Satisfacción, quiere decir, restaurar el honor propio.

Tres casos se pueden dar en el desafío: los dos contrincantes resultan heridos. Entonces, ¿cuál de los dos obtuvo reparación? Están heridos el inocente y el ofendido. ¿Dónde está la satisfacción? Y por último, puede darse el caso de que el humillado sea el verdadero culpable, supongamos que hasta llega a morir. ¿Qué ocurre entonces? Fíjate.

Nuestra época grita a coro el principio de que todos somos iguales ante la ley. Se repite con orgullo y suena admirablemente. Pero, ¡mira! Si dos hombres, con la cabeza turbia por su estado de embriaguez, riñen en un bar y se acuchillan, son castigados con unos meses de prisión por un delito del que apenas son responsables, dado su estado de inconsciencia. Pero al mismo tiempo, si después de varios días de diversión, dos “señores” en un desafío, con sangre fría y completamente conscientes, a una voz de mando y con artística técnica llegan a mutilarse, no reciben más que tres días de cómoda prisión. ¿Dónde está la igualdad del siglo XX? ¿Comprendes cuánto padece con esto el sentido más esencial del derecho? Por todo el mundo resuena la queja: el pueblo no conoce ya el respeto a la ley. ¿Cómo quieres que haya este respeto en algunos grupos sociales, si en aquéllos con más recursos, la ofensa brutal a ciertas leyes queda sin castigo? ¡Ojalá, hijo mío, que cuando llegues a ser hombre, te atrevas a ir contra la corriente del desafío! El desafiarse es ajeno al concepto del carácter.

Sé muy bien que muchos hombres de sereno pensar, a consecuencia de sus convicciones religiosas y sobrios principios, condenan el desafío. Sin embargo, en ciertos casos lo aceptan “por las exigencias sociales”, según dicen. No hacen bien.

El honor del hombre radica en su moral intachable, por lo tanto, sólo puede perderlo por sus propias faltas.

Es un sentir completamente pagano el considerar que la ofensa y la injuria denigran al ofendido. Los nobles romanos no tenían duelos, sino que acudían a los tribunales, y... no puede tildárseles de cobardes.

“El honor y la valentía son noble virtud del alma, que no se puede alcanzar por medio de las armas, y la vileza o cobardía es la mancha del alma, que no se puede lavar con sangre”. (J. Csernoch)

Reconozco que aún prevalece entre nosotros y siega sus víctimas el ídolo de la sociedad, que quiere vengar las ofensas, no por vías de justicia legal, sino con el medio muy poco satisfactorio del duelo.

Sé también del prejuicio y la imprudencia de algunos que marcan con el sello de la cobardía, a quienes no ceden ante esta deplorable costumbre.

Con mayor razón, necesitamos hombres valientes, que revelen en su vida privada una imponente elevación de carácter y se atrevan a romper lanzas abiertamente contra esta manera de pensar ya anticuada. Yo mismo conozco algunos personajes de gran renombre en el campo social y político y que ocupan puestos de gran responsabilidad, que se ven rodeados en todas partes por el mayor respeto, a pesar de manifestar abiertamente que debido a sus convicciones religiosas, nunca querrán desafiarse.

Por su parte y como es natural, piensan que a nadie se debe ofender. Porque ofender a cada paso y no dar después reparación, no es cristianismo, sino cobardía y maldad. Y si a pesar de todo, la precipitación te ha vencido, mal que mal somos hombres. Créeme: se necesita mucha mayor fuerza espiritual para reconocer nuestra falta después de cometida y pedir perdón por la ofensa, que para ofrecer o aceptar un desafío.

El desafío es una especie de propia defensa que nos legaron tiempos más rústicos, en los que todos se veían obligados a tomarse la justicia por sus manos y lograr sus derechos por propia fuerza. En un mundo civilizado nadie puede hacerse justicia a sí mismo. Trabaja, pues, con tu propio ejemplo, para que a todos les sea posible sacudir este fardo inútil, como ocurría, por ejemplo, con la práctica antes reconocida, la "ley del Talión" ⁽¹⁾. No es digno de un joven valiente, ahogar los nobles principios de su alma con el terrorismo bárbaro de un grupo.

No hace mucho me hablaron de un muchacho que, al terminar la enseñanza media tuvo un duelo; había reñido con un compañero en la clase, y durante dos años fueron alimentando su ira. Hasta que llegó el día, en que tenían ya "derecho al desafío". ¡Dios mío! ¿Tan insensatos e infantiles son los muchachos prontos a comenzar la carrera de hombres ya maduros?

Sí. El joven debe saber ofrecer su vida y su sangre de buena gana por la justicia, por su patria, por su religión, por sus nobles ideales; pero nunca por el necio "qué dirán". El desafío es un pecado contra Dios, es un pecado contra ti mismo y contra tu prójimo. Es además una insensatez.

1) *Ley del Talión, pena que consiste en hacer sufrir al delincuente un daño igual al que causó*

Ahí verás cómo la Iglesia Católica da pruebas de una gloriosa valentía luchando, hace siglos, contra esta locura, excluyendo de su seno a quienes se desafían y a sus padrinos ⁽¹⁾, con lo cual se opone al sentir general. Y no cederá en su empeño hasta que los hombres tomen un camino más discreto.

Hoy nos burlamos de los hombres de la Edad Media que levantaron hogueras para quemar a las brujas. Las futuras generaciones no sabrán comprender cómo hubo una época en que los hombres se daban sablazos y así “salvaban su honor”.

La cuestión principal ahora es ésta: ¿Qué podrías hacer contra la violencia? ¿Exterminarla por completo? Para esto no bastan tu fuerza y valentía. Pero, mucho puedes trabajar en este terreno.

Respetar el honor de los demás y no tendrás desafíos. El joven que, con sus palabras y su comportamiento, no suele respetar a los demás como es debido, se hallará naturalmente y con más facilidad que muchos otros, ante la pistola de un desafío.

A nadie permitas en presencia tuya que murmure de los demás y evitarás muchas peleas. Si alguno de tus conocidos ha reñido con otro, procura componer el asunto sin que se llegue a mayores. En la mayoría de los casos, tienen la culpa principal los amigos violentos.

Y, cuando se hable del conflicto, manifiesta abiertamente tu convicción, confesando que no lo consideras medio adecuado para la defensa del honor y que según tu parecer, el rostro marcado por el cuchillo, no siempre esconde un alma honrada. No es héroe aquel que triunfa en un desafío, ni es el mayor héroe quien vence al enemigo, sino quien supo vencerse a sí mismo.

En una tumba se leen estas palabras: *Victor hostium et sui*. Cuatro palabras, ¡alabanza suprema!: “Venció al enemigo y se venció a sí mismo”. Lo primero pueden hacerlo muchos, lo segundo es mérito de muy pocos.

(1) Los padrinos eran representantes de los contendientes que acordaban el sitio del “campo de honor”, donde se debería efectuar el desafío. Los padrinos podían a su vez luchar o no entre sí.

XVI. - "VICTOR HOSTIUM ET SUI"

No hay quizás empresa más difícil que la de hacer comprender, a un fogoso muchacho de catorce o dieciséis años, por cuyos nervios pasan corrientes eléctricas de gran tensión y por cuyas venas corre, no sangre, sino lava encendida, cuán heroica y noble es la victoria de sí mismo, la paz, la serenidad, la paciencia.

"Si un amigo me hace una zancadilla, y yo no puedo contestarle con valentía y cruzarle la cara; si alguien me maltrata, y yo no puedo darle un bofetón; si se burlan de mí, y tengo que callar lo que llevo dentro...; todo esto es tarea muy difícil. ¡Y llegar a creer que todo esto no es cobardía, ni timidez, sino por el contrario, la muestra más hermosa de la fuerza de voluntad, fuerza robusta, varonil!" Y no obstante es así.

El dominio de sí mismo no es el silencio de una voluntad endeble, no es una resignación pasiva, sino clara muestra de una voluntad disciplinada, que es dueña de todas las circunstancias, y sabe pesar de antemano el significado de la palabra que se va a pronunciar.

El dominio de sí mismo no goza de simpatías entre los jóvenes, porque éstos le dan un significado erróneo. El dominio propio no significa, ni mucho menos, que hayamos de sufrir todo ataque con mansedumbre de cordero y recibir cualquier ofensa sin una frase de réplica. No. Quien tiene introducida su fuerza de voluntad, podrá contestar también la ofensa. Pero no se rebajará con violencias, insultos, ni golpes, a la condición despreciable de su adversario, sino que con modales llenos de dignidad y con palabras prudentes, herirá al ofensor en su punto más sensible.

Quien no tiene dominio de sí mismo, se parece al que no sabe andar, no puede mantenerse de pie, y a cada paso tropieza. Sin dominio de ti mismo es imposible que seas joven de carácter.

Un sublime ejemplo nos dio Nuestro Señor Jesucristo, cuando en el proceso de la Pasión, un soldado le hirió en la cara. El Señor hubiera podido castigar con la muerte a aquel hombre que ofendía a Dios. Y, ¿qué hizo? Con admirable serenidad le dijo: "Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?". (1)

(1) *San Juan 18, 23*

XVII.- ¿TORRE DE CASTILLO O VELETA? (1)

En las ciudades medioevales pueden verse con frecuencia ruinas de fortalezas o castillos antiguos. Cuando todo el edificio ya está desmoronado, la torre sigue desafiando aún años y más años la fuerza destructora del tiempo.

Cuando estas torres envejecidas clavan inmóviles su mirada de piedra en el ajetreo de una vida nueva que se agita bajo sus pies, en medio de aquel desenfrenado ir y venir, parecen la viva imagen del carácter: a sus pies todo cambia, se inclina, se adapta, se vende, se compra, pero ellas no ceden ni un poco de sus principios.

Esta torre antigua viene a ser el símbolo del carácter firme, del hombre que sabe cumplir con su deber.

Y como hubo un día en que esta torre era la defensa más fuerte de los habitantes del castillo, así también hoy el hombre de carácter es la columna poderosa de la sociedad humana: “¡Donde te colocó el destino, allí mismo sé todo un hombre y no abandones jamás el puesto!” – transmiten las piedras mudas de la torre antigua. - “Mírenme: yo no fui construida en un solo día; ¡cuántos bloques de piedra tuvieron que acumularse! y ¡con cuánta fatiga, con qué voluntad, a costa de cuántos sacrificios! Pero véanme aquí venciendo los siglos”.

Hijo mío, y tú, ¡cuán fácilmente te cansas! ¡Cuántas veces te lanzas con ardor juvenil diciendo: “Ahora, ahora tomaré el camino del carácter; de hoy en adelante me dedicaré con determinación a modelar y forjar el temple de mi espíritu!” Pero pasan horas, pasan días, y se achica la llama del entusiasmo, se apaga el fuego y tú... sigues como eras antes.

Para edificar la torre se necesitaron años, quizás docenas de años, y tú, ¿quieres hacerte “carácter” en un solo día? Piénsalo: el camino del pecado, aunque atractivo al principio, está sembrado de flores engañosas; al final te espera un amargo despertar. En cambio, si es difícil al principio seguir el camino de la virtud, se hace más fácil a cada paso y en su meta te espera la paz de una conciencia tranquila.

(1) *Veleta: Pieza de metal, ordinariamente en forma de flecha, que se coloca en lo alto de un edificio o casa, de modo que pueda girar alrededor de un eje vertical impulsada por el viento, y que sirve para señalar la dirección del mismo.*

Y mientras estoy mirando la torre del castillo, veo algo en la cúspide que está moviéndose continuamente. Ya se vuelve hacia acá, ya gira hacia allá... ¡Ah! sí... Es la veleta. No tiene dirección fija, no tiene base sólida, casi diría: "No tiene principios, no tiene carácter". Porque si lo tuviera, en vano le cantarían el viento canciones al oído. Negar los principios, ceder algo de la propia convicción, porque así resulta más cómodo; porque así se puede hacer una carrera más brillante; porque en el mundo entero sopla el viento en esta dirección, es lo propio de la veleta.

Pero, dime: ¿Puede llamarse hombre, quien se deja guiar en sus acciones, en sus principios, en su convicción, por circunstancias exteriores, por el parecer humano?

Y sin embargo, conoces a muchos compañeros de este tipo, ¿verdad? Son los que no caminan por sus propios pies, los que son espiritualmente menores de edad, los que en todo miran tan sólo lo que va a decir el vecino.

La conciencia levanta su voz: "Oye tú, no veas esa película; sabes que rebosa de inmundicias morales; ¿por qué hundir el ropaje inmaculado de tu alma pura en un pantano de vicios?" "Conforme, no la veré". Pero entonces llega el amigo: "¡Hola! ¡Santito pintado, que no eres más que un niño!" "¿Cómo? ¿Yo, un niño?" Y ya ve la película. La ve y mientras avanza la película, va hundiendo su alma en el charco.

Grita la conciencia: "¡No leas ese libro! ¡No veas esa página de Internet! ¡No vayas a ver esa obra de teatro! ¡Abandona esa mala compañía!" "Sí; pero van y la ven también los "otros", los "otros" también se divierten; ¿por qué tengo que ser precisamente yo la excepción?"

Sí, sí. Esta es la manera de obrar y de pensar... de las veletas.

Pues bien, medítalo: ¿Qué quieres ser? ¿Torre de castillo o veleta? ¿El cobarde esclavo del respeto humano o el noble prisionero de tu conciencia?

XVIII.- EL PRISIONERO DE LA CONCIENCIA

“¡El prisionero de la conciencia! ¡Será un título de alguna extraña novela policíaca!” – piensas tal vez en tu interior. Te equivocas. El elogio más hermoso que se puede hacer de un joven, es decir de él: *Es dueño de su voluntad, es prisionero de su conciencia*. ¡Permanecer inquebrantablemente fiel a todo cuanto manda la conciencia! Si eres capaz de ello, eres un joven de carácter.

En el carro hay un pequeño clavo; casi no se nota; el clavo del eje. Si se pierde, el carro sigue andando un rato; pero de repente salta la rueda y se vuelca.

También por la ruta del carácter encontrarás un diminuto instrumento, insignificante al parecer. Es la sumisión sin reserva a la palabra de tu conciencia. Sé, pues, siervo fiel, manso cordero de tu conciencia.

Hay dos enemigos que luchan contra ella. En primer lugar la denigra en torno tuyo el mundo entero; después te incitan a la rebeldía tus inclinaciones desordenadas, tus instintos que se despiertan.

Probablemente tienes momentos de tanto entusiasmo, que abandonas casi la tierra y te lanzas a las alturas. Haces el firme propósito de seguir siempre la voz de tu conciencia. Nunca te desviarás del camino del honor. No dirás, no pensarás, no harás nada que sea pecado. ¡Te sientes tan feliz en esos momentos!

Pero, ¿qué ves en el momento siguiente? Que ni este ni aquel de tus compañeros cumplen los mandamientos de Dios. En ese libro, en aquel teatro, en la televisión, en esa página de Internet, en tal película, ves la burla continua de tus nobles principios. Y ahora te llega la prueba difícil: aunque todo el mundo sea malo, ¿sabrás conservarte tú en el deber?

Si en la escuela los muchachos fuesen indecentes, ¿podrías tú permanecer firme en tus nobles ideales?

Si todos mienten, ¡tú nunca!

Si los otros menosprecian el precepto de la misa dominical, ¡tú nunca!

Si manchan su lengua con palabras groseras, ¡tú nunca!

Después viene otra prueba. Tu constancia no tiene solamente enemigos exteriores; también los tiene interiores, domésticos, que se esconden en el fondo de tu propio ser.

La conciencia suele llamarse voz de Dios, y con razón. ¿Quién no ha oído alguna vez en su interior esta palabra? Cuando el muchacho ya estaba a punto de pegar, oyó en su interior una voz que le advertía, como una campanita que hubiese empezado su repiqueteo: “¡No lo hagas, no lo hagas!”.

Cuando puso la mano en cosa ajena, la campanilla empezó a tocar de nuevo. Y cuando se veía presa de unas tentaciones graves, le parecía que varias campanas tocaban a modo de alarma: tan fuerte gritaba en su alma la conciencia: “¡No lo hagas! ¡No lo hagas!”.

Te lo repito, amado hijo, acostúmbrate en la juventud a *seguir incondicionalmente la voz de tu conciencia*. Ahora es cuando se decide si más tarde serás o no hombre fiel en el cumplimiento del deber. Y ten en cuenta que el hombre de conciencia tiene el mismo valor para la sociedad, que una columna, en la que descansa todo el edificio.

Quien es prisionero de su conciencia, es prisionero de Dios; y la mayor libertad es ser prisionero de Dios. No encuentro mayor alabanza que la que se hizo de un diputado inglés, muerto en la flor de la juventud: “En todo su ser están grabados los diez mandamientos”.

No creas a nadie; cree tan sólo a tu conciencia. No encaja con el carácter el abandonar por consideraciones humanas, por miedo a habladurías o a la ironía, cualquier cosa que te señale o apruebe tu conciencia.

El joven que no se atreve a rezar, que no se arrodilla en la iglesia porque “otros lo ven”, es prisionero también; pero no es prisionero de la conciencia, sino del miedo cobarde de los hombres.

¡Cuánta razón tiene Huxley al escribir: “La verdadera virilidad significa una voluntad fuerte, guiada por una conciencia delicada”!

Quien al hacer algo, espía con pavor lo que dirá el otro, no tiene voluntad, y su carácter aún no está formado. Y quien sigue en sus acciones los anhelos del corazón, pero no pide consejo a su intelecto; quien atiende a sus deseos agradables más que a los austeros deberes, no es un carácter fuerte.

Los reyes persas, para dormir, ponían en su almohada 50.000 talentos de oro, una suma exorbitante. El emperador Calígula no se contentaba con la guardia nocturna, sino que quiso que velasen su sueño hasta las fieras, para que nadie pudiese ingresar hasta él. Arténón puso un escudo enorme sobre su cabeza, para que, si se caía el techo durante la noche, no lo matase. ¡En vano! El mejor remedio para dormir es la buena conciencia. *Ein gutes Gewissen ist ein sanftes Ruhekissen*, como dice el dicho alemán. “La buena conciencia es la más blanda almohada para dormir”.

¡Sé dueño de tu voluntad y prisionero de tu conciencia!

El mártir San Pedro de Verona, fue muerto a puñaladas por su fe. Después de los primeros golpes gritó con determinación: “ *Credo!* ¡Creo!” Cuando cubierto de sangre ya no pudo articular palabra, con su dedo teñido en su propia sangre, escribió en el suelo: “*Credo!*” Era hombre de carácter, porque era prisionero de su conciencia.

CAPÍTULO SEGUNDO

Obstáculos en la formación del carácter

I.- OBSTÁCULOS EN LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

La formación del carácter tiene un crecido número de obstáculos, y no es raro que muchos jóvenes tropiecen con ellos y echen a perder su carácter.

Uno de los obstáculos, como ya has podido ver, es el temor que continuamente te acosa: "Bien, yo tengo mis principios sólidos en esta cuestión; pero si los sigo, ¿qué dirán los hombres?" Quien no hace sino correr en pos de la aprobación de los hombres, de sus favores, y por ello está dispuesto a negar los principios, de antemano aceptados, es muy natural que nunca llegue a formarse un carácter firme. El joven de carácter no se preocupa del juicio que hagan los hombres de sus obras, sino del fallo que sobre ellas emita su propia conciencia. ¡Qué espectáculo más triste, por ejemplo, el de aquellos jóvenes que "por amor a la sociedad", mejor dicho, por temor a los hombres, sostienen conversaciones o realizan cosas, a las que su alma honrada vuelve las espaldas cuando están a solas y no sienten la maléfica influencia del respeto humano!

Otro obstáculo del carácter son las fuerzas desordenadas de nuestro interior; y es un contrasentido hablar de carácter, mientras no hayamos puesto en orden este bosque salvaje. En el alma de cada joven hay una o dos pasiones grandes, vehementes; hay algunos vicios que lo dominan. Descubrir estas pasiones y mantenerlas a raya, es el camino seguro de la formación del carácter. No pierdas el tiempo en la extirpación de faltas pequeñas. Sujeta la pasión dominante; después vencerás con facilidad las restantes. En este joven, por ejemplo, el vicio capital es la comodidad, que huye del trabajo con espanto y terror. En otro, es la gula ya arraigada. En un tercero, la charla continua. En el

de más allá, la ira precipitada, el amor propio exagerado o la testarudez. Todos estos defectos son otros tantos focos de rebeldía en el reino de tu alma. Si no los vences a tiempo, si no los encadenas ahora, muy mal te saldrá más tarde la partida.

El obstáculo más peligroso en la formación del carácter es precisamente la marcha lenta. La labor de la autoeducación es un juego de paciencia que requiere largos años, decenas de años. Y esta es su dificultad.

¿Conoces ya la ley de la cristalización? Sabrás entonces que si en un líquido saturado, en el que hay diferentes materias diluidas y las moléculas están entremezcladas, ponemos un pequeño cristal, de éste emana una misteriosa fuerza de atracción; lentamente va atrayendo todas las moléculas que tengan la misma naturaleza que el cristal. El cristal se hace cada vez mayor, y si nada estorba durante algunos meses este lento proceso de cristalización, el pequeño trozo allí colocado se convertirá en un magnífico cristal. Pero, nótalos bien: ¡en la cristalización no hubo estorbo! De lo contrario, si no existe la tranquilidad adecuada, se formarán cristales imperfectos.

Un proceso similar tiene la cristalización del espíritu. Si los pensamientos con los que saturas tu conciencia, son siempre nobles y elevados, entonces éstos, como por una especie de afinidad química, irán levantando en el fondo de tu alma otros pensamientos semejantes. Y si en las etapas de tu juventud prosigue en ti este estado, los buenos anhelos formarán un cristal voluminoso, que obstruirán el pensamiento a todo camino extraño, y no permitirán que llegue a prevalecer una tendencia perversa.

En el "líquido saturado" del alma humana van arremolinándose también las moléculas del mal moral. Hay jóvenes que durante los floridos años de su juventud, pusieron estorbos con reiterados tropiezos a la cristalización tranquila de la bondad de su alma. Las caídas morales naturalmente atraen las moléculas del mal y por tal motivo estos jóvenes tendrán almas retorcidas, serán cristales imperfectos.

II.- HOJAS EN ALAS DEL VIENTO

Obstáculo grande para la formación del carácter es la vida agitada, la marcha desenfadada y los millares y millares de estímulos que nos brinda la época actual; todo lo cual no favorece por cierto a la tranquila formación del carácter. Feliz el joven que, aun hoy día, puede consagrar largos ratos al cultivo de su desarrollo espiritual y cada noche, durante un rezo, encuentra la ocasión de bajar algunos momentos al fondo de su conciencia y descubrir si en su alma de cristal cuidadosamente guardada, se han aglomerado o no moléculas nocivas, polvo de pecado, o quizás piedras, si no ya rocas. Quien va con la

corriente un día y otro día, sin cuidado, sin preocupación, no llegará a conocerse nunca.

¡Qué estado más digno de compasión! Son innumerables los estudiantes de hoy que conocen las regiones de Alaska y saben recitar sin una falta los ríos que desembocan en el Yang-Tse-Kiang. Sin embargo, ¡no conocen su propia alma! Porque si la conocieran, se espantarían de la selva tupida que forman la hiedra y la enredadera chupando la savia vital, y por donde corren en tropel las fieras sanguinarias de las pasiones sin freno, fieras que llegan a destrozar en sus inicios la vida que se despliega.

Estos jóvenes no serán independientes ni siquiera en la edad madura, sino que las olas de bajos intereses materiales, de miramientos humanos y de violentas pasiones, los estrellarán contra las rocas de la vileza, como el viento cortante de invierno, remueve los millares y millares de hojas de los árboles, muertas, secas, caídas. ¡Hojas en alas de viento! ¡Pobres almas!

Estos jóvenes, ya hombres, serán como trozos de madera que, arrojados al impetuoso río, son arrastrados por la corriente del agua, sin saber a dónde ni por qué.

Serán como corderos que a centenares corren, sin tino ni concierto, detrás de su guía que lleva el cencerro.

Serán como veleta en la cúspide de la torre, volviéndose acá, girando allá, sin saber cuáles son los vientos que los muevan. ¡Hojas en las alas del viento! ¡Pobres almas!

III.- LA CRUZ DE HIERRO

Durante la Primera Guerra Mundial, un pelotón de soldados alemanes fue cercado por una muchedumbre de rusos. Los pobres sitiados estaban en una pequeña choza. El resultado de la contienda no era dudoso. El jefe ruso los invitó a rendirse. La respuesta fue una descarga cerrada desde la choza. En esto empezaron también los rusos a atacar sin piedad por todos lados, y siguió el asalto de la choza, hasta que las descargas de los alemanes sonaron cada vez más apagadas y por fin enmudecieron del todo; se habían acabado las municiones. Los rusos se lanzan a la choza, a punto de desplomarse. Con espanto, se detienen ante el espectáculo que se ofrece a sus ojos. En el suelo, entre los cadáveres revueltos de los soldados, aún se retuerce en su propia sangre el jefe, el teniente Griesheim. Los rusos no son ya enemigos, sino compañeros llenos de compasión. Su capitán pregunta emocionado al teniente: "Ya visteis que teníamos una fuerza mucho mayor, ¿por qué no habéis capitulado?" El teniente se incorpora con un gran esfuerzo y mostrando su

pecho, contesta: "Entre nosotros, quien lleva en su pecho esta condecoración, nunca se rinde". En su pecho llevaba la cruz de hierro...

Hijo mío, cuando estés luchando con obstáculos en el camino del carácter, piensa tú también en aquella cruz, que con un beso imprimió el Señor en tu alma el día de tu bautismo.

IV.- CARDOS EN EL SEMBRADO

Contempla el campo de trigo en primavera. En el sembrado fresco y tierno, acá y allá, levanta su cabeza un tallo seco: la cizaña o alguna mala hierba. Todavía no son peligrosos, hasta parecen brotes inocentes y sin importancia; pero a medida que crezcan se volverán más espinosos, más duros.

Joven: tú también estás en la primavera de tu vida y también has podido notar en el sembrado de tu alma el tallo del cardo. Tus malas costumbres y tu terquedad no eran tan sensibles durante la niñez. Pero a medida que vas desarrollándote, se vuelven cada vez más espinosas, más duras tus faltas, si no las atacas en la noble lucha de tu propia educación.

¿Qué será del joven que no entable esta lucha y no se preocupa de su alma? ¿Qué será de aquél, cuya talla aumenta de año en año, cuyos pulmones van ensanchándose, pero sólo es el cuerpo el que crece, y queda el alma raquíca? ¿Qué será de él? Pues muy sencillo; la hierba mala, el cardo, la cizaña se desarrollarán en él con gran empuje. Bien sabes que no necesitan ningún cuidado. Incluso tienen marcada preferencia por los terrenos áridos. El sembrado antiguo y noble se muere, se ahoga bajo la mala hierba que se cría en abundancia.

Este joven, si le mandan algo en su casa, contestará de mal modo.

Si le preguntan algo, sólo tiene un brusco movimiento de hombros.

Hay algo que le disgusta, y cierra la puerta con un ruido que parece un cañonazo.

Se le rompe el cordón del zapato y suelta una blasfemia.

Choca alguien con él por casualidad en el juego y él en seguida paga con una bofetada.

Si se encuentra con otro más débil, goza en armarle pelea...

En una palabra: será un "joven inaguantable".

¡Pobrecito! Con el mismo caudal de energías habría podido ser un joven de carácter, un joven ideal, si en vez de abandonar el cuidado de su vida íntima, hubiese sabido empezar en el momento oportuno, la limpieza de cardos en el tierno sembrado de su alma.

¡Cuidado, hijo! Cardos hay en todas las almas. Pero el joven prudente no les da tiempo para que cobren fuerzas, sino que va exterminándolos con solicitud y lucha continua.

Esta lucha sin tregua es lo que llamamos el combate de la propia educación.

V.- EL COMBATE DEL ALMA

En el alma, pues, hay una lucha continua entre el bien y el mal. En cierta edad, en los años del desarrollo, esta lucha es extremadamente ruda; más tarde se atenúa un poco; pero nunca podemos decir que ya ha llegado a su fin.

¿Quién lucha en nosotros y contra quién?

Apenas tenías cinco o seis años, y ya sentiste los primeros movimientos del enemigo. Sentiste algo en ti que te empujaba hacia el mal. Un peso de plomo, que te hundiría en el abismo, sin fondo, de la ruina moral. Una terrible herencia, que nuestra religión cuenta entre las consecuencias del pecado original y le llama: inclinación al mal.

Esto, hijo amado, es conveniente que lo sepas. Debes saber que, por su naturaleza, el hombre se inclina más al mal que al bien. Esto lo conoces de sobra por tu propia experiencia.

¡Cuántos obstáculos se levantan en el camino de la formación ideal de nuestro carácter! Conocemos aquellos ideales sublimes que Nuestro Señor Jesucristo fijó a la vida humana, y por lo tanto también a mi propia vida; sentimos entusiasmo por sus divinas enseñanzas, quisiéramos vivir según ellas...

Pero, ¡ay...! Observo al mismo tiempo dentro de mí un persistente choque, trágico y pavoroso. El bien agrada; pero el pecado tiene aún más incentivos. La vida ideal me atrae hacia las alturas, pero el pecado tira hacia abajo. Me gustaría subir volando a las cimas nevadas de la vida ideal, pero la tentación del pecado ya me abrumba con peso de plomo. Dime, hijo, ¿nunca tal vez has visto en ti esta gran lucha, este combate, esta guerra sin cuartel, que un niño de primera enseñanza, en su lenguaje ingenuo expresó de esta manera?: “¿Cómo es tan bueno el ser malo, y tan malo el ser bueno?”.

Pues bien, hijo mío, el que en esto triunfa, es un joven heroico.

¿O es que hay jóvenes no heroicos? Por desgracia ¡los hay! Y, ¡cuántos! Va un estudiante por la calle y el otro le pincha... ya le levanta el puño y empieza la riña: no es héroe; sólo aquel que sabe refrenar su naturaleza, sus malas inclinaciones, es héroe.

Es héroe quien vuelve la espalda, si al ir por la calle choca su mirada con un anuncio de mal gusto o con un cuadro inmoral de alguna vitrina.

Si has ofendido a alguien, ¿sabes pedirle perdón inmediatamente? Es heroísmo muchas veces.

Por más que te seduzca el pecado, ¿sabes permanecer firme en el honor? ¡Esto es heroísmo!

VI.- Y, ¿SIN SACRIFICIOS?

Bien, ¡todo esto es muy hermoso! ¡Tener carácter! También yo quiero tenerlo. ¡Llevar una vida ideal! También yo lo deseo. Pero, ¿no habría para esto un camino más fácil? ¿No hay de veras más que este único camino para llegar a tener carácter? ¿No sería posible alcanzarlo más barato, sin sacrificios?

No; aquí no se puede regatear. “*Quien quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*”, dice Nuestro Señor Jesucristo ⁽¹⁾. Quién quiera estar con el Señor, en su reino celestial, no ha de abandonarlo a Él, ni siquiera en el camino pedregoso de la cruz.

Pero dime, amado hijo, ¿qué cosas hay ahora en el mundo que se den “gratis”? Nada, absolutamente nada. Mira cómo sufren los hombres, cómo trabajan por su efímera vida terrena, haciendo día de la misma noche. Y tú, ¿quisieras lograr precisamente tu gran tesoro, tu carácter, completamente “de regalo”?

“¡Qué bien estás!”, suspira alguno que otro joven al contemplar a su amigo en el goce de las diversiones. ¡Qué bien hallado está quien toma la vida ligeramente! ¡Cuántas alegrías debe tener aquel muchacho que sólo baila y se divierte... ¡

¡Cuán engañado andas, hijo! Si pudieses penetrar con tu mirada en un corazón que sólo salta en pos de los placeres terrenos, ¿qué cosas descubrirías en él? Tú crees hallar allí alegría, satisfacción, y no hay más que vacío o una sonrisa forzada. Tiene razón la Sagrada Escritura: “*Los impíos son como un mar alborotado*” ⁽²⁾. Son el juguete de la tempestad de las pasiones y su alma queda nublada, aun cuando el huracán les deja un poco de regocijo.

(1) *San Mateo XVI, 24.*

(2) *Isaías LVII, 20.*

Mira qué opinión tiene en este punto un célebre filósofo inglés, John Stuart Mill: “De quien nunca se priva de una cosa lícita, no se puede esperar que rehúse todas las prohibidas. No dudamos que llegará tiempo en que se acostumbre a los niños y a los jóvenes a la ascética sistemática, al ejercicio de la abnegación, y, como en la antigüedad, se les enseñe, cómo han de negar sus deseos, cómo han de afrontar los peligros y cómo han de sufrir dolores por su propia voluntad”.

Por esto la religión católica establece la abnegación, el ejercicio de la voluntad, la austeridad.

¿Austeridad? “¡Uf!” – piensas. Es porque te han llenado la cabeza con que la austeridad o ascética significa mortificación, extirpación de las alegrías de la vida.

Pues, mira. El significado originario de la palabra “ascética” (del griego *ascesis*), es “elaboración fina”. Los griegos entendían por tal aquella vida de preparación, de pulimento y de sacrificio, con que se disponían los atletas al certamen, para poder aprovechar en el grado más elevado las fuerzas latentes de su cuerpo.

También el carácter es el resultado de una lucha, de un combate, de un certamen. La fina elaboración de nuestro propio ser, no brindará buen resultado sin ejercicio, y nuestra religión sacrosanta ordena precisamente la práctica del sacrificio para darnos ayuda en la educación de nuestra alma.

Sin sacrificios y abnegación, no hay éxito grande en esta tierra. Y tú, ¿quisieras llegar en tren de lujo al mayor de los éxitos: la nobleza de carácter?

Ya sabes, cuando alguien se prepara para el campeonato, el entrenamiento debe tener dos direcciones. Por una parte ejercitarse día tras día, hasta el agotamiento.

Supongamos, que va a tomar parte en un concurso de remo. Se levanta al alba. Se encamina a pie hasta el club de regatas. Se sienta en la canoa y rema y suda todos los días. Curtido por el sol, sudando a mares, quebrantado, sale después de tres horas, para empezarlo todo de nuevo al día siguiente, y en los días sucesivos, semanas y semanas.

Por otra parte lleva una vida muy moderada y se abstiene de todo placer. Casi no se atreve a comer mucho para mantenerse en buen estado físico. No puede fumar. Le están prohibidas las bebidas alcohólicas. Todas las noches debe acostarse temprano.

Y, ¿para qué toda esa abnegación? Por una medalla de plata y por la gloria de ser campeón. Y a ti, ¿te pesa la lucha para conseguir el carácter?

Y fíjate: hay otro pensamiento interesante. En la vida todo el mundo debe hacer sacrificios; la diferencia consiste tan sólo en el motivo del porqué se hace. ¿Conoces, por ejemplo, algún avaro? ¿Cuán miserablemente vive, cómo cuenta

los últimos céntimos! Casi no come, su vestido es harapiento, no se atreve a dar un paseo para no deteriorar sus zapatos. Ahoga todos sus deseos; vive sin alegría y sin amigos. Y todo esto, ¿para qué? Para amontonar fortuna. El avaro sacrifica su personalidad, su alegría, su honor por el dinero. ¡Nadie diga que esto no es sacrificio! Pero, ¿no valdrá la pena realizarlo por fines más elevados, mil veces más nobles?

Mira al codicioso. ¡Cuánto corre! Está de pie desde la mañana hasta la noche, no tiene un momento de descanso. ¿Por qué? Por el dinero.

Mira al vanidoso. ¡Con qué atrevimiento pone en juego hasta su misma vida, con tal de alcanzar celebridad!

¡Cuántas noches pasa sin dormir, cuánto se mueve, cuánto suda el que va de fiesta en fiesta! ¿Podría sacrificarse sólo una mitad para ayudar a su prójimo?

“En todo hombre hay un santo y un criminal” – dijo el orador francés, Lacordaire. El criminal va adquiriendo fuerzas en tu interior por sí mismo, y crece aunque no lo cuides. Pero si el santo ha de adueñarse de ti, es necesaria una labor perseverante y dura: la educación de sí mismo.

Ciertamente, sin lucha, no adelantarás un paso. Quien desea labrar una estatua, ha de quitar mucho del tosco bloque de mármol; y quien quiera moldearse a sí mismo y hacer una obra maestra de su persona, ha de pulirse sin descanso.

Una hermosa estatua no se labra en breve tiempo; pero aún es más difícil dar la última mano al carácter. Para ello se necesita un trabajo perseverante y metódico. Adopta tú también el lema de Carlos V: “*Plus Ultra*” “¡Aún más!” ¡Aún más allá!

Le preguntaron a Zeuxis por qué trabajaba con tanta diligencia en sus cuadros. “Porque trabajo para la eternidad” – contestó. Amado hijo, tú trabajas de veras para la eternidad cuando pulas tu alma. Y, ¿encontrarás excesivo el trabajo?

VII.- EL MONJE DOMADOR

Muchos jóvenes estarían dispuestos a matar al dragón en el bosque cual otro Sigfrido; pero no tienen paciencia para combatir el dragón de las malas inclinaciones que habita en su alma. Y, sin embargo, ¡qué bendito trabajo es este!

El abad de un monasterio antiguo preguntó una noche a uno de los monjes: “¿Qué has hecho hoy?” “Oh, – contestó el fraile -, tenía tanto que hacer hoy, y también los otros días, que mis propias fuerzas no me habrían bastado, de no ayudarme la gracia de Dios. Tengo que domar cada día dos halcones, debo aprisionar dos ciervos, es preciso que amanse dos gavilanes, he de vencer un

gusano, tengo necesidad de domesticar un oso y de cuidar a un enfermo.” “Pero, ¿qué me cuentas? – dijo con risa el abad. - No hay modo de hacer esto en todo el monasterio.” “No obstante, es así – contestó el monje”.

“Los dos halcones son mis dos ojos, que he de vigilar continuamente para que no miren cosas malas. Los dos ciervos son mis dos piernas: he de guardarlas para que no corran al pecado. Los dos gavilanes son mis dos manos: he de obligarlas a que trabajen y hagan obras buenas. El gusano es mi lengua: he de refrenarla para que no charle cosas superficiales y pecaminosas. El oso es mi corazón: he de luchar continuamente contra el amor que se tiene a sí mismo y contra su vanidad. Y el enfermo es todo mi cuerpo, que he de cuidar para que no lo avasalle un apetito desordenado de placeres”.

El combate contra los instintos desordenados es un domar continuado que tú también, hijo mío, y todos los demás que quieran tener carácter, deben cumplir día tras día.

El joven que se preocupa de su carácter, nunca excusará sus faltas diciendo: “Es por demás, yo soy así; ya nací con este temperamento”; sino que trabajará sin tregua en el perfeccionamiento de su alma. Repite por tanto muchas veces para tus adentros: “Aunque moren fieras en mí, llegaré a domarlas. No me resigno a ser como sería según mi temperamento, sino que debo ser como yo quiero”. *Wir sind hier, um zu wenden, nicht um zu sein!* “Estamos en este mundo no para pararnos en lo que somos, sino para plasmar lo que hemos de ser”. (Sailer)

Hay una leyenda muy pintoresca de San Columbano, el evangelizador de los bávaros. Toda su fortuna consistía en un manso burrito. En los viajes apostólicos iba el burro detrás del santo, llevando el modesto equipaje. Al pasar un día junto a una enmarañada selva, sale repentinamente un oso y destroza al animal. Y, ¿qué hizo el santo? Se fue derecho al oso y le cargó el equipaje. “¡Ah, hermano, tú has matado mi burrito!; pues bien, ahora tendrás que llevar tú mi equipaje”. Y ve que la fiera, todavía bañada con la sangre de la víctima, inclinó la nuca y en adelante sirvió a su señor como un manso cordero.

No te quejes, pues, nunca, de que eres muy apasionado, fogoso, precipitado, ambicioso, vivaracho, etc. Amansa el oso, y átaló a tu carruaje. La pasión en sí misma no es una plaga; no es tan sólo la pasión *desenfrenada*. Sin grandes pasiones no se pueden hacer obras grandes; por lo tanto sin ellas no hay hombres grandes, ni santos.

La pasión es el viento del mar. Si no sopla, los barcos se paran inactivos con las velas caídas. Pero no basta que sople el viento. Todo depende de si sabemos aprovecharlo con habilidad para hinchar las velas de nuestra embarcación; porque de lo contrario no hará sino volcar la nave.

La formación del carácter, según el espíritu católico, no exige que extirpes tus pasiones, sino que las transformes prudentemente en aliadas. Por lo tanto, no sigas sus consejos, pero aprovecha sus fuerzas. Porque la pasión puede ser mala consejera, pero resorte poderoso, si la empleas bien.

Precisamente la pasión bien aprovechada es la que da temple a la voluntad. Sólo quien persigue “apasionadamente” un fin noble, podrá vencer todos los obstáculos. Las pasiones son fogosos caballos en el carro de tu vida: si las dejas en libertad, te arrastran al precipicio; si llevas con manos firmes la rienda, te harán volar gallardamente hacia tu fin. Toda pasión es como el fuego: puede ser bendición o puede ser maldición, como escribe Schiller en “*La campana*”.

“Es el fuego potencia bienhechora, mientras la guía el hombre y bien la emplea”

Por más brioso que sea tu temperamento, por muchas que sean las malas inclinaciones heredadas (no es culpa tuya tenerlas), no te desanimes, ni te quejes. Haz cuanto esté a tu alcance para ennoblecer tu alma y después acuérdate de la gran verdad consoladora: *Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam*. “Dios no niega la gracia a quien hace todo cuanto puede”.

VIII.- QUIEN SE LEVANTA DE MAL HUMOR

También el alma tiene sus caminos atmosféricos. Algunas veces te inunda un océano de luz, de alegría; otras veces, sin saber tú mismo por qué, te agobia una niebla pesada, húmeda. Hoy te cunde el tiempo, tienes un buen día. Mañana basta un chubasco, el más leve contratiempo, un malestar pasajero, para ponerte de mal humor. “Se ha levantado de mal talante”, dicen los otros. “Estoy de mal humor”, repites tú mismo.

No hay duda. El humor no depende de nosotros, por lo tanto no somos responsables. Pero en cambio, de nosotros depende *hacer todo lo posible* para adueñarnos de nuestro mal humor y no dejarnos llevar en el cumplimiento de nuestros deberes a merced del humor, bueno o malo. Sí. Cuando estés de buen humor, aprovéchalo; entonces te será mucho más fácil el trabajo. Pero si sólo estudias cuando estás de buen humor, no harás nunca un trabajo minucioso. Y sobre todo, ¿qué será de ti más tarde, cuando te descuides en tus obligaciones oficiales, con el pretexto de que no tenías humor para ellas? Por tanto, quien no tiene ganas de hacer tal o cual cosa, sáquelas de donde pueda. Debe obligarse a sí mismo a trabajar. De buen grado o de mal grado. Lo mismo da. “Es mi deber, lo cumplo y en paz”.

“Pero - preguntarás acaso - ¿para qué sirve trabajo semejante?” ¿Para qué sirve? Tendrá el valor enorme de acostumbrarte al cumplimiento del deber. Y así, no será el humor dueño de tu voluntad, sino tu voluntad quien domestique al humor.

Aún más: hay que ser dueño del humor no sólo en el trabajo, sino aun en las relaciones sociales y en el modo de proceder. Aun estando de mal humor, no debes hacerlo sentir a los que te rodean ni mostrarlo con enfados, con cara larga, con descontento. ¡Cuántas veces tuvieron que arrepentirse los hombres, de palabras ofensivas y acciones precipitadas que cometieron sin premeditación, bajo la influencia de su mal humor! ¡Cuántas veces se nos escapan frases no pensadas, de las que sólo más tarde vemos cuán ofensivas eran para otros! “¡Dios mío! Pero yo no quería. No pensaba en las consecuencias que se pudiesen seguir”. Sí, sí; pero el pesar ya llega tarde.

La verdadera grandeza espiritual del hombre se muestra en las pruebas, en el peligro, en la desgracia. No desconfiar en medio de la desgracia; plantarse con la frente erguida de cara al mal y no abandonarse al desaliento, es virtud tan sólo del roble, de la roca y del alma grande. Lo mismo sucede en la lucha contra el mal humor.

En las oscuras profundidades del gran océano, donde nunca bajó un rayo de sol; donde la Naturaleza pierde el color; donde la temperatura está continuamente cerca de cero; donde el aire contenido en el líquido elemento es de poca densidad; donde el peso de la mole inmensa de agua viene a ser abrumador... en el ambiente lóbrego de este desolado cementerio, ¡es curioso el caso!, viven unos peces luminosos. De la energía radiante del sol, de la fuente de la luz, nada puede llegar a estos abismos, donde la eterna noche aterradora lo envuelve todo; ve ahí, que la sabiduría del Dios creador proveyó magníficamente hasta este lugar oscuro creando peces que, con su propio cuerpo, van haciendo de linterna. En los costados de algunos hay glándulas que brillan, como perlas; hay otros, que sobre su cabeza, tienen una especie de lente que junta la luz de las glándulas y a manera de reflector potente, la despide después multiplicada en el seno de las tinieblas. Hasta en el abismo más oscuro del océano vibra una vida inundada de luz, de destellos.

Si tienes orden en tu alma, nunca has de estar de mal humor, sombrío, desalentado. No te levantes jamás, “de mal talante”. Procura tener un humor jovial, expansivo, capaz de entablar una conversación con los pajarillos, y vence así tu mal temple. Y trata de ser sobre todo, fuente de vida, de alegría, de luz, de sol, cuando la tristeza, las dificultades económicas y las millares de preocupaciones de la vida penetran en tu hogar y echan acaso su velo negro sobre el alma de tus mimos padres.

Post tenebras spero lucem ⁽¹⁾ “Después de la lóbreguez llegará la luz”. Después del mal tiempo brillará el sol.

(1) *Job, XVII, 12*

IX.- NO TENGO SUERTE

Muchos jóvenes, si han fracasado en la escuela, desanimados suspiran: “Es inútil; no tengo suerte”. Y si alguno de sus compañeros adelanta, en seguida tienen preparado el veredicto: “¡Claro! Siempre tiene suerte este tipo”.

Y sin embargo, el éxito no es tan sólo cuestión de suerte; y quien de la suerte espera el éxito, en vano esperará con la boca abierta el pollo asado, trinchado y servido. El que quiera lograr algo en la vida, no haga reproches a la suerte, sino tome la ocasión por los pelos y no la suelte.

¿No tienes toda una cuadrilla de obreros que trabaja para ti? Ahí están tus dos brazos vigorosos, tus diez dedos hábiles, tus pies incansables, tus ojos agudos, tus oídos despiertos..., todos ellos están dispuestos a trabajar para ti. Y tienes además tu cerebro refinado y penetrante, esa admirable oficina central con grandes instalaciones tecnológicas, donde se reciben en un minuto millares de mensajes captados por tus cinco sentidos, y que sin demora se despachan. ¿Para qué esperar, entonces, la ayuda de otros? ¿Que Panchito te soplará la lección de historia! ¿Que el tío de tu madrina te ayudará a conseguir un gran empleo! Quien así saca fáciles cuentas en su juventud, no reportará gran provecho ni a la sociedad ni a su patria.

Los mahometanos tienen un proverbio interesante: “El mundo entero pertenece a Dios; pero Dios lo alquila a los valientes”. En otras palabras: el joven no debe esperar inactivo la suerte de cazar protecciones, sino que ha de fraguar sobre el yunque, con duro trabajo, la carrera de su vida, según lo dice Horacio: *Multa tu lit fecitque puer, sudavit et alsit.* “Mucho sobrellevó e hizo el joven; mucho sudó y jadeó”. Únicamente el que se haya metido con tenacidad en la cabeza que vencerá, y que aun después de resultados ineficaces, ya que nadie puede evitarlos, emprende el trabajo una y otra vez con vigor creciente, vencerá de veras.

Por lo tanto, lo principal no es la suerte, ni siquiera el talento brillante, sino *el ánimo perseverante y obstinadamente tenaz en el trabajo.*

Las orillas del mar de la vida están llenas de tristes náufragos que, a pesar de su gran talento, estaban faltos de fuerza de voluntad, de valentía y de perseverancia; mientras que otros con menos talento, pero con voluntad inquebrantable, bogan a velas desplegadas hacia el término del viaje.

X.- “LO HE INTENTADO TODO... EN VANO”

Muchos de desalientan y descorazonan, porque no distinguen entre el serio querer y el simple desear. Muchos jóvenes se quejan: “¡Cuántas veces he querido corregirme! ¡Cuántas veces esto, aquello!, pero ¡en vano!, no lo he logrado”.

Y es que no lo quiso, no lo intentó: sólo se lo imaginó: que sería así o así. “Quisiera enmendarme...”, pero nada hizo para ello. Hay una diferencia enorme entre el “*quisiera*” y el “*quiero*”. El primero es un soldado pintado, nadie se asusta de él, mucho menos le temen tus defectos. El otro es un poder vencedor del mundo, capaz de triturar todas tus faltas.

En una hermosa tarde de primavera, un estudiante trabajaba junto a la ventana de par en par y de repente se posó en su mesa un coleóptero. ¡Pobre animalito! Se cayó y quedó patas arriba. El muchacho comenzó a observarlo. ¿Qué hará? Se revolvió, movía las patas, se meneaba, se debatía, pero no podía ponerse en pie. Es el “*quisiera*”. ¡Ah!, sí; si me quedo tendido me moriré de hambre; quizás me pisoteen. Luego con gran esfuerzo abre las dos alas, sobre las que había quedado tendido, saca sus rojizas alas membranosas, zumba, se mueve de nuevo... Ya se vuelve a un lado..., bien..., adelante..., es necesario, preciso, porque si no, me muero...; por fin ya está en pie..., y en el mismo instante ya vuela, triunfante, hacia las alturas, hacia nuevos horizontes. Es el “*quiero*”. El coleóptero se ha ido, pero de él puedes aprender cuál es la diferencia entre los lamentos del “*quisiera*” y el acento triunfal del “*quiero*”.

“Lo he intentado, ¡en vano!” No te enfades si lo digo sin rodeos: no es verdad; no lo has intentado. Te lo imaginabas tan sólo... “quizás o estaría mal probarlo”. Eres uno de los muchos que sólo son hombres a medias, ¡son tan numerosos en el mundo!, que no se atreven a dar inexorablemente con puño de acero en el núcleo vital de sus pasiones, sin lo cual nadie puede librarse de la estrecha jaula de los deseos instintivos.

“Lo he intentado”. Pero entonces, ¿por qué seguías mirando de reojo el fruto vedado que querías despreciar? Lo sabes. Por una triste experiencia sabes muy bien, cuán amargo gusto dejaron estos frutos en tu boca; y, a pesar de todo, te pesa dejarlos. ¿Por qué ibas cediendo un poquito, pero algo cada día, de tus buenas resoluciones, concebidas con noble entusiasmo?

¿Habría descubierto Colón América, si hubiese dado entrada al menor desaliento por el fracaso de sus primeras tentativas? ¿Cómo iba pordioseando de país en país, en busca de ayuda económica para su viaje! Se reían de él por todas partes, lo tenían por aventurero, por visionario, pero él se aferró resueltamente a sus propósitos. Tenía bastantes motivos para creer que, más allá del continente conocido no podía ser todo mar, sino que debía de haber

más tierra; y emprendió el gran viaje, cuando sus contemporáneos pensaron que no lo verían más.

Ni tam difficile, quod non solertia vincit, “No hay obstáculo que no se pueda vencer con habilidad”.

Escoge la frase que tiene el escudo de Seeland, una provincia de Holanda. Este trozo de tierra, en su mayor parte, está por debajo del nivel del mar. Debe luchar continuamente contra las aguas. El océano llegó a cubrirlo varias veces, y, a pesar de todo, en sus armas ostenta las palabras de triunfo: *Luetor et emargo* “He de luchar, pero siempre quedo a flote”.

XI.- VALDE VELLE!

Valde velle! “Querer mucho”. Dos palabras latinas excelentes. De modo magnífico expresan el camino del carácter. El carácter no brota de suspiros inútiles, de la efervescencia de una bebida gaseosa, de unos arranques que se lanzan para detenerse enseguida, sino de un trabajo metódico, perseverante y educativo y de poner en juego todas las energías espirituales.

San Francisco de Sales, con motivo de la canonización de San Francisco Javier, exclamó: “Ya es el tercer Francisco canonizado. Yo seré el cuarto”. Y cumplió su palabra. Así se forma el carácter.

Pero ya comprenderás, que para ello no habría bastado el ímpetu de un solo momento. Muchos jóvenes “quisieran” muchas cosas, “desearían” y “les gustaría que fuera así o asá”, sin embargo no hacen nada para ello. Pensarlo bien, emprenderlo con tesón y perseverar con constancia: he aquí el camino del carácter.

¿Conoces alabanza más alta que la grabada en el epitafio del mayor Dominik en Kribi (Camerón)?:

¡No miró a la derecha! ¡No miró a la izquierda!

¡Adelante! ¡Derecho al fin!

¡Con la confianza en Dios!

¡Y a través de todo!

Es inconcebible lo que es capaz de hacer el hombre, sólo con que sepa *querer con decisión y constancia*.

Grandes fuerzas duermen en nosotros. Son mucho mayores de lo que pensamos; pero están encadenadas. Debes creer que hay en ti escondidas grandes fuerzas y así se romperán de improviso las cadenas. Por lo tanto, da comienzo a todas tus empresas con este pensamiento: “Conseguiré con toda certeza el fin que me propongo”. Para quien carece de fe ciega en el triunfo, el

“quiere” es un “quisiera” débil y, por lo tanto, ineficaz. Todo lo que *debe* hacer el hombre, *puede* hacerlo.

XII.- ¡FUERA LOS ALPES!

En la vida de Napoleón encontramos un ejemplo excelente del gran poder que tiene la incontrastable voluntad para vencer increíbles dificultades. Cuando conquistaba países uno tras otro e imponía su yugo a los pueblos, le dijeron que Los Alpes cortaban el camino a su ejército. Y él contestó con tranquilidad: “Entonces, ¡fuera Los Alpes!”. Y en una región por donde antes no se podía dar un paso, trazó el célebre camino del Simplón. ¡Titánica fuerza de voluntad! Y si esta voluntad de acero se hubiera equiparado con una adecuada rectitud de alma y hubiese vencido su egoísmo inconcebible, es bien seguro que tan gran espíritu no hubiese llegado a la tragedia. Pero en él puedes aprender a querer con fuerza.

En la puerta de un castillo medioeval no hay más que esta sola palabra: *Decrevi* “Lo he decretado”. ¡Qué varón de férreas energías debió habitar en aquel castillo para escoger este magnífico lema! “Lo he decretado” – y ya está. “Venga lo que viniere..., pero lo haré”. Tú también debes ver, y antes de todo, tu objetivo con claridad. Pero una vez que te hayas propuesto algo..., o vencer o morir.

¿Qué quieres ser, un gusano que se arrastra en el polvo o un águila vigorosa? ¿Arrastrarte continuamente por el polvo del “quisiera”, debatirte sin fuerza, o bien lanzarte activo, cual águila, a las alturas transparentes? La vida corona tan sólo a los héroes, y en la cabeza de los soñadores, de los cobardes, coloca un gorro de bufón. *Ad augusta per angusta*. “Los senderos que guían a las alturas son estrechos”.

Cuando Petöfi, el 14 de marzo de 1848, escribió su célebre poesía ⁽¹⁾, el original no empezaba con las palabras “¡En pie, húngaro; te llama la patria!”, sino “¡Adelante, húngaro, te llama la patria”. Uno de sus amigos dijo entonces a Petöfi: “No está bien así. Antes se ha de poner en pie al húngaro y sólo después se le podrá instigar: “Adelante, trabaja por la patria”. Y Petöfi cambió enseguida la magnífica poesía.

(1)El movimiento nacionalista de Hungría se agitó con gran hervor en la primavera de 1848. Koseuth pronunció su célebre discurso del 3 de marzo, en que exigía un Banco húngaro independiente, una nueva organización de defensa militar, y constitución y gobierno nacionales. El 12 de marzo el partido de oposición de Busapest acordó presentar una demanda concretada en 12 puntos. Se decidió a tener una asamblea el 14 de marzo. La juventud de la capital húngara juzgó demasiado lenta la marcha de los acontecimientos y se apropió el mando, capitaneada por Jókai y Petöfi. El 15 de marzo por la mañana proclamaron los 12 puntos. Entonces fue cuando Petöfi recitó la celebre poesía mencionada, escrita durante la noche. (N. del T.)

Tú también ponte antes de pie en medio de los deseos cómodos de los muchos “quisiera”, “me gustaría”; y después adelante. ¡Hazlo! ¡Quiérello! ¡Trabaja!

Y no te des por satisfecho por los lamentos: “Soy débil, no podré lograrlo”.

XIII.- FRENTE A LA SUERTE

En el retrato de todos los grandes hombres se podrían inscribir estas palabras: “Supo querer”. A Santo Tomás De Aquino le preguntó su hermana: “¿Qué he de hacer para alcanzar la salvación eterna?” “Querer” – fue su lapidaria respuesta.

El joven no debe acobardarse desalentado ante las dificultades, sino que debe mirar de frente los obstáculos que le cierran el paso. Por más nublado que esté el cielo, llega a salir el sol. Y por más crudo que sea el invierno, ha de llegar un día la primavera.

Los jóvenes nunca tienen que sentirse derrotados. Para los jóvenes, el trabajo, para los viejos, el descanso. Pero no desmayes jamás. Y adelante, con valentía, contra las dificultades. Muchas veces nos imaginamos las empresas mucho más difíciles de los que suelen ser. Y sin embargo, lo dice muy bien un proverbio inglés: “Nunca llueve tan fuerte como parece desde la ventana”.

Mira cuán sabiamente pensaba ya el pagano Séneca en este punto: *Adversarum ímpetus rerum viri fortis non vertit animun* ⁽¹⁾ “La desgracia no quebranta al hombre valiente”. *Calamitas virtutis occasio est* ⁽²⁾ “La desgracia es ocasión para la virtud”. *Ignis aurum probat, miseria fortes viros* ⁽³⁾ “El fuego sirve de prueba al oro, la miseria a los hombres fuertes”.

La historia de los grandes hombres ofrece en abundancia ejemplos muy alentadores. Hubo muchos que parecían tener conjuradas contra sí todas las fuerzas. Miles y miles de obstáculos se levantaban contra sus planes; pero ellos opusieron con noble ardor su voluntad de acero al sinnúmero de dificultades y vencieron. Donde la primavera es continua y la naturaleza siempre benigna, los hombre son indolentes y sin energías.

(1) *Prov.* 2.

(2) *Prov.* IV. 6

(3) *Prov.* V. 8

Ya he recordado antes qué calvario hubo de sufrir Cristóbal Colón yendo y viniendo con su plan por las cortes de Europa durante dieciocho años y cuántas intrigas se movieron contra él. Y gracias a su entusiasmo ideal, a voluntad tenaz, pudo vencer por fin todos los estorbos y emprender su gran viaje. ¿Sabes cuántos años tenía entonces? Cincuenta y ocho. Otros a esta edad ya se jubilan. Él, sólo entonces, puso mano al gran ensueño de toda su vida.

Beethoven, el gran músico, estaba casi completamente sordo cuando compuso su obra más excelsa, su obra maestra.

Moisés, el gran libertador de los judíos, no sabía hablar sino con dificultad; pero con la ayuda de Dios y con el humilde reconocimiento de su flaqueza, se hizo jefe del pueblo.

Por lo tanto, ¡no seas pesimista! No digas: “En vano emprendo cualquier asunto, nací con mala estrella, nada me sale bien”. No digas, como muchos: “A quien tiene suerte, hasta su buey le da terneros, y el desgraciado siempre se rompe la cabeza”. Si te persigue la mala suerte, encárate con ella y no cejes. No te cruces de brazos.

“¡Es la suerte patrimonio de los tontos!” Con esto suelen consolarse los perezosos y fracasados queriendo decir así: “Yo, en cambio, soy muy listo”. Los hombres son tan vanos, que siempre suelen echar a otro la culpa de su desgracia, cuando se deberían culpar a sí mismos.

Escucha cómo se lamenta el perezoso, si un condiscípulo aplicado se sabe bien su lección: “Claro está. Ayer recibió un pago el señor profesor. ¡Ah!, ¡Si nosotros tuviéramos pagos que regalar!...”. Pero no reconocerá nunca que el otro es diligente y por esto adelanta, mientras que él es perezoso y por esto se queda rezagado.

Escucha las quejas de un comerciante contra su compañero: “¡Claro está; tiene ya dura la piel! Mientras no sienta titubeos ante los fraudes grandes o pequeños, ante un engaño...”. Pero nunca concederá que el otro es quizás más diligente, más hábil y tiene menos pretensiones que él; no admite que el otro se abra camino, no por medio del pecado, sino por la virtud, con ánimo tenaz en el trabajo, con habilidad, con fuerza incansable, con previsión; y que él fracasa, no porque sea honrado, sino porque además es inhábil, cómodo, tal vez porque despilfarra las cosas con ligereza y no se preocupa de su negocio.

XIV.- “LOS TRECE DE LA FAMA”

Cuando Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, se vio por el camino en peligro inminente, de suerte que la tripulación se rebeló y exigió la vuelta, se puso en medio de sus hombres y les dijo: “Al norte de esta línea os espera una vida cómoda, sin peligros, pero también pobreza y un destino oscuro; al sur os esperan esfuerzos duros, combates arduos y penuria; pero si triunfamos, la riqueza, el poder y la gloria. Escoged, pues ahora”. Todos marcharon hacia el norte, solo hubo doce que se colocaron junto a Pizarro en la parte sur. Y estos trece, “*los trece de la fama*”, después de muchas privaciones llegaron a la meta, porque no se habían acobardado ante la lucha.

Por lo tanto, no pierdas nunca la cabeza, por muy grande que sea el contratiempo. Algunos hombres pasan por muchas pruebas en la vida, y no parece sino que la desgracia los persigue. Si tú te encontraras en el mismo caso, no importa. No te aflijas. No te descorazonas. Trabaja sin desmayo.

Quienes logran más en la vida son los que cumplen siempre su deber con alma serena y la sonrisa en los labios; se alegran en silencio durante la bonanza, sufren con fortaleza la desgracia, y siguen el consejo del poeta romano:

*Aequam, memento, rebús in arduis
Seroare mentem, non secus in bonis.*

“En los trances duros y lo mismo en la bonanza,
tente siempre con ánimo sosegado”.

Supongamos que alguien pierde su empleo. Es un contratiempo grave. Pero no hay que desesperarse. ¿No hay otro puesto para ti en toda la redondez de la tierra? Y, ¿qué sabes tú lo que Dios quiere al cortar bruscamente tu carrera? ¿Quién sabe si no es así como te quiere guiar a tu debida carrera, a tu verdadero cometido, como lo hizo con el Beato Edmundo Campión, el favorito de la reina Isabel de Inglaterra?

Se celebraba una gran fiesta, y Campión demostró su admirable arte de montar a caballo delante de los invitados. Cayó del caballo. En vez de aplausos, una sarcástica burla. Campión se recogió, descubrió su verdadera vocación, se hizo misionero jesuita y dio su vida por Cristo como mártir. Sin la “desgracia”, quizás hubiera pagado con el precio de su encumbrada posición.

Y, ¡que loca insensatez, cuando para evitar las pruebas de la vida, el hombre recurre a la muerte! Sea cual fuere la caída, la catástrofe, la deshonra, mientras dura la vida, siempre puede haber compensación o remedio. El desgraciado que

se suicida echa por tierra esta única posibilidad de rehabilitación y colma la penitencia de sus pecados con el horror del suicidio.

Palma sub onere crescit "La palmera crece bajo el peso". No sé si corresponde a la verdad esta creencia de los antiguos, pero sí reafirma que un hombre de reacia voluntad, no sólo no se quebranta en medio de los contratiempos de la vida, sino que de los mismos hace peldaños para subir a las alturas.

Julio César desembarcó en África. Al bajar del buque, tropieza de repente y cae en tierra. El cortejo supersticioso susurra, ve un *omen*, un augurio malo en el suceso. Pero César tiene una feliz ocurrencia. Extiende sus brazos y con acento patético grita: *Amplector te, Africa* "Te abrazo, África". Ves cómo supo discurrir un éxito del mismo percalce.

La lucha, las privaciones, no sólo son un "mal", sino también fuente de virtudes heroicas. Si no hubiese tentación, no habría tampoco dominio de sí mismo. Si no hubiese pruebas, tampoco habría perseverancia. Quien lucha, se hace más fuerte.

Dante escribió en el destierro, luchando con la miseria, su magnífica obra, *La Divina Comedia*. Shiller escribió en una dolorosísima enfermedad sus dramas de más renombre. Mozart terminó su *Requiem* en el lecho de dolor.

No le iría bien al río, si de todos los huevos saliesen peces grandes; ni al jardín, si cada flor diese fruto; tampoco al hombre, si todas sus empresas, fueran coronadas continuamente por el éxito. Es capaz el hombre de soportar todo en el mundo, menos un bienestar permanente.

XV.- EL PELIGRO DEL ÉXITO

No lo niego: sirve de estímulo a la naturaleza humana para perseverar en el trabajo, ver que sus fatigas se coronan con el éxito. Comprendo que el éxito, el aplauso gusta mucho a los jóvenes; pero he de llamarte la atención para que no presumas demasiado de ti mismo en tus posibles victorias. El fracaso, es verdad, puede quitar ánimos para el trabajo; pero el aplauso ficticio o conseguido demasiado a prisa puede causar la caída de muchos más talentos serios.

Hay jóvenes que por unos chillidos de violín, o por algunos brochazos, se ven aclamados por sus padres o por los huéspedes invitados a una cena, como un nuevo Mozart o un nuevo Rafael. Naturalmente, no necesitaba más el muchacho. En seguida cree ser un genio mundial, un "superhombre" y se comporta, en su sentir, como un genio: es estrambótico, indisciplinado, nada merece su respeto, todo lo critica y, sobre todo, no aprende. "Ya vivirá de su talento".

No sé, amado hijo, si tú también te has visto en el trance de ser alabado sin ton ni son y proclamado futura celebridad como mago del piano, del violín o

del pincel. Sólo te ruego, si de verdad el Señor te ha concedido talento y afición para uno u otro arte, que te formes en el que fuere cuanto puedas; pero cuidado con perder tu recto juicio. No te metas en la cabeza que hay dentro de ti un compositor o un poeta de fama mundial, y que por ende, ya no necesitas aprender. Preocúpate mucho de tus inclinaciones artísticas, pero adquiere junto con el arte, otro diploma. Procura también aprender otro oficio con que sostenerte después y no te abandones por completo a tu talento. Porque verás en la edad madura, que en el mercado del arte abundan talentos medianos; y no hay que olvidar que estos mediocres no pueden abrirse camino en la carrera del arte, por lo que no es prudente basar en él toda la existencia. Y confesemos la verdad. Seguramente serán de mayor beneficio para la humanidad unos zapatos bien hechos que un tomo de versos modernos, o algunos dibujos futuristas ininteligibles.

XVI.- ¿DÓNDE ESTÁ ASIA?

Y si no te es lícito presumir demasiado de los talentos que te dio el Señor, ¿qué decir entonces de los jóvenes que hacen ostentación de su “saber”? No hay escena más grotesca que la jactancia con que se pavonean algunos estudiantes de los últimos cursos de la secundaria, por su abundancia de “conocimientos”. Ya lo saben todo. El profesor para ellos es un “infeliz” y el libro de texto una “estupidez”. Ya han aprendido tanto, que hasta pueden permitirse el lujo de la incredulidad. Y no parece sino que van a descubrir por segunda vez la pólvora.

Aún hoy me río siempre que me acuerdo de la plancha fenomenal que le ocurrió un día a uno de estos estudiantes “avanzados”, de palabras vacías. En la clase, se hacían ejercicios de latín. El profesor dictaba frases, y éstas debían escribirse en el cuaderno y después de breve reflexión, traducirlas al castellano. Pues bien; mi “sabio” amigo tenía su tema plagado de cosas por el estilo:

Multa paucis = multa a pocos... *Semper homo bonus tiro est* = El hombre siempre es un buen tiro... *Non licet omnibus adire Corithum* = No está permitido ir a Corinto en ómnibus... (1)

Y había también una frase tan oscura que ni el mismo profesor pudo entenderla, ni pudo dar con la razón que había movido a Gamarza a traducirla así. La frase original latina estaba tomada de la célebre obra que Horacio dirigió a Mecenas: *Maecenas, atavis edite regibus!* “¡Mecenas, vástago de regios antepasados!” Y Gamarza la había traducido de esta manera: “Tú cenas de mí, pero el pájaro come de los reyes”.

(1) La traducción legítima es: “Mucho en pocas palabras.” “El hombre bueno siempre es aprendiz”.
“No todos pueden ir a Corinto”

- Pero, Gamarza, ¿Qué puso usted aquí?
- ¿Yo, señor profesor? He traducido palabra por palabra el texto.
- ¿Qué texto?
- El que usted nos dictó: *Mecenas, at avis edit e regibus!*

Nunca olvidaré la ruidosa carcajada que brotó de los labios de los muchachos. El señorito no se pavoneó más con su “saber”.

Y dime si no, cuán pequeño el cerebro del estudiante ¿Qué porción habrá podido abarcar del terreno amplio, inconmensurable y por ende vertiginoso del saber humano? ¿Qué distinto es el acento del célebre naturalista Newton, quien aun después de sus investigaciones y de sus resultados, decía que su trabajo era semejante al de aquel que fuese recogiendo conchas a la orilla del inmenso océano de la verdad.

“Qué piensa el mundo - escribe - de mi labor, no lo sé; pero a mí me da la impresión de que es el juego de niño, a la orilla del mar; de vez en cuando quizás haya encontrado una piedrecita más vistosa o una concha más hermosa que mis compañeros de juego, mientras que el océano de la verdad seguía siempre impenetrable ante mí”.

No estaría mal que los jóvenes gigantes de nuestros días meditaran lo que dijo modestamente Walter Scott, el gran sabio y escritor inglés, después de una larga labor, tenaz y perseverante, durante docenas de años: “Durante mi carrera me sentía atormentado e impedido por mi propia ignorancia”.

Ve, pues: cuanto más sabio, tanto más modesto es el hombre; porque cuanto más aprende y sabe, con tanta mayor claridad ve lo increíblemente poco que sabe el más sabio.

No en vano dijo Sócrates: “La mayor sabiduría humana es saber que no sabemos”. Y así escribe Séneca: “Muchos habrían sido sabios, si no hubieran creído que ya lo eran”. Y el proverbio húngaro dice: “Si tuvieras talento, no lo sacarías a relucir”.

Suelen decir los alemanes de la gallina que cacarea estrepitosamente, pero que da pocos huevos: *Viel Geschrei, wenig Ei*. “Mucho ruido y pocos huevos”. *Mucho ruido y pocas nueces*, decimos nosotros en castellano. Y un célebre predicador alemán, ya antiguo, Abrahán de Santa Clara, lo expresó así: *Stultus und Stolz wachsen auf einem Holz!* “La estupidez y el orgullo brotan del mismo tronco”.

Había un estudiante, cuya hermana también lo era, y creía saberlo todo mejor que él. Un día, fastidiado ya de tanta jactancia, le dijo: “Pero, Paquita, no te metas en camisa de once varas... Vamos a ver: *equis partidopor besubcero multiplicadopor cosenodealfa más epsilon*. ¿En qué lengua he hablado? Pues es el tiempo que emplea en recorrer su camino un cuerpo lanzado. Ya lo ves,

¿comprendes una sola jota de todo esto?”. Desde entonces fue más modesta la muchacha.

Alcibíades, en una ocasión dijo con orgullo ante su maestro Sócrates, cuántas haciendas tenía en las cercanías de Atenas. Sócrates sacó un gran mapa: “Muéstrame, ¿dónde está Asia?” Alcibíades mostró un gran continente. “Bien. ¿Y ahora, ¿dónde está Grecia?” También se la mostró, pero, ¡qué trozo de tierra más pequeño en comparación con Asia! “Y, ¿dónde está en Grecia el Peloponeso?” Alcibíades casi no lo encontró en el mapa, tan pequeño era. “Y, ¿dónde está Ática?” Esta vez sólo pudo señalar un puntito. “Bien, y ahora – dijo Sócrates - enséñame, ¿dónde está tu gran hacienda del Ática?” Pero ésta no podía encontrarse en el mapa.

Por lo tanto, no te creas joven, que tienes extensos territorios espirituales, cuando el hombre más sabio no puede poseer más que un puntito, una arenilla de los enormes tesoros de ciencia que hay en el mundo. No debes comportarte como si tú fueras el centro de todo, cuando en comparación con la inmensidad del orbe, eres una molécula casi imperceptible, aun con microscopio. Y al muchacho que se pavonea de su gran saber, pregúntale con modestia: “Dime, amigo, ¿dónde está Asia?”

XVII.- ¿QUIERES PRESTARME... ?

Otra prueba decisiva del carácter del joven es la manera de procurarse dinero, ahorrarlo y gastarlo. Haz lo posible en la vida para no tener que pedir dinero prestado. Es difícil devolverlo después. Por lo menos debes aprender que, quien todavía no gana, sino que vive de lo ganado por otro, no tiene derecho nunca a pedir prestado. Prepara su propia perdición quien se acostumbra a préstamos.

“Las deudas dan a luz seres terribles. Mentira, vileza, conciencias degradadas, hipocresías, todo esto pueden producir. En las caras abiertas y francas, marcan muy pronto las arrugas. Clavan el puñal hasta el corazón del hombre honrado”. (Jerold)

Quien contrae deudas, es esclavo en cierta medida: hipoteca su libertad. Si no has pagado a tiempo, ¡cómo temes encontrarte con tu acreedor!... Bajas la cabeza y tienes que humillarte. Más vale acostarse con hambre, que levantarse con deudas. Porque tiene razón el dicho: “El saco vacío no se aguanta” y “a lomos de la deuda cabalga la mentira”.

No suele ser la bendición la compañera del dinero prestado. Es un hecho comprobado por la experiencia, que los hombres manejan el dinero prestado con más ligereza, que el ganado con el sudor de su trabajo. No pidas por lo tanto dinero prestado ni lo des tampoco.

En casos excepcionales, cuando se trata de necesidades verdaderas, naturalmente puedes prescindir de la regla: pero harás un favor a la mayoría de los que te piden dinero, si rechazas su demanda. Si se enfadan, no te pese; no eran modelos de amistad. Porque nunca debe poner a un buen amigo en una situación tan embarazosa, como es necesariamente la relación ingrata que se entabla entre un acreedor y el que le debe.

Se cuenta sobre un caso muy interesante de un viejo filósofo persa, a quien preguntó un joven monje: “¿Qué he de hacer? Los hombres me estorban muchísimo. Me quitan los minutos más preciosos”. El anciano contestó: “Presta algo a los pobres, pide algo prestado a los ricos, y verás que no te molestan más”.

¡Cuántos robos, engaños, estafas, degradaciones y suicidios se habrían evitado, si aquellos infelices no hubiesen manejado el dinero con ligereza en su juventud!

XVIII.- EL DEMONIO DEL DINERO

En circunstancias normales, antes de la Primera Guerra Mundial, los estudiantes no tenían mucho que ver con el dinero. Sus padres ganaban, sus padres gastaban por ellos, y los muchachos, con suerte, tenían algunos pesos con los que podían permitirse algunos antojos.

Pero hoy vivimos tiempos extraordinarios. La locura, la caza del dinero, el *auri sacra fames* ha ya cautivado muchas almas de estudiantes. Estudiantes jóvenes emprenden especulaciones, corren tras el dinero, y no hace mucho que se suicidó un estudiante en Budapest porque no pudo pagar sus pérdidas en la Bolsa. ¡Qué espantosa tragedia! Creo, pues, muy oportuno escribir aquí algunos pensamientos acerca del dinero.

Yo quisiera que tuvieses concepto cabal de lo que vale. No se puede vivir sin dinero, es verdad; pero no lo es menos que vivir *tan* sólo por el dinero, *no es vida humana*. La caza del dinero no puede ser fin digno de la vida humana, ya que el dinero es sólo medio para la obtención de los bienes más elevados de la vida. Y, por desgracia, son también hoy muchos los que queman incienso al becerro de oro, como los judíos idólatras en el desierto, y también hoy en muchos círculos de la sociedad, se valora al hombre de esta manera: “¿Ves? Éste tiene auto y 1.000 hectáreas de tierra”. Ante ti, amado joven, lo principal será siempre esto: “¿Ves? Es un hombre honrado de pies a cabeza”.

Un hombre rico dijo en el lecho de muerte: “He trabajado durante cuarenta años como un esclavo para labrar mi fortuna; los años que me restaban de vida los he empleado en guardarla como un policía, y, ¿qué he recibido en cambio? Comida, casa y vestido”. Tiene razón San Bernardo: “La fortuna la conseguimos con fatigas, la guardamos con pesares y la perdemos con dolor”.

¿Qué? ¿Entonces no está permitido crearse una fortuna con honrado esfuerzo? Claro que sí. Pero quien adquirió una copiosa fortuna con la que podría hacer tantas obras buenas a favor de sus prójimos que sufren, y las omite, este tal no tiene perdón de Dios. Según la enseñanza sublime de Jesucristo, sólo está permitido amontonar grandes bienes, si con ellos hacemos obras de misericordia.

No hay que ser comunista, ni es necesario negar el derecho de propiedad para conceder, que las enormes fortunas de hoy no ha podido amontonarlas un solo individuo; muchos obreros las regaron con su sudor. Por lo mismo, se debe invertir algo de tales fortunas en el bien común, a favor de la humanidad. *Noblesse oblige* "Nobleza obliga", es un proverbio que muchos conocen y practican. Pero la riqueza obliga también; obliga a prestar auxilio, a portarse con generosidad. Graba en tu alma las sabias palabras del emperador Constantino El Grande: "Depende del destino el ser emperador; pero si el destino te colocó en un trono, esfuérzate entonces para responder bien a tu divinidad".

Te lo ruego, pues, encarecidamente, hijo mío. Si Dios te deparó padres poderosos, esfuérzate por injertar cuanto antes en tu alma el espíritu cristiano, que es espíritu caritativo y social. "El corazón se endurece más a prisa en la riqueza que el huevo en el agua hirviente". (Burne) ¡Hijo del dueño de una fábrica, de un gran industrial!: piensa sólo que mientras en la caja de tu padre entran gruesas rentas mensuales, muchos miles de miembros sudan para ello en las entrañas de la tierra al débil resplandor de una linterna; cuántos obreros están junto a los hornos encendidos y a las ruedas de máquinas en continuo movimiento; cuántos caen víctimas de una desgracia, durante el trabajo pesado y difícil. Y a todos ellos los esperan en casa su familia, sus esposas y sus hijos, muchachos como tú, pero a quienes les falta muchas veces el pedazo de pan.

Si tales pensamientos viven en tu alma, encontrarás medios desde ahora para ayudarlos una y otra vez según tus posibilidades, y aún más, echará en ti profunda solidez el serio pensamiento, y, ¡que por desgracia es hoy tan raro entre las personas acomodadas!, de que recibiste de Dios tu fortuna sólo a manera de préstamo, y que un día tendrás que rendir estricta cuenta de su empleo. Créeme, hijo: si este modo de pensar no fuera raro entre los ricos, ¡y sin embargo es doctrina característica del cristianismo!, se podría resolver en un solo día la cuestión social tan peligrosa y que amenaza con un derrumbamiento completo.

Preguntaron una vez a un rico que había sabido abrirse camino a costa de grandes luchas, cómo pudo reunir tanta fortuna. Así contestó el rico: "Mi padre me inculcó profundamente que no debía jugar antes de acabar el trabajo; no gastar el dinero antes de poder ganarlo".

Palabras sencillas al parecer, pero llenas de profunda sabiduría. *¡No derrochar el dinero que no has ganado!* El que gasta el dinero ganado por otro, no puede llamarse todavía independiente, no es hombre acabado. Naturalmente, entre estudiantes no hay más remedio; ellos viven del dinero de sus padres. Pero deben proponerse firmemente no gastar ni un céntimo en cosas triviales. Ni menos comprar nada a crédito, es decir, no han de gastar hoy el dinero que sólo tendrán mañana, o pasado mañana.

Gasta siempre menos de lo que juntas con tu renta. Muchos hombres están descontentos, no porque no ganan, sino porque no saben frenar sus pretensiones. Grandes propietarios, dueños de inmensas fortunas, se volvieron pobres, sin un techo que los abrigara, porque no cumplieron esta regla. Y no quisiera creer, lo que Walter Scott pone en boca de uno de sus personajes históricos: "Ejecutó más alarmas el dinero sin filos, que cuerpos la espada cortante". Por otra parte hombres de mediana fortuna pueden vivir honradamente y sin pesares, si conocen el arte de la economía.

Hay muchos jóvenes que no saben manejar el dinero. Si pasan ante una pastelería, ante una tienda de fotografías, de deportes o de música o ante un cine, cada cual según sus gustos, y tienen dinero en su bolsillo, no pueden dominarse. Estos muchachos en vano tendrán cuando sean hombres rentas de millones; nunca estarán satisfechos y nunca tendrán dinero, porque toda su fortuna se derretirá entre sus manos, como la nieve al primer rayo de sol.

XIX.- ¿CÓMO CAZAN A LOS MONOS?

¿Sabes cómo cazan los africanos a los monos? Tienen un modo harto ingenioso. Atan bien fuerte al árbol una bolsa de piel con arroz, la comida favorita del mono. En la bolsa hay un agujero de tal tamaño que por él pueda pasar justamente la mano del mono, pero que, lleno el puño de arroz, no pueda sacarlo de nuevo. ¡Pobre mono! Sube al árbol, mete la mano en la bolsa y la llena de comida exquisita. Sí, pero... no puede sacar el puño. En este momento sale del escondrijo la sonriente cara del cazador; el pobre macaco grita, salta, se retuerce..., es inútil. El hombre lo toma. Y sin embargo, el tonto no hubiera tenido más que abrir la mano y soltar el botín, y estaba a salvo. ¡Ah, sí! Pero antes el cautiverio, antes la muerte, que desprenderse de la presa.

Cuidado, hijo, que no te aprisione también a ti el amor ávido del dinero y no te arrastren a sus cárceles las negras pasiones.

Repito: no podemos vivir sin dinero. Pero la cuestión está en cómo nos conducimos para que el demonio del dinero nos sirva a nosotros y no seamos nosotros sus esclavos. El dinero es tan sólo un medio; cuidado que no veas propiamente un fin en el adquirirlo. El dinero puede ser buen criado, pero ¡ay

de ti!, si llega a dominarte, y tú por un plato de lentejas, por ventajas materiales, vendieras el derecho de primogenitura de los hijos de Dios, los valores morales de tu alma grande.

Cuando alguien muere, suele preguntarse, “¿cuánta fortuna dejó?” Y no es ésta la cuestión importante. Se habría de preguntar: “¿cuántas obras buenas le precedieron allá en los cielos?”. *O dives, dives! Non omni tempore vives!* “Por muy rico que seas, no has de vivir siempre”.

El genio del hombre supo vencer y refrenar otras fuerzas malélicas; supo imponer su yugo a la electricidad, al fuego, al vapor. El espíritu cristiano es capaz de atar al servicio de los nobles objetivos al mismo demonio del dinero.

Quiero, no obstante, mencionar, aunque gracias a Dios espero que tú no necesites el aviso, la influencia devastadora del juego en la vida moral.

Quizá no me importa verte con los naipes en la mano, si no jugaras dinero. Es un pasatiempo que no produce descanso; los estudiantes tienen ya bastante con el tiempo que han de estar sentados; sus diversiones han de unirse a un ejercicio corporal. Pero nunca se puede aprobar que un joven de pensar serio y reposado juegue dinero.

La pandilla que en la mesa de juego caza dinero, aunque la integren por completo capitanes de húsares y condes, nunca concordará con un hombre de carácter serio. El ambiente, la manera de hablar, el aire mismo en que viven, siempre tensos los nervios, inducen con facilidad a embotar el fino sentido de la moralidad. Y no hablo siquiera de la ruina de un sinnúmero de carreras brillantes, cuya bancarrota empezó junto a las mesas de juego y, siguiendo en brazos de los usureros, terminó en un suicidio. Podría citarte casos tristes en todos los grupos sociales.

Y no creas que la adoración del oro es un peligro que amenaza tan sólo a los adultos de posición holgada. Un muchacho pobre puede tener también un amigo rico para quien el estudiar es cosa de segundo plano y lo principal es divertirse. Pero, ¡ay de aquél que se deja deslumbrar por la “honrosa amistad” del compañero rico y, lo mismo, empieza él a malgastar también el dinero de sus padres, ahorrado con duras pruebas! Sólo un joven miserable puede, fríamente, derrochar el dinero que sus padres tuvieron que ganar, a costa de tantos sudores y trabajos. No estires la pierna más allá de la sábana que te cubre. Más gasto que renta..., ahí tienes la ruina.

XX.- HASTA DONDE LLEGA LA SÁBANA

Quizá no querrás creerlo: si quieres llegar a rico, lo principal no es que sepas ganar sino que sepas ahorrar.

¿Quién es más rico? – preguntaron al sabio griego Cleantes. - Quien se contenta con menos – contestó. Excelente móvil de la prosperidad material, y más tarde de la propia independencia, es saber ser modestos. Cuanto más moderadas fuesen las pretensiones, en más aspectos de la vida se logra la independencia. Y basta ver la maestría que tiene la civilización moderna en despertar, día tras día, nuevos deseos en los hombres. Si los dos jóvenes emprenden la vida con igual talento e igual diligencia, prosperará más, sin duda, en el que tenga pretensiones y necesidades más modestas. La modestia en los deseos ya es una fuente de ganancia.

Cuantas mayores ambiciones tiene un hombre, más prisionero se vuelve de los placeres.

¿Por qué tantos engaños, estafas, robos? Porque los hombres tan sólo quieren gozar pero no quieren sacrificarse.

¿Por qué tantas vidas desgraciadas? Porque gastaron más de lo que tenían.

¿Por qué tanto suicidio? Porque se sabe mucho de ambiciones y muy poco de deberes.

Los más desposeídos deben reunir un pequeño caudal para los casos imprevistos de enfermedad, de desgracia; para los días de vejez, cuando ya no se pueda ganar el sustento. Por más que se gane, si se consume todo, habrá que caminar siempre bordeando la miseria. No se tendrá conciencia de la propia fuerza y de la seguridad que suele dar al hombre al capital ahorrado, por muy modesto que sea. Hasta de un sueldo modesto se puede ahorrar; en cambio, quien cada día consume lo que ha ganado, no da ni un paso adelante en el camino de la fortuna.

Hemos de acostumbrarnos a la economía, ya en los años de nuestra juventud. La economía educa el carácter y aumenta el sentimiento de la independencia, mientras que el derroche induce a la ligereza y empuja a la ruina. ¿Cómo es que, a pesar de todo, encontramos raras veces a un joven que sepa ahorrar? ¡Ah! Porque no es tan fácil la cosa.

“¡Soy tan pobre! ¿Cómo podré comenzar mis ahorros?”. Ante todo, lleva cuenta puntual de las entradas y de los gastos. Es lo primero; no gastes nunca más de lo que tienes. Después: no gastes nunca superfluamente. Quien compra cosas inútiles, pronto se verá obligado a vender objetos que necesita más.

Mira a un hombre vanidoso. ¡Cuántos gastos inútiles tiene sólo porque “los otros también lo hacen así”! Fumar, vestir lujoso, diversiones, comidas... El vanidoso ni siquiera viene a disfrutar del resultado de sus gastos, porque

derrocha sin medida “por amor a otros”. ¡Cuántos quebraron, sólo por haber querido el mismo traje, sombrero, casa, caballo, auto “que el otro”!

Sobre todo, te lo repito, gasta lo menos posible, cuando se trate de gastar lo de otros, lo de tus padres. Bien lo pensarás, si gastas no en cosas inútiles, cuando seas tú quien gane los dineros a fuerza de puro trabajo.

La economía tiene gran ventaja: permite al joven más pobre hacer obras de caridad. Y esto es un asombroso manjar espiritual del que ningún muchacho debería privarse. ¡Qué bello es el ejemplo del joven que distribuye los regalos de sus padres acomodados, entre los compañeros que viven con estrechez! Pruébalo, por favor; verás qué sublime alegría te proporcionará separar algo de lo tuyo, privarte de insignificancias con un pequeño sacrificio, ayudando con ello a los más pobres. Quien sabe ahorrar, puede hacer obras de caridad, aun teniendo pocos recursos. Quizás haga más, que quien alardea de su gran fortuna. *Summae opes, inopia cupiditatum* – dice Séneca. “La mayor riqueza es tener pocos deseos”.

XXI.- LA ALEGRÍA DEL TRABAJO

Si amas a tu patria, medita lo que dice “el mayor de los húngaros”, el conde Esteban Széchenyi ⁽¹⁾, en su obra titulada *Crédito*: “La suma de hombres sabios es el poder de la nación... La fuerza común no proviene de las fértiles llanuras, de los montes, minerales, etc..., sino de la inteligencia, que sabe usarlo con precisión”.

El joven cómodo, perezoso, ¿podrá ser algún día un miembro útil a la sociedad? Una juventud ligera, que teme al trabajo, ¿podrá reedificar la patria desgraciada, deshecha en ruinas? Quien de joven se limitó a ejecutar tan sólo el trabajo que se le *imponía*, ¿cómo cumplirá más tarde sus deberes, cuando no tenga ya que rendir cuentas a nadie?

(1)El conde Esteban Széchenyi es autor de las obras intituladas *Crédito, Mundo y Stadium*. Al ver que Hungría en el terreno de la cultura y del bienestar general no alcanzaba el nivel de los otros países del Occidente, se propuso consagrar toda su vida a la patria. Concurrió a la fundación de la Academia, ofreciendo a este fin todas sus rentas durante un año entero. Fundó el año 1827 el “Casino Nacional”. Después siguió haciendo nuevas fundaciones, todas de gran empuje y eficiencia patriótica. Reguló el curso del Danubio y del Tisza; construyó el primer puente, “Puente de cadena”, para unir Pest con Buda. (N. del T.)

El perezoso es cruel verdugo de sí mismo. El hombre que lo tiene todo, cuyos deseos se cumplen apenas asoman, tendrá una vida con más espinas que flores. En medio del trabajo vuela el tiempo, mientras que andan en la indolencia con paso de tortuga los mismos minutos. El “no hacer nada” es el trabajo más cruel del hombre.

¿Qué le falta, pues? La alegría del trabajo. El trabajo es uno de los mejores educadores del carácter; da costumbre de dominarse a sí mismo, crea la perseverancia, modera la tensión del espíritu.

Qué bendición es el trabajo, lo sabe sólo quien se vio obligado por mucho tiempo a la inactividad, supongamos que por causa de una enfermedad grave, se puede transformar en insufrible tortura el castigo de los condenados, sólo con no permitirles el trabajo y obligarlos a estar sentados horas, días, semanas, sin hacer nada en su celda. Basta para volverse locos.

El emperador romano Septimo Severo cayó gravemente enfermo el año 211, en Britania. Entra el jefe militar a pedirle el santo y seña del ejército para aquel día. ¡*Laboremus*, “trabajemos”, contesta el emperador, el emperador enfermo! Sabía que los deberes nacen con la vida, y sólo llegan a su fin al cerrarse nuestro ataúd.

Sin trabajo, la vida es un soñar vacío y vano. El espíritu de los hombres se hace vacilante, su voluntad, raquítica. Uno de los primeros medios para el robustecimiento de la voluntad es precisamente el trabajo, el esfuerzo continuo, minucioso. Quien trabaja, no tiene tiempo de estar descontento, de rebelarse contra su suerte. Aun más: el trabajo hecho con ánimo, si llegamos a absorbernos por completo en él, hasta podrá liberarnos de pequeñas disposiciones: dolor de muelas o ligeras fiebres. El trabajo que hacemos dándonos del todo a él, nos hace olvidar tales molestias: las vence.

Quisiera que los estudiantes perezosos, holgazanes, mediten profundamente, una vez siquiera, qué timbre de gloria sea el poder estudiar. Otros jóvenes, por la dificultad de ganarse la vida se ven pegados a la máquina, a las herramientas, al arado; y para esto permanecen escondidas para siempre muchas cosas interesantes. Pero, cuando tú estudias o lees, se levantan de las tumbas milenarias los héroes: te hablan antiguos sabios ya muertos; te cantan sus leyendas poetas de fama mundial; toman vida monumentos de pueblos desaparecidos; se descubren los planes, los pensamientos de los más grandes de entre los hombres. Quien tiene comodidades y no aprovecha su posibilidad de aprender, no llegará a saber nada de todo esto.

Tú, en cambio, puedes conocer la vida portentosa del fondo de los mares, la grandeza de los astros lejanos, las magníficas leyes de la Naturaleza. ¡Qué agradecido deberías mostrarte, pues el estudio es una cosa *permitida* para ti!

El estudiante verdaderamente meticulado, siente bien tal alegría y no mide, tacaño, su trabajo, diciendo: “Sólo aprenderé *tanto*, porque sólo *tanto es necesario*”. Si en cambio aprende *todo lo que puede*, después de la tarde pasada junto al libro, al llegar rendido a la cena, siente en su alma la alegría del trabajo, como lo cantó Schiller en “*La Campaña*”:

“Sudor que brote ardiente
inunde nuestra frente;
que si el cielo nos presta su favor,
la obra será renombre del autor”.

XXII.- “ME DOLÍA LA CABEZA”

Y ahora mira entre los varios tipos de la sociedad estudiantil, “el molusco” que voy a presentarte: exterior elegante, un abrigo del último corte, zapato de moda con fina suela, pañuelo perfumado y dentro en el alma, una vaciedad horrenda. Sobre su cuaderno de lecciones se lee: “N.N. estudiante de cuarto año”. Pero si quisiera ser sincero, debería poner allí: “N.N., vago profesional de cuarto año”. Porque tal muchacho hace cuanto puede hacerse sobre la tierra, menos una cosa: ¡aprender! Se apodera de mí cierto malestar cada vez que de labios de uno de dichos jóvenes astutos e hipócritas, en lugar de la lección, oigo la falsa y consabida excusa: “Señor profesor, no he podido prepararme; me dolía la cabeza”.

¿Le dolía la cabeza? No es verdad: pereza pura. Me gustaría mostrar a éstos la gran muchedumbre de jóvenes pobres, pero dotados de talento, que sienten la vocación de las aulas, animados por su deseo, por su diligencia, por su perseverancia, pero que no pueden seguirla por falta de dinero. Y si logran de algún modo ir a la escuela, ¡a costa de qué privaciones siguen sus estudios!

¿Y a aquéllos todavía “les duele la cabeza”? Por pereza han derrochado tanta fuerza de voluntad, que ya les resulta molesto el solo hecho de levantarse del sofá, o el buscar los libros de texto. Sí. Cada tarde, mejor dicho, cada noche a eso de las once, estudian algo, una media hora. Pero entretanto, no dejan correr cinco minutos sin pararse a comer algo o a oír música. Se ve claramente que, aun durante el estudio, su “yo” precioso es lo más importante para ellos. No es maravilla, pues, que no sepan la lección.

Cada hombre gasta una gran parte de los tesoros del mundo: comida, ropa; etc.; y esto ha de pagarlo de una o de otra manera. Por los bienes terrenos que gastamos, hemos de pagar con el trabajo; quien no trabaja, pues, es un fardo sobre las espaldas de la sociedad, porque consume continuamente sin dar compensación. Por eso escribe San Pablo con clara brevedad, a los Tesalonicenses: “*Quien no quiere trabajar, que no coma*”. (1)

Y tienen que trabajar, no solamente los que están obligados sin otros argumentos ni raciocinio, a ganarse la vida mediante el trabajo. No, hijo mío. Por más rico que seas, aunque tengas todos los tesoros que se te antojen, has de trabajar. De la inactividad nace la ruina moral y su consecuencia es el retraso espiritual. Quien no aprende, no sabe juzgar al mundo; se hace esclavo de otros, de los más instruidos, aunque en el exterior parezca ocupar un trono.

En cambio, el que trabaja mucho llega a ser guía espiritual de la humanidad: su palabra resuena en los siglos y levanta sus ecos hasta cuando el cuerpo hace tiempo que se convirtió en polvo.

Los grandes poetas clásicos nos hablan hoy todavía con vida nueva, en sus obras maestras. Platón aún hoy, nos enseña su filosofía; Virgilio y el Dante siguen cantando sus versos; Shakespeare no deja de conmovernos... y ¡han pasado siglos desde que murieron! El resultado del trabajo es, de veras, monumento más perenne que el bronce: *Monumentum aere perennius*. ¡Ojalá meditasen estas verdades aquellos estudiantes a quienes siempre “les duele la cabeza”.

XXIII.- LA ABEJA Y EL ABEJORRO

Vemos con razón en las abejas un símbolo de diligencia. Es portentosa la perseverancia incansable con que vuelan durante todo el día de una flor en otra, recogiendo miel. La diligente abejita que de las flores chupa la miel, y el joven que trabaja en sus libros, son muy parecidos. De la misma manera también nosotros, hombres ya maduros o estudiantes nada más, debemos extraer de muchos libros, de muchas impresiones, de observaciones múltiples, con incansable solicitud, la ciencia necesaria para la vida.

(1) 2ª carta a los Tesalonicenses, III, 10.

Y hay aún otros puntos de contacto entre abejas y estudiantes. Se parecen, asimismo, en que ambos tienen parientes de menos valía. También las abejas tienen un pariente degenerado: el abejorro. Por fuera parece abeja trabajadora, zumba lo mismo, hasta más fuerte; vuela de la misma manera de flor en flor; hasta que se sienta en alguna que otra roca con tal seriedad, que al verlo cualquiera pensaría que saca miel de la misma piedra; pero después de los trajines de un día entero siempre llega a casa sin miel. Así es el abejorro.

Y, ¿cómo es el “estudiante-abejorro”? Está sentado ante el libro abierto, lo mismo que los demás; vuelve las páginas de la misma manera, y aun las vuelve más. Mira con tal seriedad las letras que no parece si no que hasta de la roca de la cubierta del libro quisiera extraer ciencia. Su madre lo acaricia con tanta compasión: “¡Pobre hijito, te matas con tanto estudiar!”, y si embargo, no hace sino fingir que trabaja.

Su mente vaga por todas partes; en su cabeza se acumulan pensamientos que nada tienen que ver con el estudio. Menos mal si en su cerebro no se arremolinan conceptos malos y pensamientos poco edificantes, porque ahora sí que sería copia fiel del abejorro, cuya larva, como es sabido, se cría con predilección en la basura.

El libro de los *proverbios* del antiguo testamento pinta magistralmente, en pocos trazos, al hombre perezoso que “*quiere y no quiere*” (XIII, 4), que “*se consume por sus propios deseos*” (XXI, 25), ya que toda su vida y su labor no son otra cosa que un encadenamiento de deseos y suspiros infructuosos. Ni por casualidad sabe decidirse a tiempo en las empresas, ve multiplicadas las dificultades, y al final, puesta la piel de gallina, se esconde para huir del trabajo: “*Fuera hay un león, y si salgo me matará en medio de la calle*” (XXII, 13), dice con miedo.

- El álgebra es terriblemente difícil, es inútil, no es posible aprendérsela - repite - y cierra el libro aun antes de empezarlo. Todo lo prueba, de todo tiene vagas noticias, pero nada sabe como corresponde. Es como aquellas navajas voluminosas, en que hay hoja de corte, pero al mismo tiempo tienen tirabuzón, tijeras y destornillador; todas estas herramientas, sin excepción, son de una calidad pésima.

¡Te tengo lástima, pobre, infeliz “estudiante-abejorro”, que vas malgastando los años más fértiles de tu juventud!

XXIV.- LA GRULLA SIN COLA

Hay jóvenes que van pasando los años valiosos de la enseñanza secundaria con verdadera habilidad, para sacar de ellos el menor provecho. Sí; van a la escuela, a ello se les obliga; pero sólo trabajan con medio corazón, con un solo ojo, con un solo oído.

¿Y la otra parte? Prestan atención muy a pesar suyo, pero con la mitad de su mente, recorren el campo del partido de fútbol que se jugará por la tarde. Vigilan con un ojo; por el rabillo miran al profesor, pero al segundo leen ya de nuevo, con el libro bajo el banco, las agudezas de Sherlock Holmes. Si el profesor hace un movimiento, instantáneamente lo miran con una cara tan asombrosamente luminosa como si ellos hubieran sido los inventores de la imprenta.

Sinceramente, me dan lástima estos muchachos. Me dan lástima porque estas dos mitades de su trabajo no pasan de ser un continuo titubeo. Ellos, sin embargo, sostienen que simultáneamente, pueden prestar atención a dos puntos, a debajo del banco y a encima del banco; pero la psicología lo desmiente. Gastan el mismo tiempo que a aquellos que se toman la lección con alma y vida. La diferencia está en que unos ya se saben la lección, mientras otros tiran los libros, porque no comprenden ni una cosa ni otra.

Me llamó la atención una bandada de grullas que cruzaba un día los aires. Todo el grupo, en forma de cuña, surcaba magníficamente el cielo. Pero muy lejos de sus compañeras remaba tambaleándose, con inhábiles aletazos, una pobre grulla que se había quedado atrás. En una riña, le habían sacado a la infeliz, las plumas de la cola, su timón; y aunque trabajaba, en el aire, el doble que sus compañeras, no llegaba con todo al final. Grulla sin cola es también el estudiante de quien hablamos: también él trabaja, pero no adelanta.

Ibsen, en *Peer Gynt*, pinta el estado de uno de estos hombres, cuando con reproche les rodean las horas y los dones valiosos de la vida, malgastados. “Somos los pensamientos - le dicen - que deberías haber pensado. Somos las canciones que debiste cantar. Somos las lágrimas que debíamos haber brotado de tus ojos. Somos las acciones que pudiste y no quisiste realizar”.

Yo quisiera que todos los jóvenes escribiesen sobre un cartón, y lo colocasen en un marco sobre la mesa de estudio para tenerlo siempre a la vista, las ponderadas líneas que siguen, y que un célebre comerciante hizo grabar sobre su tumba:

“No olvides, que el deber principal de nuestra vida es el trabajo.

El tiempo es dinero; no malgastes ni un momento, y cuéntalos todos bien.

Haz a tus prójimos todo lo que ellos desean que te hagan a ti.

Lo que puedes hacer hoy, no lo dejes para mañana.

Lo que puedes hacer tú mismo, no lo confíes a otro.
No desees los bienes de otros.
Da importancia a la cosa más insignificante.
No gastes de antemano lo que todavía no has ganado.
No disminuyas tus rentas; procura más bien aumentarlas.
Haz que un orden severo gobierne todas tus obras.
Esfuézate en hacer el mayor número de obras buenas durante tu vida.
No te prives de nada que sea necesario para la comodidad de la vida; pero vive con honrada modestia y economía.
Y por lo mismo, trabaja con diligencia hasta el último momento de tu vida.”

A quien le gusta la miel no han de asustarle las abejas.

XXV.- TEMBLOROSA LLAMA DE LA VELA

Hay jóvenes de naturaleza especial, que trabajan durante todo el día; siempre están ocupados. No obstante, por falta de perseverancia, son víctimas, dignas de compasión, de la debilidad de su propia voluntad. Siempre están atareados, no cesan un momento; pero no dedican más de diez minutos a una misma cosa; presentan sucesivamente de modo tan magistral sus actos inútiles, que llega a parecer una actividad febril.

Fíjate, si no, en cómo emplea la tarde uno de esos estudiantes. Después de la comida empieza a buscar las palabras latinas. A los tres minutos copia un dibujo para un trabajo manual. Un ratito más lo verás en el sofá, repitiendo machaconamente en voz alta las guerras de Napoleón. En esto cierra de repente el libro, porque se ha acordado que tenía una película que ver en televisión. La apaga y apresuradamente, después de leer 17 páginas de una novela de Pereda, empieza con la lección de Física. Pero describe que la distancia (f) de las lentes se determina por los radios esféricos (r_1 r_2) y el índice de refracción (n):

$$\frac{1}{f} = (n-1) \left(\frac{1}{r_1} + \frac{1}{r_2} \right)$$

Luego atrapa con habilidad la mosca que se paseaba por su cuaderno y coloca una de las alas del animal en su pequeño microscopio. Y con esto llega a feliz término la tarde. Su madre hasta le tiene compasión: “¡Pobre hijito, cuánto has estudiado!” Y sin embargo, hacía sólo como que estudiaba.

La historia cuenta del emperador Dominiciano, que se encerraba muchas veces en su cuarto y a nadie le era permitido estorbarle, como si hubiese querido profundizar en los temas más difíciles del Estado. En realidad pasaba el rato cazando moscas y clavándolas en un alfiler. Lo mismo que aquel muchacho

que con aire de pensador abre ante sí la *Res Romance*, pero cuando sale su madre del cuarto, saca de debajo el suplemento de deportes.

El trabajo a retazos, falto de orden, además de cansar mucho más que el estudio serio, carece de todo valor. Es por conocido: el espíritu humano no es capaz de prestar atención simultánea a muchas cosas.

Es natural que el estudiante que se mueve continuamente durante la lección, como ardilla en la jaula, y es inconstante como un gitano ambulante, no haga labor de provecho. Estos muchachos, aunque *estudien de continuo, nada saben; prestan atención a todo, pero nada retienen*. Aprovechas incomparablemente más, si estudias tres horas con atención intensa y entrega completa, que si estás sentado seis horas ante tus libros, pero no aprendes, ni juegas, y por fin, como sucede después de todo trabajo a medio hacer, te levantas descontento de la mesa de estudio. El joven que mejor aprende, y más tarde también será quien rinda más provecho, es aquel que mientras estudia, se olvida por completo del mundo, no se da cuenta siquiera del ambiente que le rodea, del tiempo, de las dificultades, y concentra toda su atención en un solo punto.

Confiésamelo: fácilmente tú mismo comprendes que si alguien, mientras está bailando y al mismo tiempo medita la tesis de Carnot, tropezará en el suelo más plano. Pues, ¿cómo no ha de tropezar y caerse en el examen de matemática, quien al prepararse en la tarde anterior sólo pensaba en el baile de la noche?

No emprendas todo a la vez; empieza un solo trabajo; prosíguelo con perseverancia, no toleres desalientos y no lo abandones hasta llevarlo a buen término. *Age quod agis*. "Lo que hagas, hazlo bien".

Es errónea, sin duda, la opinión corriente en nuestros días, según la cual son "activos" y de espíritu "creador" aquellos hombres que con nerviosa inestabilidad emprenden innumerables empresas.

¡Qué engaño! Los grandes descubrimientos, que significan un paso de la humanidad en el campo de la cultura, la técnica y el espíritu, nacieron mediante un trabajo constante, en el ambiente fértil del tranquilo escritorio, del laboratorio silencioso y de las calladas bibliotecas.

Lo que hace a los verdaderos héroes de la historia, en el terreno de la ciencia, de la literatura, del arte y de la industria, es la diligencia constante, reposada, con ánimos para mantener un trabajo reconcentrado de largos años. No se pueden escalar las cimas de las altas montañas con un solo esfuerzo gigante; a esto se comprometerían muchos jóvenes; sino con el trabajo continuado de millares y millares de pasos pequeños, de un adelanto perseverante, a costa de trepar por las peñas, de remover obstáculos, ponerse de pie... donde se pueda y resbalar muchas veces.

Créeme, hijo: el héroe no es aquel que es capaz de llevar a cabo una o dos acciones atrevidas, sino aquel otro que sabe ejecutar con valentía las obras más significativas de la vida.

Cuando después de comer se apodera de ti una pereza como la de la marmota durante el invierno, y vencéndola te aprendes el álgebra, eso es valentía.

Cuando por la mañana te gustaría seguir acurrucado entre las mantas calientes, pero al sonar la hora de levantarse, saltas animosamente de la cama, eso es valentía.

Cuando el sol de primavera te convida a jugar, pero no has terminado aún las lecciones y te fuerzas a seguir sobre el libro, eso es valentía heroica.

Cuando algo no te gusta y lo haces a pesar de todo con placer, porque así lo exige el mandato de Dios, eso, eso sí que es valentía de héroe.

XXVI.- EL CARACOL Y LA LIEBRE

El caracol y la liebre apostaron para ver quién ganaba una carrera. La meta sería el confín de un bosque cercano. El caracol emprendió el camino con gentil disposición; sudaba, caminando tenaz y esforzado. La liebre con ilimitada confianza se acostó en el suelo bajo los rayos esplendorosos del sol y pensaba: “¡Imbécil! ¿Para qué tantas fatigas, a qué vienen tantos sudores? Está de más. En dos saltos te dejo yo tan atrás que no me verás ya la punta de la cola”. El caracol seguía su camino, arrastrándose, sudando, trabajando, y, cuando la liebre se dio cuenta, no le faltaba más que un paso para llegar al bosque. “¡Oh! Hay que correr ¡Adelante!” – exclamó la liebre. Da un salto, da otro salto; pero antes de dar el tercero, el caracol ya estaba en el bosque.

La perseverancia y la diligencia vencen al talento.

En el trabajo espiritual también es condición de primera necesidad la constancia. No se puede decir que corresponda por completo a la verdad, pero encierra gran parte de ella, el dicho francés: *le génie c'est la patience*, “el genio es paciencia”. Podría mostrarte una larga lista de jóvenes de gran talento, que corrieron a la ruina por su modo ligero de pensar. Aunque no lo tomaban muy en serio, hicieron sus estudios en la secundaria con las mejores calificaciones; pero en la vida no dieron fruto, precisamente porque no estaban acostumbrados a un trabajo sistemático. No llegaron a nada. Por otra parte, muchas de las célebres eminencias, durante los años de estudio no tenían más que un talento mediano, pero supieron compensarlo con diligencia férrea y con trabajo constante y sistemático.

El “aprender con facilidad” indudablemente es un don peligroso para muchos jóvenes. “¡Yo no tengo que estudiar, tengo talento!” – dicen muchos

jóvenes en sus adentros. Parece obvio, pero el talento solo no es ciencia; sólo es *medio para alcanzarlo*. Y muchos jóvenes de talento, fracasaron en las clases de la secundaria o en la Universidad, sólo porque no hicieron fructificar el talento que les fue concedido por Dios. “La labor perseverante vence todas las dificultades”, *Labor omnia vincit improbus* – escribe Virgilio.

¡El caracol puede vencer a la liebre!

XXVII.- ¿GENIO O DILIGENCIA?

El trabajo pertinaz y vigoroso, la paciencia constante y amplia, es como el agua que tranquila fluye por siglos y va cavando una profunda cuenca. No todos son genios; todo lo contrario: éstos son un porcentaje muy reducido de hombres. Sin embargo, todos pueden proponerse un fin elevado, que después sigan con constancia tenaz durante la vida entera. El blanco, que nunca se pierde de vista, es el armazón, la espina dorsal en que se apoya el éxito de la vida. Aun más: ¿cuál es una de las propiedades características del genio? La consagración apasionada, intensa a la rama de la ciencia o del arte.

Las creaciones científicas o artísticas más gloriosas para el espíritu humano, las debemos, no a la llamada momentánea del genio, sino a una *incontrastable y perseverante diligencia de hormiga*. Los hermosos resultados de la constancia de una vigorosa fuerza de acción y de una voluntad firme, podrán lograrlos también jóvenes de mediano talento espiritual. El gran secreto del éxito en este mundo está en preservar con tenacidad e insistencia, tendiendo al fin noble y elevado que nos hemos fijado.

La diferencia entre el hombre grande y los hombres mediocres, radica muchas veces sólo en la energía y voluntad inflexible con las que el primero se dirige al fin señalado; es lo que caracteriza a los grandes hombres y lo que les falta a los hombres mediocres. La perseverancia, la diligencia y el trabajo han sido incomparablemente más provechosos al mundo, que el genio, el talento brillante. *Ohne Fleis Preis* – dicen en alemán. “Sin diligencia nada se logra”. Y ante el trabajo todo el mundo se inclina.

“Aprisa, aprisa. ¡Pasar lo malo del trabajo!” – es el lema de muchos estudiantes.

¡Ah! ¿Sí? ¿Sabes cuánto tiempo empleó Dante para su obra de fama mundial, *La Divina Comedia*? Treinta años justos.

Y Dickens, el gran escritor inglés, dice de sí, que cada libro le costaba un trabajo inmenso.

Prescott, célebre historiador americano, ya era casi ciego; y no obstante, cuando para escribir su gran obra *Fernando e Isabel de España* le fue necesario

conocer los idiomas modernos, ya en la madurez de su vida empleó diez años en el estudio de lenguas.

Newton, el gran astrónomo, escribió quince veces su *Cronología* hasta que pudo darse por satisfecho.

Cuando Tiziano, el pintor de fama universal, envió a Carlos V su célebre *Última Cena*, escribió lo siguiente: “Mando a Vuestra Majestad un cuadro, en el que he trabajado diariamente, y muchas veces hasta por la noche, durante siete años”.

Virgilio estuvo escribiendo durante veinte años *La Eneida*; y no obstante quiso destruirla antes de morir, por no considerarla bastante buena.

Fenelón, transcribió dieciocho veces se célebre obra educadora, el *Telémaco*, y aun en la última copia borró y corrigió mucho.

Edison era todavía niño, cuando ya pasaba la mitad de las noches leyendo; no leía novelas, sino tratados técnicos de mecánica, de química y de electricidad.

Tolstoi ejercía una crítica muy severa respecto a sus obras y decía que el oro sale a la luz del sol después de pasarlo por el tamiz y lavarlo repetidas veces. No corregía tan sólo los borradores, sino aun las copias. Incluso algunas veces el texto definitivo era la tercera transcripción, pero había pasajes que corregía aún más veces.

Stephenson trabajó durante quince años en el perfeccionamiento de su locomotora, para obtener éxito.

Watt meditó durante tres decenas de años la máquina que condensa el vapor.

Herschell quiso fabricar para uno de sus telescopios un espejo cóncavo. Hizo uno, pero no lo consideró adecuado. Hizo un segundo. Tampoco salió bien. Un tercero; tampoco le servía. Hizo más de doscientos espejos cóncavos antes de fabricar el que verdaderamente le convenía. Pero lo fabricó al fin. Ve, que hasta al talento genial le prestan eficaz ayuda la diligencia y perseverancia.

Newton tenía una gran inteligencia, y no obstante, cuando le preguntaron cómo pudo hacer sus descubrimientos, contestó con modestia: “Sencillamente, estaba soñando siempre con ellos”. Casi exageró la diligencia, ya que todo su descanso consistía en cambiar sus estudios y alternar los temas.

Ejemplo elocuente del magnífico resultado que dan más tarde el ejercicio y la disciplina practicados en los años de la juventud, es Roberto Peel, uno de los oradores de más relieve del parlamento inglés. Él rebatió con admirable memoria todos los argumentos, uno tras otro, de sus contrarios políticos. Y sin embargo, su inteligencia no pasaba de ser de término medio. ¿De dónde sacó entonces aquella memoria extraordinaria? Cuando niño, al volver de la iglesia, su padre le hacía subir a una mesa y recitar el sermón. Al principio, como es

natural, le costaba; pero el ejercicio llegó a dar tal agudeza a su mente, que recitaba casi palabra por palabra los sermones. Y los éxitos de la plena adultez, los debió a este trabajo arduo de la niñez.

Los padres de Stephenson, pobres como eran, no tenían medio para enviar a la escuela a su hijo, futuro inventor de la máquina de vapor. Tuvo que trabajar doce horas diarias; pero robaba tiempo a la noche, con tal de poder aprender a leer y escribir. Tenía diecinueve años cuando llegó a escribir su propio nombre. Y, ¡qué alegría le proporcionaba el poder cultivar su entendimiento en los cortos ratos que le quedaban libres! Durante el descanso de la comida, se entretenía en resolver problemas de matemática, que escribía en el costado de la mesa.

XXVIII.- EN LAS TRINCHERAS

Por desgracia, abundan los caracteres que no son muy propicios a este trabajo insistente. Durante la Primera Guerra Mundial, los soldados húngaros, con su empuje característico y heroísmo incontrastable, se metían, cabalgando, en los mismos nidos de la artillería ¡y morían! Pero no les gustaba estarse quietos semanas y semanas en las trincheras. Al fin llegó a vencer este método. De la misma manera, los éxitos en la vida no se alcanzan con heroicas cabalgadas, con momentáneos arranques, sino con diligente constancia durante años y años. Aunque te cueste al principio, haz de aprenderlo.

Esta *paciencia activa* levantó, a costa de enorme trabajo, las pirámides de Egipto. Ella enseñó a los monjes medievales a copiar a mano, durante una vida entera, junto a la luz mortecina de un velón, las obras que nos legaron los clásicos griegos y latinos. Esta paciencia observó, después de experimentos infructuosos de muchas decenas y centenares de años, las leyes de las fuerzas de la Naturaleza y las dominó, una tras otra, para que sirviesen al hombre. Un proverbio húngaro dice que la paciencia da rosas. Da también ciencia, instrucción, modales, cultura.

El gran músico Haydn no dijo en vano: “El secreto del arte está en dedicar todas nuestras fuerzas a lo que hayamos emprendido”.

Más vale no empezar el trabajo, que proceder sin ton ni son. *Besser unbegonne, als unbesonnen* – dice el alemán. “Más vale no empezar que lanzarse sin consejo”.

El peor defecto de los jóvenes es la inconstancia en el trabajo. La base de todo este adelanto es esta diligencia inquebrantable; el esfuerzo moderado, pero continuo, y no una llamada fugaz. El estudiante perezoso ¡qué gasto de energía hace para aprender antes de los exámenes! Pero, ¿qué puede valer un empuje de algunos días, después de una holgazanería de diez meses? Sea, pues, tu lema la que aquella orden de caballeros, que Ladislao IV fundó en el siglo

XVII: *Vicisti; vince! ¿Triunfaste? ¡Magnífico! ¡Alégrate! Pero no presumas. ¡Lucha, combate y vence también en adelante!*

XXIX.- LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

Los sentimientos, la imaginación, el temperamento ejercen gran influencia sobre la voluntad. No los dominamos por completo; por lo tanto, respecto a ellos la voluntad del hombre no goza de plena libertad. Has podido verlo por propia experiencia. Una mañana te despiertas con sentimientos tristes, abatidos; otro día, en cambio, saltarías continuamente de alegría; pero en vano buscarías la causa de tu tristeza primera, de tu alegría presente; tú mismo no sabrías decir cuál sea.

Lo mismo sucede con la fantasía. Un día, sin motivo especial, revive el recuerdo de acontecimientos lejanos en tu memoria; o bien, pensamientos imposibles, imágenes engañosas se pintan en tu cabeza. ¿De dónde proceden? ¿Por qué precisamente en este momento penetran en tu mente? No sabrías decirlo. Y, ¿de cuántas desgracias es causa la imaginación humana! Pinta dificultades enormes, obstáculos invencibles ante nuestro trabajo, sólo para quitarnos el ánimo. Al tener que tapar una muela, no es la operación la mayor molestia, sino la media hora que tienes que esperar en la antesala del dentista, mientras que tu fantasía va atormentándose con las imágenes aumentadas del sufrimiento futuro.

Pues bien. Aunque no seamos *completamente* dueños de nuestros sentimientos y de nuestra fantasía, hemos de extender también el dominio de la voluntad y *en lo posible* a estos terrenos. Sé dueño de tus sentimientos y toma las riendas de tu imaginación. ¿Te has despertado de mal humor? Es igual. Esfuérzate por sonreír, canta con alegría, y ya habrás vencido en parte tus sentimientos.

¿Tienes que resolver un problema de álgebra? Tu fantasía sale con cuadros aterradores: ¡Qué terriblemente difícil es este problema! ¡Cuánto tendrás que sudar! Tú en cambio, di para tus adentros: “No es verdad. Amiguita, fantasía mía, tú me engañas. No eres tan terrible como pereces. Cuanto mayor sea la dificultad, tanto más quiero emprender el trabajo”.

Como ves, la educación de la voluntad no es sino una labor sistemática para la conquista de todas aquellas potencias espirituales: entendimiento, sentidos, memoria, imaginación, que influyen en la función de la voluntad. Por lo tanto, no basta para la educación de la voluntad que la ejercitemos, que la robustezcamos, sino que nuestro propósito principal debe ser poner con la mayor perfección posible, esta voluntad firme al servicio de elevados fines

espirituales: es decir, tenemos que subordinarla por completo al dominio del alma.

Quien quiere tener carácter firme, debe esforzarse por dominar lo más posible sus sentimientos. Muchos crímenes, discordias, pensamientos de envidia, alegrías del mal ajeno, ofensas precipitadas, riñas sinnúmero, no tienen siempre por causa una voluntad *depravada*, sino una voluntad *débil*, no ejercitada en mandar, sin desmayos, a los sentimientos vehementes. Podemos vencer, por ejemplo, un leve mal humor sin ningún esfuerzo especial; y no obstante, cuántos hombres sufren por este leve mal humor, porque tienen pereza de hacer un pequeño esfuerzo.

La educación adecuada de los sentimientos es a la par, educación de la voluntad. Los sentimientos influyen en el espíritu, no sólo para movernos a querer, sino aun para querer de buen grado y con perseverancia. Y, ¿quién no ve que las obras buenas brotan con más lozanía al calor del corazón que a la fría luz del intelecto?

Por este motivo, debes cuidar también la educación de tus sentimientos: la voluntad que funciona sin sentimientos puede convertir al hombre con gran facilidad en una máquina de voluntad, sin corazón, egoísta, testaruda, lo cual es otra caricatura del “joven de carácter”.

El hombre prudente no se esfuerza tan sólo por vencer sus sentimientos desagradables y compensarlos con alegría, sino que hace cuanto está en su mano por conservar siempre la tranquilidad del alma.

Cuerpo y alma están en íntima dependencia. Si estás abatido y una tristeza sin causa se apodera de tu alma, intenta sonreír, frota con alegría tus manos, y verás que tu tristeza empieza a desaparecer. Por otra parte, si un dolor físico te tortura, ocúpate en pensamientos agradables, y llegarás a olvidar en parte tu dolor.

De cualquier desgracia que te sucediese, procura sacar algún provecho espiritual. *Deficiendo discamus*, “aprendamos de las propias deficiencias”. ¿Te han robado tu billetera en el bus? No pierdas la cordura, sino procura recordar cuándo estabas distraído y medita qué cuidado debes tener en adelante. ¿Te pisa alguien el pie? No saltes enfadado, sino di para tus adentros: “A costa de este dolor compraré un poco de dominio de mí mismo”.

Seguir siempre dueño de los propios sentimientos sin dejarse arrastrar por ellos, es el grado más alto de la perfección espiritual.

Y con esto hemos llegado al capítulo más importante del libro: “Los medios de la formación del carácter”.

CAPÍTULO III

Medios de formar carácter

I.- MEDIOS DE FORMACIÓN DEL CARÁCTER

¡Quiero! Tiene una fuerza maravillosa esta palabra. Por ella se torna posible lo imposible. Quien contempla Los Alpes cubiertos de nieve y hielo, exclama: “Es imposible atravesarlos”. Aníbal, Napoleón, sólo pensaron: “Quiero... Es necesario... Se hará. Y pasaron con ejércitos enteros por encima de los Alpes.

En 1866, antes del combate de Lissa, el almirante austríaco Tegethoff quiso dar esta orden desde su buque-insignia: *Mussa der Sieg von Lissa werden* “Es necesario ganar la batalla de Lissa”. Pero apenas fue transmitida por los centinelas la primera palabra: *Mus...* “Es necesario...”, ya estalló la lucha. La consigna quedó, pues, troncada y reducida al misterioso: “Es necesario”, y la fuerza de esta expresión condujo a los austríacos a un triunfo brillante contra los italianos. *¡Es necesario! ¡Quiero! ¡Palabras poderosas!*

En una ocasión, tuve con mis alumnos una excursión campestre todo un día por la montaña de Bükk, no lejos de la ciudad de Eger. Estábamos muy a gusto, y se nos pasó el tiempo. Tanto jugaron, tanto corrieron los muchachos, que cuando se nos ocurrió mirar el reloj, ya eran las seis y media de la tarde. A marcha normal, necesitábamos dos largas horas para volver, y los muchachos habían prometido estar en casa a las ocho en punto. *¿Qué hacer, pues?*

Di a prisa la señal de reunir la tropa. “Muchachos, mal va eso. Ya son las seis y media, y ustedes habían prometido estar en sus casas a las ocho; y sin embargo nos espera una caminata de dos horas. *¿Quieren* estar en casa a las ocho?”

“Queremos” – gritaron los muchachos.

Pues bien. Entonces: ¡Adelante! ¡Zoli, Bitskey, en el centro! ¡Muchachos, en filas! ¡Dos a dos! ¡Punta de apoyo en el ala derecha! ¡Media vuelta a la derecha! ¡Marchen!

El recio pisar de veintiocho muchachos levantó gozosos ecos a la orden de “marchen”. *Uno-dos, uno-dos...; no hable nadie, no salga nadie de la fila... Uno-dos, uno-dos...* Retumbaba el camino.

Pero después de caminar media hora, el empuje ya decaía. Era inútil; los muchachos llevaban en los huesos el cansancio del correr y jugar de todo un día. Atención: hay que arreglar el asunto. “¡Muchachos! ¿Cómo es aquella canción: *Rajta föl, ime már süt a napsugár...* “Adelante, ya brilla el rayo del sol...?” Pista Bárany, que era el de mejor voz, la entonó de repente y prosiguió con el canto rítmico. Los otros lo coreaban. Cuando acabábamos un canto, empezábamos otro: “*Fiuk, föl a fejjel, a harsona senzg, álljunk csatasorba vidáman...* “Muchachos, levanten la frente, ya suena el clarín, preparémonos con espíritu alegre para la lucha...”, después otro canto... y otro... y otro... hasta diez... hasta veinte... Nadie arrastraba ya los pies, nadie se salía de la fila... Acababan de dar las ocho, cuando todo el grupo de estudiantes, con flores, con cantos y con polvo, pisaba el asfalto de la ciudad. En hora y media hicimos el camino de dos horas. ¿Cómo fue posible? Con la ayuda de una sola palabrita de fuerza mágica. Los jóvenes habían dicho: *Queremos*.

Ojalá esta palabra tuviese en ti un gran fondo de verdad, hijo mío. Ya ves, por lo tanto, qué enorme fuerza motora es la voluntad.

¿Sabes *querer*?

Sí. ¡Cuántas veces dices: “Si quisiera, haría esto o aquello! Si quisiera, podría tener las mejores notas. Si quisiera, podría ser puntual. Si quisiera, podría rezar siempre las oraciones de la mañana y de la noche...”

Quid quisque possit, nisi tentando nesciat – dice el proverbio latino. “Lo que puedas, sólo lo verás después de probarlo”. Pues, bien: “si quisieras”. Pero, ¡pruébalo siquiera una vez y quiérela de veras.

II.- “PODRÍA, SI QUISIERA”

No tenemos voluntad fuerte; he ahí la fuente de casi todos nuestros defectos. Si la tuviéramos, ¡oh!, entonces de un solo golpe nos libraríamos de todas las debilidades.

El tirano Calígula, emperador romano, dijo: “Me gustaría que todos los romanos no tuviesen más que una sola cabeza para poder decapitarla de un solo golpe”. Pues bien: esta cabeza que debes hacer que caiga, es la flaqueza de tu voluntad.

Hay muchos jóvenes que no hacen sino repetir: “¡Ah! yo podría hacer tal o cual cosa, si quisiera”. Si quisiera... Siempre este “si quisiera”.

Quiere suponer que tiene voluntad, pero nunca da prueba de tenerla. Porque probando se vería claro que, tan sólo *creía* tener energías. Estos jóvenes se parecen a los soldados pintados, que tienen el cañón siempre levantado y para disparar, amenazan con cara de espanto: “Voy a disparar ahora mismo”, pero nadie les teme, porque nunca disparan. “Podría, si quisiera”. Ya... ya...: si yo tuviera mil veces mil pesos tendría un millón de pesos, si un malaventurado “si” no estuviera de por medio.

No hay arte más fino en el mundo que cultivar el alma propia; porque ningún escultor modela entre manos mármol tan noble y bronce tan valioso, como es el precioso tesoro que nosotros hemos de modelar: el alma.

Habrás oído sin duda, que el hombre tiene libre albedrío; y aun temo que lo hayas oído demasiadas veces. En efecto, el hombre tiene libre albedrío, pero no tiene firme voluntad. Por lo tanto, tú tampoco la tendrás, mientras no la consigas. La voluntad fuerte no es un don que traemos al mundo al nacer, sino un tesoro que cada cual debe conseguir a costa de difíciles luchas. No podemos tener gratuitamente una voluntad firme, ni podemos exclamar con tanto entusiasmo: “De hoy en adelante tendré una voluntad fuerte”. Debes trabajar seriamente para lograrla.

La voluntad del joven será fuerte en la medida en que haya luchado por conseguirla y librarse del dominio de los sentidos. Porque, ¿qué otra cosa es la libertad espiritual más que la disciplina de sí mismo, que el predominio de los sentimientos más nobles sobre los deseos materiales de los sentidos y del cuerpo? La voluntad es como una semilla sembrada en tu alma; si la cuidas con esmero y haces que se desarrolle, crecerá y será un roble que resista los huracanes; pero si la descuidas, hasta las hormigas de las pequeñas faltas podrán carcomerla.

La libertad del espíritu sólo puede ser recompensa de pequeños esfuerzos constantes, animosos, de una labor lenta, de un continuo pulimento propio. Por esto caminan a nuestro alrededor tantos hombres que arrastran las cadenas del pecado: porque muchos son los que temieron aceptar el duro trabajo de los esfuerzos cotidianos.

“Podría, si quisiera”. Pues quiérello. Pruébalo. Quien desea ser hombre serio, debe quererlo seriamente. Del “quisiera” al querer verdadero, va la misma diferencia que de los perritos falderos a los mastines que protegen la casa. Aquellos perritos raquíuticos no saben morder ni ladrar, ni hacer ninguna labor de provecho; tan sólo comen, lloriquean y además, cuestan una fortuna. El mastín que protege la casa no gimotea, sino que ladra con fuerza y cuando es necesario, muerde al huésped no deseado. Así también el joven que tiene

voluntad, no lloriquea, sino que ladra a las tentaciones de la pereza y del pecado, las muerde para espantarlas y hacerlas huir, y no pierde de vista el fin que se propuso hasta lograrlo.

Y, ¿cómo se hace esto? De la misma manera que en la marcha descrita hace poco. Hazte, por ejemplo, la pregunta: ¿Quieres tener las mejores notas? “¡Quiero!” Pues bien, dítate órdenes a ti mismo: “¡Media vuelta a la derecha! Es decir, joven, toma de inmediato la tarea de mañana, pero en seguida y no “la empezaré la semana que viene” y ¡uno-dos, uno-dos, adelante con esta tarea! Tu mesa de trabajo es el yunque en que forjas tu porvenir.

¿Quieres ser puntual en el rezo? “¡Quiero!” Entonces empieza a rezar esta misma noche. “Pero tengo muchas tareas”. No importa. Siempre tendrás cinco minutos. “Y en la mañana tengo que ir aprisa para llegar a tiempo”. Bien pues, ¿qué dificultad hay en que te levantes cinco minutos antes?

III.- EL JOVEN VOLUNTARIOSO

¡El joven voluntarioso! Según el uso actual esta palabra tiene otro significado: se llama joven voluntarioso al muchacho obstinado, testarudo, peleador, desobediente. Pero yo quiero devolver a esta palabra su sentido primitivo y exacto. Me gustaría ver jóvenes “voluntariosos”, es decir, que tengan una voluntad fuerte. La obstinación, la terquedad no significan voluntad fuerte, sino contracción de la voluntad. El que sabe mandar e imponer su autoridad a los músculos de la risa y a los nervios del ojo, al estómago y al oído, ese es el joven voluntarioso en el recto y antiguo sentido de la palabra. ⁽¹⁾

Mira más de cerca: ¡qué maldición es el debilitamiento de la voluntad y qué bendición la voluntad fuerte!

a) El que no posee una voluntad disciplinada, obediente, *es incapaz de cumplir cualquier deber serio*. Tú mismo conocerás estudiantes, de quienes no se puede decir que sean inactivos; y sin embargo, nada avanzan en los estudios. Más atrás los he bautizado con el nombre de “estudiantes – abejaorros”. Los pobres trabajan, aun más que los otros, pero sin resultado. No saben reconcentrarse para el estudio, porque no tienen voluntad. Se mueven continuamente, pero no emprenden cosa alguna con seriedad. El libro de texto está continuamente ante sus ojos, pero a cada cuarto de hora le toca el turno a un libro distinto, porque el anterior “¡es tan terriblemente latoso!”. Continúan atareados, pero le temen al más pequeño esfuerzo; y sin esfuerzo no hay trabajo provechoso.

(1) *Voluntarioso: “Deseoso, que hace con voluntad y gusto algo” (Dicc. de la Real Academia Española)*

Sin el esfuerzo, no hacen sino disponer tan hábilmente la inactividad, que parece una actividad inquieta. Al final del curso se quejan con amargura de lo mucho que han trabajado y no obstante sacan mala nota. Y cuando ya sean hombres, ¿qué será de ellos? Hombres que se dejan arrastrar por la impresión del momento, que no tienen principios, que se olvidan fácilmente del deber, que van pasando por la vida sin plan y objetivo. ¡Pobres! ¿Qué falta es la suya? La flaqueza de la propia voluntad.

b) O también, mira, he aquí otro tipo. Quien no tiene voluntad disciplinada, *no sabe observar bien*. Y sin embargo, la facultad de observar con exactitud y rapidez, es instrumento imprescindible de la adquisición de conocimientos y del progreso.

Para emplear bien y aprisa tus sentidos, para distinguir lo principal de lo secundario; para ver con claridad la situación del momento y obrar en consecuencia, para todo esto necesitas una voluntad fuertemente disciplinada.

La voluntad obediente no sólo te ayudará cuando tengas que ver, escuchar, hablar o hacer algo; además te salvará de muchos pecados cuando las leyes se cuadren ante tus sentidos curiosos y te prohíban que mires, oigas, hables o hagas tal o cual cosa.

c) Voy todavía más lejos. Quien no tiene una voluntad disciplinada, *no sabe pensar, no sabe instruirse*. El conocimiento y la conquista de la verdad cuestan duro trabajo.

El joven de temperamento caprichoso es impaciente, aun en la lectura. Continuamente va volviendo las hojas del libro. Corre nervioso tan sólo para terminarlo lo antes posible. No saca ningún provecho.

Quien, en cambio, tiene la voluntad disciplinada, lee despacio, meditando, pesa las frases importantes; no acepta ciegamente todas las afirmaciones, sino que las piensa, para ver si se ajusta en efecto a la verdad lo que afirma el autor; toma nota de las cosas interesantes. Sólo de este modo podemos adquirir conocimientos nuevos. Pero para esto se necesita fuerza de voluntad.

d) Es precisa la voluntad fuerte aun para la *memoria*. Muchos muchachos se creen haber salvado todo, si al tener que decir la materia de la clase ya pasada, sueltan el consabido: “Señor profesor, sé la materia, sólo que no la recuerdo”. O bien si se les encargó algún trabajo y ellos se “olvidaron” de hacerlo, creen que “olvidarse” ya es excusa.

Sin embargo, salvo en los que padecen algún trastorno nervioso serio, la falta de memoria proviene por lo común de una voluntad indisciplinada. Si no te viene a la memoria un nombre o un acontecimiento, no mires enseguida el

libro, según costumbre de los estudiantes de voluntad débil, sin esfuérsate, intenta recordarlo aunque te haga sudar; y así robusteces tu voluntad. Si tienes un encargo que cumplir, no lo escribas rayándote la mano, sino piensa muchas veces al día en tu deber; proponte recordarlo con frecuencia y verás cómo no se te olvida.

Quien se ejercita continuamente de esta manera, se cura fácilmente de la falta de memoria. El hombre puede dominar tanto su voluntad, que algunos no la pierden ni durante el sueño, y después de largo ejercicio, se despiertan puntualmente a la hora que se propusieron al acostarse.

En cambio, si el joven no lucha contra la falta de memoria y va creciendo con este defecto, no podrá emplearla en la vida y tendrá continuos disgustos. Si es profesor se descuidará de ir a clases; si es abogado, no comparecerá ante el tribunal; si es ingeniero se descuidará del trabajo de construcción del edificio y éste quedará mal cimentado; y hasta podrá darse el caso de que brille por la ausencia en su propia... boda.

IV.- DEMÓSTENES

Demóstenes perdió a su padre a los siete años. Su tutor, astuto, lo despojó de toda la fortuna. En una ocasión el muchacho asistió a un juicio y oyó el discurso del defensor; y cuando el pueblo celebraba el triunfo al orador, decidió dedicarse él también a la retórica.

Desde entonces no tuvo otro pensamiento, ni de día ni de noche. Pero la tarea no era fácil. En su primer discurso la multitud levantó tanto alboroto y griterío, que tuvieron que interrumpirlo, sin poder llegar al final. Abatido, caminaba por la ciudad, hasta que un anciano le infundió ánimo, y le alentó a seguir ejercitándose. Se aplicó entonces con más empeño a conseguir el propósito concebido de antemano. Era blanco de continuas burlas por parte de sus contrarios; pero él no se preocupaba. De vez en cuando se apartaba por completo de los hombres, y en grutas subterráneas seguía discursando. Tartamudeaba un poco al hablar; para remediar este defecto y para que su lengua se moviera sin traba alguna, se ponía una piedrecita debajo de ella. Se iba a la orilla del mar y gritaba con todas sus fuerzas. Sus pulmones eran débiles y para robustecerlos daba grandes paseos al aire libre y recitaba en voz alta discursos y poesías... Siempre que oía una discusión seria, se iba inmediatamente a su cuarto, pesaba una y otra vez los argumentos de ambas partes, y procuraba determinar quién tenía razón. Y ve: con esta formación de sí mismo, que no conoció desalientos, poco a poco, corrigió sus defectos y llegó a ser orador tan formidable, que sus discursos, todavía hoy, después de 2.300 años, son el modelo en que deben estudiar cuantos desean destacarse en el

campo de la oratoria. Y sin embargo, *de niño era un pobre huérfano tartamudo*. ¡Qué admirables fuerzas laten en el hombre!

En los momentos más agudos del dolor físico, a veces sólo se hace patente todo lo que puede soportar el hombre.

En los primeros meses de la Primera Guerra Mundial, estuve de servicio en el frente servio. Un día nos trajeron a un soldado húngaro. Otros soldados que iban reconociendo terreno, lo hallaron en un pantano. Los servios apresaron a su tropa, los pusieron a todos en fila y los fusilaron. Él pudo esconderse a duras penas en el pantano próximo. Sólo podía sacar la nariz del agua, porque desde los copiosos árboles estuvieron espionando durante varios días centinelas servios. Al fin, cuando los enemigos abandonaron aquella región, nuestros soldados encontraron al pobre combatiente, que ya no podía más, y nos lo trajeron. Hacía siete días que no comía sino la hierba del pantano. Sólo entonces vi con toda claridad lo que es capaz de soportar el hombre.

Quizás hayas oído tú también hablar de agonizantes, en cuyo cuerpo quebrantado, infundía ánimo días y días tan sólo una voluntad firme, porque deseaban ver por última vez a sus hijos o a su esposa, que desde lejanas tierras corrían veloces hacia ellos. Una voluntad fuerte hasta puede lograr efectos curativos en el cuerpo enfermo. Por lo tanto, no te es permitido dejarte abatir por la tristeza, aunque hayas recibido de la providencia un organismo enfermizo y débil.

No hace mucho tiempo, murió un aristócrata húngaro, el conde Géza Zichy, quien de joven perdió un brazo en una cacería; con una sola mano llegó a ser uno de los grandes virtuosos del piano... Me imagino cómo se quebrantaría el ánimo de muchos jóvenes, si les sucediera tal desgracia. ¡Perder en la juventud un brazo robusto! Y sin embargo, ¡de cuánto es capaz la voluntad férrea, hasta en el organismo mutilado!

¡Cuánto se acrecentaría la gratitud con que recibes de manos de Dios los dones más insignificantes, si meditaras un poco cómo tuvieron que luchar muchas veces los grandes hombres de la humanidad, con muchos defectos pequeños, dificultades y no raras veces, con enfermedades heredadas!

Wallenstein, el gran guerrero, estaba tan enfermo de los nervios, que no podía soportar el canto del gallo.

Richelieu, el célebre hombre de Estado, se moría de miedo al ver una ardilla.

Bayle no podía oír el goteo del agua.

Erasmus de Rotterdam se ponía nervioso al sentir el olor del pescado.

A Scalígero le temblaba todo el cuerpo al ver la leche.

Goethe sufría horriblemente al oler el humo del tabaco.

Pero hubo cosas más serias. La historia guarda el recuerdo de muchos hombres célebres que llevaban un espíritu elevado, en un cuerpo débil y enfermizo.

Sabemos que Helmholtz, el brillante físico, era hidrocefálico.

Spinoza, el filósofo, y Schiller, el poeta clásico alemán, eran tuberculosos.

Descartes, Kant, Milton, eran de salud débil, tenían un cuerpo algo deformado, y, no obstante, conquistaron un nombre de fama mundial.

Ve de cuánto es capaz la voluntad fuerte. El alma sabe dominar en parte, hasta las debilidades corporales. Muchos jóvenes enfermizos miran con tristeza a sus compañeros que rebosan de salud. No estés triste. Nadie puede remediar el que sus padres les transmitiesen una salud enfermiza y un cuerpo débil. Pero aun de un cuerpo débil, puedes lograr habilidad y energía.

V.- LA GRAN LECCIÓN DE GIMNASIA

La regla más importante para robustecer la voluntad es: *Ejercítate cada día en vencerte, aunque sólo sea en algo insignificante*, y así, tras un ejercicio de años, alcanzarás una voluntad fuerte. Para ello es necesario pasar antes por innumerables ejercicios; no es posible lograr con un solo gesto el regalo de una voluntad enérgica.

Se juntan en los transformadores muchas chispitas eléctricas y las muchas chispitas se unen y forman una fuerte corriente. El que desea hacer hábiles ejercicios sobre la barra fija o en las paralelas, antes tiene que ejercitarse varios años en los movimientos más elementales del brazo, de la pierna, tensión del cuerpo, etc. Si alguien desea tocar bien el piano, tiene que repetir años y años las escalas más ingratas. No se puede tocar una pieza de Beethoven de improviso; para llegar a tocarla se necesitan constantes ejercicios de adiestramiento en el teclado.

De la misma manera, no lograrás una voluntad robusta a no ser con pequeños ejercicios, constantes y metódicos. Porque no hay ejercicio de gimnasia ni lección de piano tan difíciles en el mundo, como el triunfo de nuestra naturaleza inclinada hacia el mal. ¿Cómo podrá ganar una partida de ajedrez quien desconozca los movimientos de las piezas? Y, ¿cómo va a tener una voluntad moderada en las luchas decisivas, el que no sabe dominarse ni siquiera en las pequeñeces?

Nadie puede eximirse de esta gimnasia, de la gran clase de gimnasia, del robustecimiento de la voluntad. Y cuanto más débil sea ésta, tanto mayor será la necesidad del ejercicio.

En todos los hombres hallamos brotes del bien y del mal, y cada cual es responsable en la medida en que permite al bien o al mal adueñarse de su

persona. En principio es indiferente al carro la dirección que se le dé; pero en la realidad le resultará más fácil la marcha por un camino abierto y conocido. No te quejes, pues, de tener una naturaleza mal inclinada; porque aunque no la puedes descartar completamente, por lo menos la puedes disciplinar y dominar.

Dices, por ejemplo, que eres rabioso y que esto no depende de ti. Basta que un compañero te saque la lengua o que los libros se te caigan de la mano, y ya te ahoga la ira. "No tengo la culpa" – dices. En efecto, en parte no tienes la culpa. No tienes la culpa de que tu cara se ponga roja como un tomate. Tampoco tienes la culpa de que tu corazón empiece a latir con ímpetu. Pero, ¡cuidado! También cierras el puño, ¿verdad? De eso ya tienes la culpa; empieza a sonreírte, ¡ahora mismo! en tu enfado! ¿Luchan también por salir de tu boca palabras de cólera? De esto tienes la culpa; cierra los labios y no pronuncies ni una sola palabra ¡ahora mismo! en tu enfado. Inténtalo, pues.

Si no das al momento con las palabras inglesas o francesas en el diccionario, ¿sabes quedarte quieto y seguir buscándolas? Si no comprendes en seguida una frase, ¿tiras el libro con rabia o tienes suficiente paciencia para releerla tres o cuatro veces?

La ira necesita del puño, de la cara avinagrada, de la palabra ofensiva. Si tú le quitas todo esto, y lo puedes hacer, tu naturaleza irritable, al no encontrar sustento, se volverá cada vez más callada y mansa. No puedes cambiar tu naturaleza, pero puedes refrenarla... Así se trate de la ira como de otras pasiones.

Es cosa insignificante el copo de nieve; pero muchos copos juntos pueden unirse y formar avalanchas que arrastren casas y árboles.

VI.- EL JOVEN INDIO Y LA CAZA

Es sólo de niños arrebatarse por una cara encendida, por el puño que se levanta rápido, o por la disputa y la riña. La impaciencia, la discusión siempre es señal de una voluntad débil.

Pero ¿cómo es tan frecuente este fenómeno? Porque es más fácil y no se necesita ningún esfuerzo. En las discusiones todo puede abandonarse a su curso... y se sigue: eso es correr cuesta abajo. En cambio, el dominio de sí mismo reclama esfuerzo: significa subir la cuesta que va del pantano de los instintos, a la montaña de la voluntad.

El verdadero dominio de sí mismo no es paciencia de cordero, ni debilidad; sino fuerza, valentía, perseverancia. ¿Tienes una triste desilusión? ¿Te aburres? ¿Te han hecho rabiar? No importa; no lo demuestres en tus palabras, en tu comportamiento. Eso es dominarse. Hace ya un cuarto de hora

que alguien está molestándote; te gustaría tirarlo al suelo, dislocarle los huesos, pero te limitas a tomarle mansamente el brazo: "Cuidadito, ¿eh?, que soy el más fuerte". Eso es dominarse.

La impaciencia, en cambio, es síntoma de voluntad débil. Los instintos que se traducen en sentimientos bruscos, los vemos también en los animales. Pero al hombre le toca ponerlos bajo la inspección del consejo y de la decisión, es decir, del entendimiento y de la voluntad. Cuanto menor sea el niño, obsérvalo bien, tanto más rabiosillo es: se obstina, golpea el suelo, grita. Naturalmente, no sabe usar todavía su comprensión y voluntad y lo arrastran los instintos del animal. Pero es repugnante que el joven o el hombre ya maduro, sean también esclavos de sus instintos y lo demuestren con su rostro encendido como tomate, con su hablar irrespetuoso, con su pataleo.

Tú, hijo amado, no quieras ser esclavo de tus instintos. Observa, por tanto, detenidamente: qué cosas te sacan de quicio con más facilidad, qué es lo que te altera; y comienza la lucha contra la precipitación, contra la imprudencia. Evitarás así muchos falsos juicios, muchas palabras imprudentes, muchas acciones no meditadas.

Algunas tribus indias, cuando el muchacho llega al término de la pubertad y van a declararlo con gran solemnidad hombre formado, suelen mandarlo dos semanas antes, a una región en que abunde la caza. Le dan arco y flechas, y una orden interesante: le prohíben tocar ningún animal. La caza está delante de él; ante sus ojos corren el venado, la liebre... Todas las fibras del joven tiemblan de emoción. Pero en vano. Tiene prohibido disparar la flecha. ¿Qué hace, pues, durante dos semanas en la selva? Debe estar en ayunas. Si puede cumplir estas condiciones, lo declaran hombre completo. Ten en cuenta esta verdad: "el dominio de sí mismo es la mejor preparación para el combate de la vida y la prueba más hermosa de la virilidad", que vive con más fuerza entre estas tribus, que entre nosotros los occidentales, acostumbrados al regalo.

Pero no basta leer y saber mucho acerca del dominio de sí mismo y de la voluntad, sino que debes ejercitarte en ello. *La ciencia tan sólo es especulativa, pero la acción es ciencia práctica.* En los años de la juventud es cuando debes robustecer y ennoblecer tu voluntad con todos los medios que tengas a tu alcance, lo mismo que para lograr que dé flores finas, tenemos que injertar el tierno rosal silvestre. Con el arbusto viejo nada podemos empezar.

Y, con todo, ¡qué triste espectáculo ofrece un joven sin voluntad! Por fácil que sea lo que tiene que hacer, le cuesta un esfuerzo enorme sólo el poder pronunciar el "sí" o el "no". Y nada digamos de cómo se arreglará para emprender la cosa una vez emprendida. No logra tener principios, ni un modo de pensar independiente, ni siquiera cuando asiste a las clases superiores, ni cuando ya es hombre hecho. Espía siempre al otro para ver lo que hace, y él

hace lo mismo. Un joven de este tipo es un muñeco sin voluntad, es un niño de pecho con pantalones largos. *Ein leicht befackter, weich verpakter, nitch ganz intakter Charakter* – como dice el alemán. “Un carácter ligeramente vestido, blandamente embalado, no completamente intacto”.

VII.- “EN VANO, ¡NO TENGO VOLUNTAD!”

¿En quiénes enflaquece tan deplorablemente la voluntad? En aquel joven, al cual se le facilitan todas las cosas; cuya voluntad y cuyos deseos se cumplen siempre; que nunca sabe negarse nada; a quien no se le manda. En tal joven se forma esta caricatura de voluntad, voluntad de gelatina, de agua con yeso, sin hueso ni consistencia, voluntad raquítica.

- Pero esos muchachos también estallan algunas veces – piensas tú -. Y, ¡qué importancia saben darse!, ¡cómo tiranizan a sus propios padres! -. Es verdad; pero todo eso no es manifestación de voluntad, sino la furia de los instintos, todavía no satisfechos, de una pequeña fiera.

La cuestión de la fuerza de voluntad es más compleja y misteriosa. Vayan algunos ejemplos.

Era un muchacho de segundo año de la secundaria, cuya flaqueza era la gula. Nada podía dejarse a su vista, porque desaparecía en seguida en su estómago. En casa le regañaban continuamente, él también se avergonzaba de su debilidad, prometía cien veces corregirse, pero en vano; en la primera ocasión propicia, había en sus labios nuevos restos de mermelada. Llorando se quejaba a su madre: “En vano lo prometo, mamá; no tengo voluntad”.

Y, ¡caso interesante! El mismo joven se entrenaba diariamente algunas horas en los deportes más variados; corría hasta perder el aliento; saltaba como un ciervo; lanzaba pesos, nadaba y, naturalmente, jugaba también al fútbol. Todo esto necesita enorme abnegación, mucho esfuerzo y perseverancia. Por lo tanto, sabía querer... si quería.

Otro muchacho era increíblemente perezoso. Soñoliento, sin interés, pesado; como si por sus venas, en vez de sangre circulara horchata ⁽¹⁾.

(1) Horchata: Bebida hecha con chufas u otros frutos, machacados, exprimidos y mezclados con agua y azúcar. Se dice “tiene sangre de horchata” a quien no se altera por nada.

No le gustaba estudiar; no solía jugar; al sólo pensar en la gimnasia se estremecía. Estaba sentado... y sentado junto a la mesa de trabajo. Y sin embargo, también éste tenía voluntad, pero tan sólo en una dirección. Puso toda su fuerza de voluntad en que nada lo desviara de esta pereza. Por más que su madre le regañase, que su padre le castigase, que se riesen de él sus compañeros, no le importaba. No se movía de su inactividad. Desplegaba verdadera fuerza de voluntad, fuerza tenaz, para no tener que abandonar su comodidad. También éste tenía voluntad... para seguir en la pereza.

En estos casos se ve claro que no es dado educar de la misma manera la voluntad de todos los jóvenes. Desde este punto de vista, podemos dividir el temperamento de los jóvenes en tres grupos.

Hay jóvenes fogosos, vivarachos, vigorosos, que no saben pensar reposadamente y obrar con premeditación; para éstos la mejor escuela de voluntad es la contención de sí mismos, el sacrificio, la privación.

Hay otros, alegres, que lo emprenden todo en seguida y a la carrera, pero no tienen paciencia, perseverancia; éstos deben ejercitar su voluntad en la constancia del trabajo empezado, en la calma, en la tenacidad.

Hay además otros, soñadores, demasiado silenciosos; para éstos una vida de acción debe ser la escuela de la voluntad.

Según estos tres tipos distinguimos también tres modos principales del ejercicio de la voluntad, que podemos resumir en estas tres palabras: *Abstine! Sustine! Aggredere!* “¡Abstente! ¡Persevera! ¡Obra!”

VIII.- ABSTINE!

Durante los largos años pasados en la educación de los jóvenes, tuve que sufrir con frecuencia un amargo desengaño. Había tenido muchos jóvenes estudiantes, cuyos ojos de fuego y entendimiento vivaz prometían, en las clases inferiores, una cosecha abundante para la edad madura. No obstante, ya en las clases superiores, las esperanzas puestas en ellos fueron devoradas por los astutos enemigos de la juventud: la pasión, la ligereza, la inexperiencia y la tentación. A menudo tuve que ver, con el corazón espantado, cómo iba consumiéndose de año en año, cómo iba palideciendo cada vez más, por obra de estas cuatro fuerzas malignas, la planta tierna del noble idealismo y de la buena voluntad entusiasta, que encontramos en la mayoría de los muchachos durante los primeros años de estudio.

Descubrí que de las cuatro fuerzas contrarias, la más fuerte de todas es la primera: aquella blandura, aquella debilidad, con que los jóvenes de hoy corren, casi sin resistencia, en pos de sus pasiones, en pos de las bajas tendencias de su naturaleza.

Hoy el único afán de todo el mundo es “vivir”, “gozar”, “divertirse”. Por esto he mencionado precisamente, como primer modo de ejercitar la voluntad, el *sacrificio*, la *renuncia*.

La contención de los sentidos, el dominio de sí mismo, la abnegación, el tener a raya los deseos no es un fin, es tan sólo un medio, el medio de libentar el alma. Por lo tanto, si te aconsejo con insistencia, amado hijo, que te sacrifiques muchas veces en cosas pequeñas, como por ejemplo, hacer con alegría tu tarea, aunque te resulte cuesta arriba; privarte, de vez en cuando, de alguna diversión, de algún placer, de algún plato, por mucho que los desees. Lo hago inducido por motivos de peso. Con la abnegación queremos alcanzar un objetivo elevado: dar alas al alma, hacer al espíritu dueño del cuerpo.

Sé muy bien que estos ejercicios de voluntad sólo sirven de escuela para lograr una voluntad fuerte; pero escuela de la cual brota una seria vida moral. Se encierra una profunda sabiduría en el hecho de que los romanos llamasen *virtus* tanto a la *virtud* como a la *fuerza*; esto significa que no hay virtud sin esfuerzo y sin victoria alcanzada sobre nosotros mismos.

La ciencia especulativa y la práctica de la vida diaria van dando fe de las palabras de la Verdad eterna de nuestro Señor Jesucristo: “Quien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” ⁽¹⁾. No es buen jardinero el que por sentimiento de compasión no poda inexorablemente al rosal los rebrotes excesivos. Como no da rosas el rosal que jamás sintió el filo de las tijeras, de modo similar no tendrá voluntad fuerte el joven que nunca supo negarse a ninguno de sus deseos.

¿Qué es lo mueve el reloj? La fuerza de la pieza elástica a la que se le ha dado cuerda. Pues bien, la abnegación viene a ser algo como dar tensión a la pieza elástica. No te creas, pues, que el dominio absoluto de ti mismo y la moderación de tus deseos que exijo de ti, sean obstáculo para una vida robusta, plena, hermosa. Todo lo contrario. Es justamente lo que salva del debilitamiento de la voluntad y de mil y mil enfermedades espirituales.

Sólo el dominio de sí mismo puede conducir a la libertad interior; el dominio de sí mismo se aprende mediante la abnegación.

Con profunda experiencia escribe Tomás de Kempis en *Imitación de Cristo*: “Tanto adelantarás en el bien cuanto sepas dominar tu voluntad”.

(1) *San Mateo 12, 24.*

IX.- EL RACIMO DEL ERMITAÑO

Llaman un día a la puerta de Macario, ermitaño del desierto. - Padre - le dice de afuera un labrador -, le traigo un precioso racimo de uvas. Acéptelo y que le sirva de refrigerio -. Macario toma con gratitud el regalo y bendice al hombre; pero cuando recibe el magnífico racimo, dice: - ¿No lo necesita acaso más que yo el venerable ermitaño que vive a mi lado? Lleva el racimo al anciano vecino. Éste lo toma con gratitud y con gran alegría, pero después se pone a pensar: “¡Oh, qué bien le haría este racimo al hermano Nazario, que está enfermo!”, y ya está en camino para llevárselo. Pero Nazario ni siquiera quiere tomarlo y dice: - ¿Cómo podría yo comer esto? A mi Salvador le dieron a beber hiel en la cruz. Yo quiero ser discípulo suyo -. De esta manera va peregrinando el racimo de una celda a la otra, hasta el ocaso del sol, cuando uno de los ermitaños llega para ofrecerlo a su vez a Macario. El anciano rompió en lágrimas de alegría al verlo de nuevo: se regocijaba de tener compañeros de tanto renunciamiento.

¿Ves, hijo? Eso es fuerza de voluntad. Estos hombres sabían lo que es abnegación. Sabían abstenerse. Pruébalo, a ver si sabes hacer algo semejante algún día. *Nulla dies sinê linea!*, fue la divisa de muchos sabios: “Ni un día sin una línea”. Tú dilo de esta manera: ni un día sin algún ejercicio serio de abnegación. Cada día debes ejercitarte un poco en la abnegación, en la renuncia, en el dominio de ti mismo. Haz algo que se te haga cuesta arriba.

Tenía razón el Barón de Eötvos: “Sólo poseemos aquello de que podemos privarnos. Somos esclavos y no dueños de aquellos tesoros que consideramos imprescindibles

“Quien pretenda educar a los hombres o dominarlos, ha de vencerse a sí mismo y ha de dominar sus propias pasiones... La religión cristiana, al exigir de nosotros abnegación, pregona en otras palabras el mismo principio que es la base de la filosofía de la vida”.

X.- DIEM PERDIDI

Se cuenta que Tito, noble emperador romano, tomó la resolución de hacer cada día alguna obra buena. Y si por la noche notaba que durante aquel día no se había ejercitado en el bien, se lo reprochaba con estas palabras: *Diem perdidit*, “he perdido el día”.

Tú también ejercita diariamente tu voluntad. Pero no ciegamente, a tontas y a locas, cuando se te ocurra; sino ejercítate en vencerte, metódicamente, cada hora, cada día. No necesitarás buscar mucho la ocasión; se te ofrecerán a millares, aun en tu vida de estudiante. Aquí te muestro unos ejemplos de las ocasiones que se presentan diariamente.

Si no puedes evitar algún mal, un dolor, una prueba, no aprietes los dientes hasta hacerlos crujir, sino sufre con paciencia. “¡Ay, que sed tengo!”, “¡Ay, cuánto me duele la cabeza!”, “¡Ay, cómo me aprieta el zapato!” No lloriques de semejante manera. Más bien esfuérzate en disminuir tu sufrimiento, y si no lo logras, mira a Nuestro Señor Jesucristo crucificado y sufre, sufre sin decir palabra.

Lo que has decidido tienes que hacerlo. Cueste lo que cueste; no importa. Lo que has empezado no lo dejes a mitad de camino. Hay muchachos que cada cuarto de hora esbozan nuevos planes, finalmente sin rematar ni uno solo.

Cumple con escrupulosa fidelidad el deber de cada día. Hasta el más insignificante. Porque lo que vale la pena de que lo hagamos, vale también la pena que lo hagamos bien.

Allí tienes la lucha matutina con la almohada, lucha en la que tantos jóvenes quedan vencidos. Si suena la hora, salta enseguida la cama. Domina siempre tu humor, sea cual fuere, bueno o malo. Debes moderarte hasta en las alegrías y en el entusiasmo. Lo mismo en el hablar que en el callar.

Un medio muy bueno para robustecer la voluntad es especialmente el *tener a raya nuestros sentidos*. No dejes vagar tu mirada continuamente. No mires todo lo que excita tu curiosidad. Una gran muchedumbre está agrupada en la calle; la curiosidad te come. No importa. “Quiero ejercitarme un poco en vencerme a mí mismo. No iré, y... no iré a ver lo que pasa”.

Y domina también tu lengua. Sí; eso es terriblemente difícil. No revelar el secreto que te fue confiado. No divulgar maliciosamente las faltas de los demás. No murmurar. No incitar con traidora ironía a los presentes y hablar mal de los ausentes. No extasiarte oyéndote a ti mismo hasta el punto de no dejar respiro a los demás, ni ocasión para que puedan hablar. No charlar sin ton ni son. No pavonearte de tus propias hazañas. Por último: perseverar siempre en la verdad, aunque sea en perjuicio tuyo. No mentir nunca, ni en las cosas pequeñas; aunque pudieras lograr grandes ventajas a cambio de una pequeña mentira.

No sólo la mesa de trabajo, sino también la mesa del comedor, te brindará excelentes ocasiones para el ejercicio de la abnegación. No debes buscar el bocado que más se te antoje, no vayas a la caza de golosinas ni llenes tu estómago hasta dejarlo repleto. Muchos hombres pierden el dominio de su voluntad, precisamente cuando están sentados a la mesa.

¿Ves cuántas ocasiones hay para ejercitar la voluntad? Pero debes ejercitarla, y no contentarte con *leer* cómo se hace. No aprenderás a nadar por más que leas cómo se nada; prueba hacerlo. Y en las paralelas nunca sabrás imitar el vuelo del águila por mucho que se te explique, si no te ejercitas todos los días.

Nos descubre una gran verdad San Pablo al escribir: “Proceded según el espíritu, y no deis satisfacción a los apetitos de la carne. Pues la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu: y los del espíritu los tiene contrarios a los de la carne” (1). Y en otro lugar: “Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley del espíritu y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros” (2).

¿Quién de ustedes no ha sentido esta lucha interna, esta triste naturaleza de doble tendencia, la guerra entre el bien y el mal, la verdad de este antiguo dicho?: *Video meliora proboque, deteriora sequor*: “Veo lo mejor y lo apruebo; pero sigo lo peor”?

Por tanto, si deseas tener alma fuerte y libre, no retrocedas ante la guerra sin cuartel contra tu propia comodidad y conveniencia. Haz diariamente algo bueno; y no se te pase ni un día sin algún sacrificio.

No te será del todo desconocido el heroísmo de David, honorable personaje del Antiguo Testamento. Sabes que de joven apacentaba el rebaño de su padre; y si algún oso o león le robaba sus ovejas, él los perseguía, los mataba y les arrancaba las quijadas. “¡Era un joven heroico!” – exclama un alumno de segundo año -. “Con una honda hizo morder el polvo al gigante Goliat”. ¡Vaya, qué hazaña!” – dice otro de tercero -. “Cuando luchaba con los filisteos los mataba como ratas. ¡Era un héroe!” – hace constar un muchacho de cuarto año...

Y sin embargo, no es esto lo que más admiración me causa. A mí, ¿sabes cuál es el hecho que más me gusta de David? Cuando sus tropas estaban frente a frente de los filisteos, entre Belén y Jerusalén, y debido al calor sofocante, se habían secado todos los riachuelos y fuentes, el rey suspiró: “¡Oh! ¡Si alguno me diera a beber un sorbo de aquella cisterna fresca que hay en Belén, junto a la puerta!”

Oyen el suspiro tres soldados de los más valientes, y pasan a través de las filas filisteas, y en medio de continuos peligros de muerte traen el agua a su rey. David, atormentado como estaba por una sed abrasadora, derrama en el suelo el agua tan anhelada, “en sacrificio, en obsequio del Señor”, con estas palabras: “¿Y yo bebería la sangre de estos hombres que han ido a exponer su vida?” (3).

(1) Gál. 5, 16-17

(2) Rom. 7, 22-23

(3) II, Samuel 23, 14-17

Aquí tienes lo que más me gusta de David. ¿Qué sacrificó? Nada más que un sorbo de agua.

¿Qué perdió con el sacrificio? El placer de un solo momento.

¿Qué ganó? El respeto profundo y entusiasta de sus soldados, el robustecimiento de su voluntad y la gracia de Dios, ya que ofreció el agua en sacrificio al Señor.

Ve cómo se puede cumplir una hazaña heroica con un sorbo de agua. Se puede ofrecer con tan poca cosa un sacrificio al Señor.

Los antiguos griegos pitagóricos llenaban su mesa de platos exquisitos; se sentaban ante los manjares escogidos, con el estómago vacío y, después de haberlos mirado largo rato, se levantaban y se iban sin haber tocado nada.

“¡Qué estúpidos eran!”, exclama un alumno de segundo año. Pero si tú lo meditas con serenidad, indudablemente sentirás aquel respeto que impone un gesto heroico. Porque sabían muy bien estos paganos la importancia decisiva del vencerse a sí mismo, de la abnegación, del ejercicio de la voluntad.

Haz tú también, hijo mío, ejercicios de renunciación, y verás que manan magníficas fuentes de gozo, latentes en el alma de muchos jóvenes; porque les falta, para brotar, un golpe de azadón, es decir, el esfuerzo doloroso de la abnegación. Estas fuentes son aquellas alegrías santas, profundas, imperecederas, que brotan en tu alma y la cubren de sonrisas apacibles siempre que has podido dominar un deseo, una inclinación, siempre que has podido hacer un sacrificio para cumplir tu deber, siempre que has sido noble y generoso para con los demás.

XI.- EL GALLO DEL PINTOR JAPONÉS

Cuenta una leyenda japonesa, que un comerciante rico hizo un interesante encargo a un pintor. Su cuadro debía representar tan sólo un gallo, pero con la mayor fidelidad posible.

Después del encargo, el comerciante esperó varios años sin que tuviera noticia alguna del pintor. Por fin, llegó a cansarse tanto de esperar, y fue a ver qué pasaba con el cuadro. No halló trazada ni una sola línea. El pintor hizo sentar al comerciante, se puso a trabajar y al cuarto de hora tuvo acabado el cuadro. Una obra maestra irreprochable. El comerciante se entusiasmaba. Cuando llegó el momento de pagar, quedó espantado al oír la enorme suma que el pintor se atrevía a exigir por aquel trabajo de “un cuarto de hora”, y estalló en indignación. Para contenerle, el pintor, con un gesto, señaló el montón de papeles que inundaba todo el cuarto, y que tenía la altura de un hombre. En cada hoja había dibujado un gallo, y dijo: “Estos cuadros los he pintado durante tres años, y sólo mediante tan largo ejercicio he logrado la destreza de poder hacer en tan breve tiempo y con tanta perfección un cuadro

del mismo asunto. Ahora, pues, he de cobrar el precio de mis largos ensayos". El comerciante le dio la razón y pagó la suma pedida.

Pasa algo semejante con el robustecimiento de la voluntad. Si queremos que nuestra voluntad llegue algún día a obedecernos en todo con facilidad y perfección, y practique el bien que hemos proyectado en nuestro entendimiento, necesitamos un ejercicio continuo de años y años. Con la paciencia con que el pintor va trazando sobre el lienzo las líneas del cuadro concebido en su fantasía, hemos de trabajar nosotros en la modelación ideal de nuestra alma.

No debes desanimarte por la empresa. Para el pintor, cada nuevo cuadro resultaba más fácil que el anterior, y el último no le costó más que un cuarto de hora. De un modo similar, en el campo de la propia educación, el comienzo es siempre lo más difícil. Cuanto más practiques el bien, tanto más fácil resultará.

Recuerdo con qué dificultad aprendí a subirme en la barra, cuando era estudiante. Durante algunos meses sólo lograba hacerlo a medias. Un día, por fin, reuniendo todas mis fuerzas, logré subir del todo. ¿Y desde entonces? Sin dificultad y con éxito pude hacerlo en adelante. Lo mismo pasa en la vida espiritual: de un solo empuje te cuesta mucho aprender algo, exige gran abnegación y lucha; pero cuando lo haces por décima vez, ni siquiera sientes la dificultad. Ejercita, pues, cada día tu voluntad y de esta forma llegarás a tenerla fuerte.

Algunas veces tendrás que privarte hasta de pequeñeces lícitas. Por la mañana salta aprisa de la cama y di para tus adentros: "Un poco de dominio de mí mismo".

Si te duele una muela, cierra los labios, no te quejes y di para tus adentros: "Un poco de dominio de mí mismo".

¿Es muy fascinante el libro? Ciérralo en el pasaje más emocionante: "Un poco de dominio de mí mismo".

¿Tienes un hambre devoradora? Espera unos minutos antes de tocar la comida: "Un poco de dominio de mí mismo".

Puedes ejercitarte con mil y miles de pequeñeces de esta clase. Y con cuanta más frecuencia lo hagas en las cosas pequeñas, con tanta más facilidad podrás permanecer dueño de ti mismo en las cosas importantes.

Escucha un caso. Tus padres han salido y tú les has prometido quedarte en casa para cuidarla, ya que tienes mucho que estudiar. A los cinco minutos llama a la puerta Juanito: "Luis, aquí están los amigos; vamos a jugar un partido de fútbol". Fuera, una espléndida tarde de sol; dentro, en el cuarto sombrío, un fastidioso problema de álgebra.

Se entabla ahora la lucha: ¿Has de decir "sí" o "no"? "He prometido que me quedaría en casa. ¡Sí! Pero los compañeros se burlarán de mí...; echo a

perder el partido. ¡Qué bien si saliera un rato!; pero me retarán mis padres. ¿Y si vuelvo antes que ellos, sin que ni siquiera lleguen a saberlo? ¡Sí! Pero... ¿y el problema de álgebra? Pues muy sencillo: mañana diré que “he dejado el cuaderno en casa”. Pero eso no es verdad... Así van revolviéndose tus argumentos. Los muchachos que acompañan a Juanito se impacientan. Por fin, después de un duro combate, sueltas la frase: “Tendrán que perdonarme, hoy no puedo ir...”.

Los muchachos se van; tú te quedas en casa. Quizás en el primer momento miras con pesar cómo van alejándose. Pero después tu alma se siente bañada de gozo por la conciencia del deber cumplido. En la segunda o tercera ocasión ya no te costará tanto decidirte, y al fin considerarás la cosa más natural del mundo decir “sí” en seguida, cuando se trate de cumplir el deber. ¡El pintor japonés pintó al final con tanta facilidad los gallos!

Debes esforzarte por adquirir progresivamente una disposición continua, resuelta, sin titubeos, para el ejercicio del bien. Cuando más adelante ya no tengas que pesar los pros y contras antes de cada acción para ver qué camino escoger, y hagas el bien como por costumbre, siguiendo tus inclinaciones educadas por largo ejercicio; y cuando en el primer momento vuelvas ya las espaldas instintivamente al mal, entonces la vida empezará a pagarte por tu larga preparación. No paga, es verdad, con dinero, sino que te ofrece la facultad de obrar siempre con facilidad y alegría, en consonancia con tus nobles principios; en otras palabras, te concede el derecho de poder decir de ti mismo que eres un Joven de Carácter.

XII.- SUSTINE!

El segundo modo de ejercitar la voluntad es *la perseverancia, la constancia, la paciencia*. Uno de los más renombrados psicólogos americanos, James, aconseja a los jóvenes que hagan cada día algo en contra de sus inclinaciones para afirmar el dominio de sí mismos.

En un colegio alemán, ¿sabes qué hicieron los muchachos al oír esto? Se fueron al jardín y masticaron caracoles vivos, porque esto sí que era “contra sus inclinaciones”. ¡Brrr!... infantil exageración; pero no dejaba de ser un impresionante espíritu de sacrificio para conseguir una voluntad fuerte.

No sigas este ejemplo; no es preciso que seas Mucio Scévola y quemes tu brazo en el fuego. La vida diaria de los estudiantes también está llena de pequeñeces con las que puedes ejercitar tu paciencia heroica. Tienes que soportar con calma el dolor, el sufrimiento.

Debes aprender con sosiego, sin dar lugar a excitaciones o enfados.

Es preciso que en casa, hables con paciencia y no discutas; no has de hacer muecas, ni ponerte de mal humor. Sean las que sean las cosas que te alteren, te

atormenten, te hagan enfadar, no debes saltar ni dar cauce libre a tu ira, sino que debes esperar un poco y, mientras tanto, tranquilizarte con argumentos racionales.

No hagas nada de lo que tengas que arrepentirte a los cinco minutos. ¡Qué regla más importante es ésta para los muchachos impetuosos!

Y no apunto tan sólo a la paciencia pasiva, al sufrir sin chistar, sino aún más, a la paciencia activa, a la perseverancia.

Nuestro Señor Jesucristo nos dirige una seria amonestación: "*Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará*" (1). Esta frase encierra una gran verdad, no sólo con relación a la vida eterna, sino aun en lo que respecta a los éxitos terrenos. Por falta de perseverancia se viene a tierra, muchas veces en el último momento, el resultado de largos trabajos. No hacía falta más que la perseverancia de una sola hora, de un solo día..., ¡pero hacía falta!

El renombrado piloto Chávez fue el primero que pasó el Simplón; pero llegó con los miembros rotos. Tuvo que luchar con una tempestad furiosa y fría como el hielo, con huracanes y remolinos espantosos de aire, y triunfó. Ya tiene a su vista el blanco. Ya ve la enorme muchedumbre que le saluda, que le hace señales. Pero entonces, ¡ay!, le abandona la perseverancia, no sabe aguardar cinco minutos más, y en vez de aterrizar suavemente, lo hace con precipitación. El aparato se desploma y se mata Chávez... ¡Si hubiese perseverado cinco minutos más!

Obras prudentemente si en todo, te preparas algo más de lo que te prescribe el deber. Si quieres dar un paseo de tres horas, prepárate para cuatro; y si quieres estudiar dos horas, reconcentra toda tu voluntad para un estudio de dos horas y media. Así siempre te quedará en reserva un poco de fuerza.

¡Perseverancia! ¡Perseverancia!

(1) *San Mateo, X, 22*

En una espléndida madrugada de verano, dos estudiantes emprendieron el camino para escalar la cumbre de Lomnic. Ambos habían nacido en la gran llanura húngara, y nunca habían visto montañas tan magníficas y gigantescas. Al ritmo de una canción iban caminando de prisa, y riéndose dejaron atrás a un anciano que, al parecer, también se dirigía a la cumbre, pero con pasos tan reposados, tan mesurados, que “hasta el caracol se arrastra más aprisa”, observó uno de los estudiantes. Cuando a los diez minutos volvieron su mirada al anciano, les parecía una pequeña hormiga allá lejos, a sus pies. Pero el pulmón de los muchachos empezó a jadear cada vez más; al principio tomaban cada media hora de subida un descanso de cinco minutos; más tarde tuvieron que descansar un cuarto de hora. Y cuando ya era el mediodía, se tumbaron completamente agotados junto a la orilla de una cascada. He ahí que aparece por el camino el hombre-caracol, y con los mismos pasos reposados, mesurados como por la mañana, pasa delante de ellos y sube..., sube..., cada vez más arriba..., sube el anciano... otra vez parece una pequeña hormiga... Los dos jóvenes, en cambio, están tendidos sobre las rocas, presos de un cansancio que los paraliza. Porque para llegar a las alturas y alcanzar la cima prefijada, no basta un arranque juvenil y una llamarada de fuego de paja, sino que es necesario para ello una perseverancia reposada, siempre igual, constante.

XIII.- SUFRIR SIN PALABRA DE QUEJA

La vida humana es una mezcla de momentos alegres y tristes; y en la vida de la mayor parte, están en mayoría los días duros, infelices. *Leben ist Leiden* “Vivir es sufrir”.

También en la vida del joven se presentan dificultades, duras pruebas, empresas sin éxito, fracasos, desaciertos o sufrimiento corporal, enfermedad; y el verdadero carácter se hace manifiesto en la manera de soportar el hombre los males que le azotan. *Sustine!* ¡Sufre!

Muchos pobres miran con envidia a los ricos; y así muchos estudiantes de humilde condición miran también con envidia a los compañeros favorecidos por la fortuna. No llegan a comprender que, cada cual a su modo, todos hemos de padecer.

Hay quienes crisan el puño con irritación en medio de la desgracia, dejan caer de sus labios la baba de la blasfemia o echan maldiciones a su suerte: son espíritus brutos.

Hay quienes, impotentes y resignados, con la frente hundida, quebrantada el alma, lloran sobre lo irremediable: son espíritus débiles.

Hay algunos, por último, a quienes les duele vivamente la desgracia, que se resienten también del desaire recibido, lloran sinceramente por la muerte de

su madre o sufren cuando los hiere la enfermedad. Pero saben, por otra parte, que con el fuego del sufrimiento soportado con integridad, adquiere temple de acero el carácter más sencillo.

Puede haber pobres dichosos y ricos infelices.

Puede haber enfermos, dichosos u hombres de una salud férrea, desgraciados.

Puede haber ciegos dichosos, y muchas veces los dos ojos no bastan para la felicidad. Todo depende del espíritu con que vamos asimilando el sufrimiento.

Yo quiero aprovecharme hasta del sufrimiento para la educación de mi carácter. Sé que los pesares llevados con tesón y fuerza, aumentan mi valor; cada desaire me hace crecer; la humillación me purifica; al ahogar la cólera cuando va a desbordarse, me hago más fuerte. En una palabra: el sufrimiento soportado por Dios da más profundidad al alma, forja el carácter.

En todo cuadro vemos luces y sombras; el talento del artista está en la manera cómo sabe fundir estos dos elementos en un conjunto armónico. Dios, mi Padre celestial, conoce mis males; por lo tanto, si permitió que me visitara esta desgracia de todas maneras tenía un plan. ¿Qué plan? ¿Quién va a saberlo? ¿Me castiga por el pasado? ¿Me fortalece para el porvenir? ¿Quiere purificarme? ¿Quiere que sea más reflexivo en mi sentir y obrar? ¡Qué sé yo! En cambio, sé muy bien que debo salir del fuego del sufrimiento con el alma mejor, más pura, más recogida, más seria. Mi oración será en estas ocasiones:

¡Hágase, Señor, Tu voluntad, en cualquier punto que yo esté;
hágase, Señor, Tu voluntad, aunque yo no lo comprenda;
hágase, Señor, Tu voluntad, por más sufrimientos que me
acarreen!

El sufrimiento soportado sin palabra de queja es un excelente instrumento para moldear el carácter y robustecer la voluntad. Todos los hombres, por naturaleza, desean librarse del sufrimiento; y si no lo logran, por lo menos quieren procurarse alivio, prorrumpiendo en quejas y vertiendo lágrimas. Sin embargo, si, reconcentrando tus energías, te esfuerzas por soportar con el alma tranquila lo irremediable, has hecho crecer en gran manera tu fuerza de voluntad.

Quien tiene una voluntad débil, se verá hecho trizas, bajo los martillazos del sufrimiento, como un castillo de yeso; el carácter firme, en cambio, echará quizás chispas, como el noble acero, pero también se hará más resistente. Cuando Séneca dijo que en el lecho de dolor, el hombre puede ser tan héroe como en el campo de batalla, quiso significar que la prueba principal de la

seguridad del carácter es el sufrimiento. “*A quien Dios quiere, le prueba*”, nos dice la Sagrada Escritura. ⁽¹⁾

En la estatua del carácter, tallada en mármol de Carrara, los trozos más finos se graban precisamente con el cincel del sufrimiento.

En tus amarguras, acuérdate de las palabras del Barón J. de Eötvös: “Quien sabe conservar después de sus pérdidas, la confianza en la divina Providencia, no se sentirá desalentado por los golpes de la suerte”.

Piensa en esto y después repasa con toda el alma las palabras del mismo autor: “Los caminos llanos en que podemos hacer grandes adelantos a costa de poca fatiga, y los bienes codiciados por la mayoría de los hombres... ¡quepan en suerte a otros! A mí, oh Dios omnipotente, concédeme un sendero pedregoso, pero de horizonte despejado; un sendero, que siempre lleve a las alturas y por el que pueda caminar con la convicción de no desviarme jamás”.

Si el romano decía con orgullo que “llevar a cabo grandes hazañas es una virtud romana”, *fortiora agere Romanum est*, tú, en cambio, da este giro a la frase: “sufrir con alma grande es una virtud cristiana”, *fortia pati Christianum est*.

Medita un poco cómo una tristeza misteriosa, el pesimismo, el abatimiento invadía el alma de los hombres más nobles de la antigüedad pagana. No podría nombrar en este momento ni uno solo, que no hubiese preferido la muerte que la vida. En medio de los desenfrenados goces de los sentidos, las almas privilegiadas sentían repugnancia del mundo; y, sin embargo, no vislumbraban un fin elevado como término de esta vida terrena. Sólo unos pocos, como presintiendo el cristianismo, lograron levantarse a un ambiente más puro. ¡Qué deprimentes y oscuras resultan, en las tragedias de Esquilo, las figuras de las furias!

Ve ahí al pagano, al incrédulo, que al sufrir, no sabe sino hacer rechinar los dientes. Sufre también el hombre religioso, pero no con un fatalismo ciego, sino con plena conciencia. ¡Ah! no, ni el cristianismo puede extirpar la miseria, el sufrimiento, las muchas tentaciones del pecado; pero por lo menos sabe comprender lo que quiere Dios por su medio.

¿Has de sufrir mucho, hijo? ¿Eres pobre, enfermizo, tus padres están en la miseria, te acosa la desgracia? ¿Qué quiere Dios de ti?

Puede ser que castigue antiguos pecados.

Puede ser que intente ablandar tu alma para una vida más ferviente.

Puede ser que esté robusteciendo tu voluntad, como lo hace el fuego con el hierro.

Puede ser que quiera aumentar tus méritos para la vida eterna.

(1) *Proverbios 3, 12 Eclesiástico 27, 6*

Puede ser que te conduzca a través de la vida como el guía lleva al turista hasta las cimas de los montes. “¡Por qué senderos pedregosos, duros, estrechos, incómodos me has conducido!” – exclama el turista. “Sí, señor, por senderos incómodos, pero tenga en cuenta que si le hubiera guiado por los caminos grandes y llanos, no estaríamos a estas horas en esta magnífica altura, sino acaso a la vera de un pantano”.

- ¿Por qué he de sufrir yo tanto? – exclamas. ¡Cómo vas a saber tú el por qué! Tan sólo Dios lo sabe. Mira una hermosa alfombra persa: flores, figuras, colores, forman un artístico conjunto. Pero míralo por el otro lado: una mezcla descabellada de hilos y de colores. Así es también la vida. Nosotros sólo le vemos el reverso. El anverso, la verdadera cara, es decir, el gran pensamiento unificador que recoge todos los hilos, está en manos de Dios. Junto al telar de la Historia está sentado el Dios eterno, cuyos designios nos son desconocidos. Sus pensamientos no son los nuestros, y sus caminos no son nuestros senderos.

Santa Catalina de Siena tuvo que luchar un día con una violenta tentación. Cuando a costa de grandes fatigas logró librarse, se quejó con tristeza: “Jesús mío, ¿dónde estabas cuando las tinieblas envolvían mi corazón?” “Estaba en tu alma” – contestó el Salvador -. “Si no hubiera estado contigo, los pensamientos que sitiaron tu alma, habrían penetrado también en tu voluntad y habrían causado la muerte de tu alma”. Por lo tanto, no desmayes tú tampoco en tus sufrimientos. ¿No ves que contra una sola roca se rompe la fuerza de todo el mar alborotado?

No seas como algunas plantas: mientras ven el rayo del sol, erguidas levantan su cabeza; pero al atardecer, cierran sus pétalos y se encogen mustias. El sufrimiento es la labor de artista, que Dios hace sobre el mármol de tu alma. Busca oro en tu alma: pero el oro no está en la superficie, hay que sacarlo con ansias y sudores del fondo de la mina.

También al mármol le gustaría romper en sollozos cuando lo golpean los duros martillazos del escultor. Pero si el artista “tratara bien” a su mármol, ¿llegaría éste a ser una obra maestra, admirablemente tallada?

No debes buscar el sufrimiento; pero, si viene, míralo a la cara con la frente levantada.

XIV.- OBEDECER SIN RÉPLICA

Otro medio para educar el carácter, es la *obediencia*. En la pubertad es harto difícil. Y sin embargo, precisamente en esta edad, cuando tu entendimiento empieza ya a madurar un poco, podrás ver con claridad, si lo meditas, que la obediencia es base imprescindible de tu propia libertad, y de toda la vida social.

¡Qué halago para la vista, cuando pasa ante nosotros un pequeño escuadrón de exploradores, y a una sola vocecita de mando: “¡Alto!” ¡Como palos quedan clavados todos en tierra! ¿Qué es lo que produce esa impresión favorable? La obediencia organizada.

¿Por qué debes obedecer? En primer lugar, porque no eres un ser independiente.

“¿Qué? ¿Qué yo no soy independiente? Pero ¿de quién o de qué dependo yo?”. Pues de miles y de cientos de miles de cosas y de personas. ¡Ah! no; no eres tú el centro del mundo y no puedes vivir como si no necesitaras a nadie.

¿Sabes quién puede vivir así, independiente, despreciando a todos los demás? El que nace de sí mismo, mece su propia cuna, y se nutre de su propio pecho; el que alcanza la estatura que se le antoja y nada necesita en la tierra, y al morir coloca él mismo su cuerpo en el ataúd, se cava la fosa y se entierra. ¿Por qué te ríes? ¿Qué nunca vivió tal hombre sobre la tierra? Claro está que no. Tampoco hay, por lo tanto, quien pueda ser por completo independiente.

Además hay que obedecer también, porque esto nos da la verdadera libertad. “Al contrario, es la desobediencia la que nos hace verdaderamente libres”, piensas tú. No. Lo que nos hace es ser desenfrenados. Mira el caballo que sacude lejos de sí riendas, arneses y corre desbocado, sin saber a dónde. ¿Es esto libertad? No. Es desenfreno. Y, ¿al final? Acaba por estrellarse contra el primer obstáculo.

Obedece también para poder mandar. ¿Ante quién se inclina con preferencia la voluntad humana? Ante la recia personalidad. Y es cosa sabida, que tanto más se vigoriza nuestra alma, cuanto más a menudo se inclina espontáneamente ante la voluntad legítima de los demás. En el camino que guía hacia la libertad espiritual se lee la palabra: Obediencia. “Cuando obedecía, entonces de veras era libre mi alma”, escribe profundamente Goethe ⁽¹⁾.

(1) *Higenia* 5, 3.

La obediencia es un maravilloso medio para el robustecimiento de la voluntad. Sabes muy bien que quienes te mandan, tus padres, tus profesores, sólo buscan tu bien y no quieren con sus órdenes molestarte ni humillarte. Me concederás por lo menos, que un muchacho de catorce o dieciséis años no puede tener todavía la experiencia y el juicio reposado de un hombre de cuarenta o cincuenta años, como es tu padre. Por lo tanto, si te mandan algo tus padres o tus educadores, hazlo sin refunfuñar, sin agriarte, aun en el caso de creer que se han portado duramente contigo.

Piensa que todavía no te ha amaestrado la experiencia, que eres inconstante, que estás aún bajo las influencias mentirosas de las apariencias o te mueves ciegamente por los halagos de los sentidos. Nunca oí a hombres maduros lamentarse de que sus padres fueron demasiados severos con ellos en la niñez. A la inversa..., recuerdan con tristeza su juventud, deplorando el no haber obedecido mejor a sus padres.

Hijo mío sé que eres obediente. Y debes serlo siempre y no porque es *necesario*; sino porque *quieres*, porque sabes que será en provecho tuyo. Lo que tengas que hacer, debes quererlo también hacerlo, y tendrás doble provecho. Repite con sencillo espíritu muchas veces las sublimes palabras de San Agustín: “Señor, concédeme que haga lo que quieres, y después mándame lo que te parezca”.

XV.- PERSEVERAR SIN MENTIR

Aún te espera otra prueba importante de “perseverancia”: debes perseverar en la verdad.

Tan sólo al hombre le es dado hablar. El loro y la cotorra saben *imitar* las palabras humanas; pero tan sólo el hombre es capaz de *crear* palabras.

Pero, ¿no sientes, hijo mío, en seguida la responsabilidad que tiene el hombre por esta posición privilegiada? Si el hablar es tan sólo derecho del hombre, entonces es deber suyo que hable según la verdad, que use las palabras en sus sentido recto. “*Yo os digo que cualquier palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio*”, enseña nuestro Señor Jesucristo. ⁽¹⁾

Pero el Señor no sólo lo enseñaba de palabra, sino también con el ejemplo. Lee los Evangelios, y verás como en cada palabra de Jesús descubres una tranquilidad sublime y reposada.

(1) Mateo 12, 36.

El animal no tiene palabra; sólo ladra, relincha, muge, chilla (cáscara sin grano). La palabra humana no es una cáscara vacía, tiene su contenido y éste ofende o alaba, hiere o acaricia, corrige o pervierte. Por lo tanto la palabra pronunciada es de una profunda responsabilidad. De quien no pesa sus palabras antes de pronunciarlas, no podemos decir que tenga carácter.

El ideal de la educación católica es el joven que sabe ser cortés sin adular, sincero sin tosquedad, honrado sin torpeza, fiel a sus principios sin ofender a los demás.

El sol va recorriendo su carrera en el firmamento ¡con tanta nitidez!; no hay en él obscuridad ni misterio; el rostro de los hombres se ilumina de alegría al mirar hacia el sol y todos beben de esta fuente de luz, buen humor y vida. También el hombre de alma justa viene a ser sol para la sociedad, a quien todos miramos con alegría y en quien puede descansar nuestra confianza.

¿Puede haber mayor elogio que decir de un joven: “Es justo apreciador de la responsabilidad de cada palabra que pronuncia; no juega con ella; podemos confiarnos de lo que dice, habla siempre con amor y es fiel a la verdad”?

XVI.- ¿POR QUÉ MIENTEN LOS HOMBRES?

¿Por qué mienten entonces los jóvenes? Generalmente por miedo. Hicieron algo que les estaba prohibido y temen el castigo. Y, sin embargo, el mayor destino es redoblar la falta cometida y aumentar el primer pecado, que muchas veces no llega a tanto (se ha quebrado el vaso, se dio vuelta el café...), con otro nuevo, con la mentira. ¿Has visto alguna vez a un joven meterse en el charco para quitarse el barro que salpicó su ropa blanca como la nieve? ¡Cuánto más discreto es aquel quien piensa de esta manera: “Es verdad, acabo de hacer una cosa mala. ¿Qué sucederá si lo confieso? Me regañarán. Al fin y al cabo lo merezco. Mañana ya no me dolerá el castigo, y por lo menos habré dicho honradamente la verdad”.

“En cambio, aunque la mentira me salvase del castigo, se agrandaría la herida de mi alma, y me dolería también mañana, y nunca me dejaría descansar. Más vale confesarlo todo con sinceridad: Mamá, he sido tosco, rudo, precipitado; desde hoy iré con más cuidado. ¡Si quieres, castígame...!” La honra está a salvo, y creo que después de semejante confesión hasta se perdona el castigo. Pero, ¡aunque no se perdonara! “Más vale que yo sufra por la verdad, y no al revés, que la verdad tenga que sufrir por mí”.

Hay otros que mienten por cobardía. Se habla de asuntos graves, de cosas ideales, de religión, entre los jóvenes; algunos muchachos empiezan a bromear. ¡Ahora! Ahora llega el momento de dar tu opinión con franqueza, de hablar sin

vacilaciones. Pero no te atreves, te dan miedo las muecas de ironía. Prefieres mentir. Eres cobarde.

Se puede mentir también por envidia, por celos. Se alaba a un compañero. “¡Oh, ni se lo merece! Tiene tales y cuales defectos” – dices tú, y mientes.

Se puede mentir para lograr ventajas. “No es verdad, no hubo *foul*, no es verdad, no tocó la pelota”. Y hasta puede inducir a mentira la fidelidad mal entendida: cuando alguien quiere ayudar con mentiras a su amigo desgraciado.

Se puede mentir por jactancia, diciendo: “Tenía un auto este verano; ¡si lo hubieras visto!”, ¡qué aventuras he tenido!” Y sin embargo todo es pura invención.

Miente quien hace la prueba al dictado del compañero que le sopla, miente quien copia a hurtadillas el tema de su vecino; mienten porque se visten con plumas ajenas. El joven de carácter en estas ocasiones dice a la tentación: “Tengo bastante orgullo para no querer abrirme paso con medios no honrados”.

Hay también jóvenes que no dicen la verdad por ligereza; no mienten propiamente, pero “se les va la lengua”, y no se les puede creer, porque no están acostumbrados a la precisión ni al uso recto de sus sentidos. Cuidado, hijo mío; el joven de carácter evitará con facilidad las mentiras rudas y grandes, pero tal vez caiga en una mentira más pequeña o en una leve falsedad; y con esto deteriora asimismo su carácter.

Un joven honrado nunca dice “no he sido yo”, si ha sido él. Pero es más fácil que diga: “algunas veces he estado con ellos”, cuando debería decir: “he estado a menudo con ellos”; o también: “iré con toda seguridad”, en vez de decir: “iré, si me es posible”.

Es mentira todo lo que contradice a la verdad y a la rectitud. Por lo tanto, se puede mentir no tan sólo de palabra, sino aun con el silencio, con la hipocresía, con un comportamiento astuto y falso...

Miente también el que sólo dice la mitad de lo que piensa, el que va siempre con rodeos, el de medias tintas, aquel de quien nunca sabe nadie el alcance de su amistad.

Ve ahí, el bosque salvaje de la mentira.

XVII.- ¿VALE LA PENA MENTIR?

- ¿Qué crees? ¿Vale la pena mentir? – pregunté a un muchacho. - No – me contestó decididamente -. ¿Por qué no? – Porque tarde o temprano sale al fin la mentira, y entonces se pierde sin remedio la confianza.

Al fin y al cabo es un argumento. En efecto, ¿puede concebirse situación más vergonzosa que la de aquel joven, que antes gozaba de respeto y cuyas palabras eran creídas sin duda alguna, y lo han pillado en un embuste, en un engaño?

“¡Ah! – piensan tal vez algunos jóvenes – sin es tan torpe, entonces que no mienta; pero se puede mentir con habilidad. Pensaré antes bien lo que tengo que contestar, si me preguntan tal cosa o tal otra; así resultará...”

Y sin embargo, el resultado no es duradero. “En vano se esconde el burro detrás de la puerta: se le ve la oreja” – dice un refrán. Y en vano advierte el dicho latino al hombre mentiroso: *Mendacem oportet esse memorem*. “Forzoso es tener buena memoria”. Porque un día u otro caerá en contradicción; ha de alimentar una mentira con otra, si quiere mantenerlas en pie; y para mantener la segunda mentira, ha de mentir por tercera, cuarta o décima vez. Al desviarse una vez del camino de la verdad, se pisa en un terreno pantanoso en que los pies van hundiéndose cada vez más. El mentiroso, al día siguiente, ya no se acuerda de lo que dijo ayer, y al término del camino le espera la vergüenza, la pérdida del honor.

La mentira es un monstruoso hijo de la vida moral; y los monstruos no suelen tener vida larga.

Pero supongamos que no llega a descubrirse. Puede mentir alguien con tanta habilidad, que no lo atrapen. Piensa, entonces, cuál será la consecuencia. El joven de carácter no sólo tiene que mirar las consecuencias inmediatas de sus acciones, sino que tiene que pensar también en los efectos a distancia. Supongamos por lo tanto, que no se descubrió la mentira.

Sin embargo, al entrar dentro de sí, una acusación llena de reproches resuena en su alma: “No tienes carácter. No se puede confiar en ti”. La voz de la propia conciencia da ratos amargos, aun al mentiroso más hábil.

¡Ay de aquel que se lanzó a mentir! La mentira sale de aquellas profundidades oscuras, en donde vive Satanás, y envuelve por eso el alma en tinieblas. Nubla los mismos ojos. Quien miente, baja la vista; teme que su mirada turbia lo delate.

Fíjate: hoy los médicos no recetan con tanta facilidad los medicamentos, como lo hacían antes. Y es que descubrieron que, aunque el remedio cure una enfermedad, causa a veces otra, quizás más peligrosa que la primera. Lo mismo que la mentira: en el primer momento parece que te ha sacado de un aprieto,

pero entretanto ha crecido su influencia destructora, que pronto se manifiesta de otras formas.

Y puesto el caso que se lograra acallar hasta la misma voz de la conciencia, habrá un día, el día del juicio final, en que Dios omnisciente descubrirá toda astucia, todo engaño, y toda mentira; aquel Dios a quien no puede engañar el mentiroso más diestro y de quien dice la Sagrada Escritura, que “*abomina el Señor los labios mentirosos*” (1). Dios es la verdad viviente; toda mentira es, pues, su negación, y afea el parecido divino de nuestra alma.

Se dice de la zorra que, si se ve presa en la trampa, roe y corta su propia pierna o cola, con tal de librarse. Quien quiere salvarse del mal en que se ve preso por medio de mentiras, no se corta la pierna, sino, y que vale mucho más, se corta el honor y el carácter.

Mentir es cobardía; perseverar firmes en la verdad es heroísmo.

¿Has conseguido algo por medio de la mentira? Lo has pagado demasiado caro.

¿Has escapado de un mal, gracias a una mentira? Has caído en un mal peor.

¿Has conseguido, mediante una mentira, el respeto que te tienen los demás? Has perdido el honor ante el tribunal de tu propia conciencia.

XVIII.- LA PALABRA ES EL HOMBRE

Pero, ¡seguramente habrá casos en que es permitido mentir! Hay jóvenes que se excusan con facilidad. “He mentido sólo por broma. Eso no es pecado – dicen -. No he hecho daño a nadie”.

No es pecado grave, pero es falta. No habrás causado daño a otro, pero sí a ti mismo. El mal peor está en que estas mentirillas leves inducen a mentiras serias. Los grandes caracteres se guardan con temor de los deslices más insignificantes.

Hallamos ejemplos admirables hasta entre los paganos. Habrás oído que Arístides no mentía ni por broma: *Aristides adeo fuit veritatis diligens, ut ne ioco quidem mentiretur.*

Naturalmente debemos tener un concepto cabal de lo que significa y es la mentira. Hay mentira, cuando alguno dice una falsedad para engañar a otro. Por lo tanto, cuando es claro que una persona habla en broma, que está jugando y divirtiéndose, no hay mentira. Pero mentir, esto es, engañar a otro, nunca está permitido.

(1) Proverbios 12, 22.

Reconozco que no es cosa fácil la lealtad constante a la verdad, y que muchas veces nos encontramos en situaciones en que se ha de escoger entre la mentira y un grave percance. Pero, el principio ha de quedar firme: “Nunca mentiré”. Por otra parte, me amenaza ahora un grave conflicto, precisamente por haber manifestado la verdad. ¿Qué debo hacer en estos casos?”

La solución más sencilla es no contestar. Nuestro silencio advertirá a quien nos dirige la palabra, que su pregunta nos es desagradable, y quizá no insista más.

Si se tiene bastante habilidad, se podrá dar una respuesta que esquive la dificultad, que permita “escaparse por la tangente”, “salir airoso”, naturalmente sin mentir, “desviar la pregunta”.

Muchas veces, no es posible proceder de semejante manera, y entonces no hay más remedio que aceptar con heroísmo todas las consecuencias desagradables que se hubiesen de sufrir por una de las virtudes más hermosas: no mentir. Si se puede, evita el contratiempo; pero si no puede ser, entonces *fiat justitia et pereat mundus*, “hágase la justicia y perezca el mundo”. Persevera firme en la verdad, aunque tengas que pagar sus consecuencias. No es cosa fácil decir siempre y en todas las circunstancias la verdad; es virtud de héroes.

A los niños pequeños se les perdona con facilidad la mentira, por miedo al castigo. Pero de los niños tampoco afirmamos que tengan carácter perfecto y acabado.

Pero, ¿qué decir de los muchachos mayores, que justamente resumen su mayor orgullo en su inteligencia, en su valentía (¡y con derecho!)? ¿Qué triste espectáculo, si en semejantes casos también ellos se muestran cobardes, faltos de carácter, y se excusan con una mentira para librarse del castigo merecido, o para salir de algún aprieto!

¡Cuánto más noble es el carácter de aquel joven que nunca dice, cueste lo que cueste, ni una sola palabra falsa, y no la pronuncia, por la sencilla razón de que *no sabe mentir!* No sabe hacer violencia en situación alguna a su honrada sinceridad hasta el punto de tener que decir una mentira. ¡Qué placer y alegría encontrar un muchacho con cuya palabra podemos contar, de quien podemos confiarnos, porque todas las palabras encierran verdad, como las de la Sagrada Escritura! La palabra es el hombre.

Dios quiso que la mentira fuese difícil al hombre; por eso lo creó de manera que se ruborice al mentir. Se puede aprender, sin embargo, a mentir continuamente, sin rubor y con soltura, “como si leyera las mentiras en un libro”; pero siempre es una ciencia difícil.

Hijo mío, pon tu orgullo en la verdad. Y todo joven que presume de honor, de carácter, debe decir la verdad sin cambiar una pizca. El joven mentiroso propina sus tiros contra las bases más fuertes de su carácter y emprende

inevitablemente el camino de la degradación moral. Quien lastima la verdad, no sabrá respetar sus deberes. Quien emprendió su camino mediante afirmaciones inexactas, querrá también abrirse paso en la vida de un modo muy poco honrado: si es funcionario público, se dejará sobornar; si es comerciante recurrirá al fraude; cualquiera que sea su profesión, siempre estará falto de carácter. Aunque no literalmente, pero sí en su espíritu, tiene razón el dicho húngaro: “Quien empezó en la mentira, acabará en el patíbulo”. (1)

La primera divisa del joven de carácter es: La verdad a cualquier precio. *Si alguno no tropieza en palabra, éste es varón perfecto* – dice la Sagrada Escritura. (2) Negar la verdad es abdicar de la dignidad humana y hacer traición al santo deber del hombre.

No conozco caso alguno en que sea permitido mentir, jugar con nuestra palabra. Nunca. Ni por necesidad. Sé muy bien que hay jóvenes que van argumentando de esta manera: “Era necesario mentir”. Esto no es sino excusa. Nunca “es necesario”. Porque si en un solo caso nos permitimos la mentira, ya hemos derribado toda la ley. Entonces cualquiera podrá excusarse, en la primera ocasión, alegando que le parecía que esta vez no había manera de evitar la mentira.

Y, ¿qué sería de la sociedad, si la mentira fuese en aumento? Nadie podría creer al otro. El hijo no podría creer a sus padres, ni los padres a sus hijos. En cada momento se habría de sospechar: éste quiere engañarme ahora. No me atrevería a tomar la sopa, por miedo de que me envenenase la cocinera. No me atrevería a llamar al médico, temiendo que me matase a propósito. No se puede vivir de esa manera. Ve entonces, cómo la mentira es contraria a la sociedad humana.

(1) *Tablado o lugar en que se ejecuta la pena de muerte*

(2) *Santiago 3,2.*

XIX.- “¡JÚRALO!”

Quien cumple siempre su palabra, nunca tendrá que acogerse al salvavidas de muchos estudiantes de carácter débil, al juramento hecho con ligereza. “¿Vendrás esta tarde al partido de fútbol?” - “Sí”. - “¡Júralo!” - “¿Me prestarás el diccionario?” - “Sí”. - “¡Júralo!” - Y así sucesivamente; los jóvenes de espíritu frívolo están dispuestos a jurar mil y mil naderías.

Pero tú no te dejes arrastrar. Es mucho más serio y noble contestar en estas ocasiones: “Amigos, les digo que así es. No acostumbro a mentir”.

No puedo remediarlo. Si oigo jurar a un muchacho, pienso en seguida: “Este joven, indudablemente, miente mucho y ahora por milagro, dice la verdad; pero como saben que no suelen creerle, por eso la corrobora con juramento”. El que no suele mentir no tiene por qué jurar.

Cumple siempre la promesa y la palabra dada. Piensa bien antes lo que vas a prometer. Pero, si llegas a prometer algo, entonces, cueste lo que cueste, tienes que cumplirlo. No es joven de carácter aquel de cuyas palabras no podemos confiarnos en todos los casos. *Falsus ore caret honore.* “El mentiroso no tiene honor”. En cambio, quien cumple siempre fielmente su promesa, da prueba de una disciplina no común. ¿Cómo podría subsistir la sociedad, si contara con hombres que jueguen a la ligera con su palabra? *Ein Mann, ein Wort* - dice con orgullo el antiguo lema alemán: “El hombre no ha de tener sino una sola palabra”. Tiene razón. Quien juega con la palabra dada, no es hombre. Te suceda lo que te sucediese en la vida, piensa en el consejo que encierran las palabras de Francisco I, Rey de Francia: *Tout est perdu hormis l'honneur.* “Todo está perdido menos el honor”. *Omnia si perdes, faman servare memento.* “Guarda tu fama, aunque pierdas lo demás”.

Quiero llamarte la atención sobre una cosa interesante: sé sincero, no sólo con los demás, sino incluso contigo mismo.

Pero y esto, ¿a qué viene?

En lo que hagas, pregunta a tu conciencia, si lo aprueba. Pero no te engañes a ti mismo. Si te atreves a ser sincero contigo mismo, ¡cuántas veces habrás de reconocer, que no es verdad que “no he tenido tiempo para hacer la tarea”; y que lo que has querido hacer pasar como una noble acción, en realidad no era más que un egoísmo; y que, cuando mirabas aquella figura desnuda, no es verdad que “has querido estudiar un aspecto hermoso de lo artístico”; y que, cuando te has enredado en una conversación indecente, no es verdad “que al fin y al cabo ya no eres niño”, sino que eres un cobarde, que reniega a sus principios! ¡Ah, si fueses siempre sincero contigo mismo! Habla reiteradamente contigo mismo en la intimidad, para que de este modo, llegues a conocerte cada vez mejor.

Después, debes reconocer en tu fuero interior que todavía eres joven; por lo tanto, has de portarte como corresponde.

No quieras imitar a los hombres ya hechos, ni en su conducta, ni en sus diversiones.

Guárdate de criticarlo todo; no emitas juicios con voz solemne sobre cosas que naturalmente aún no comprendes, porque te faltan todavía la preparación y la experiencia adecuada.

No creas comprenderlo todo bien, que puedes ya leerlo todo, y copiarlo todo. Eres joven; por lo mismo, acepta el principio de que "tu verdadera grandeza radica en la obediencia".

Eres joven; por lo tanto, no puedes aún exigir muchas cosas que los hombres maduros ya merecieron, probablemente a costa de duros trabajos. Tú aún no ganas dinero; no derroches, por consiguiente, el dinero ganado por otros, en insignificancias. ¡Ya ves en cuántas cosas debes ser sincero!

Y además, ¡sé sincero con Dios! A cada latido de nuestro corazón, a cada respiración, al pestañear del ojo. De Él dependemos. ¡Qué mentira, pues, cómo se engañan a sí mismo los jóvenes, cuando piensan, que por verse fuertes y en plena vida, no necesitan de Dios y que les bastan las propias energías, y viven por eso en conformidad con tal falsos principios! Y, ¿cómo vamos a llamar hombre sincero al que tiene fe y religión, pero las niega ante los demás o las oculta por miedo?

El joven, a cuyo carácter le falta sinceridad, fácilmente descuidará en las vacaciones los deberes religiosos; mientras que el joven firme, hará con más fervor sus rezos diarios, oirá con más devoción la Santa Misa, y recibirá los sacramentos espontáneamente. Y no es porque tiene más tiempo que durante el año, y porque él no se postra ante Dios como un esclavo, ni por el temor a la "suspensión"; sino que es el amor sincero de su alma pura lo que le lleva ante el altar del Señor.

Dios es la verdad eterna: por lo tanto, servir a la verdad, decir la verdad es culto divino. Contesta sinceramente las preguntas que te hagan, y la gloria de Dios vivirá en tus palabras. Fíjate un objetivo elevado y sírvelo sin hipocresía ni falsedad, y vivirá Dios en tu obra. Procura que tus palabras y obras sean un libro abierto, limpias como el riachuelo de los montes, y en tu vida se afianzará el reino de Dios.

Querido hijo, ¡qué deber superior nos espera: ser sinceros y ensanchar el dominio de la verdad en medio de los hombres! Mira a tu alrededor, ¡cuántas mentiras oscurecen el mundo! ¡Cuánta apariencias, cuánto polvo, cuánta cáscara, cuánta superficialidad, cuánto engaño, cuánta astucia, cuánta falsedad! Todo eso son tinieblas, nada de eso es el reino de Dios.

¿Qué podrías hacer contra estas cosas y en bien del reino divino? ¿Quizás predicar contra la mentira? No lograrás mucho. Pero sí, *sé defensor esforzado de la verdad, quiere la verdad en tus palabras, en tus obras, en tu vida*, y así todas tus acciones serán otros tantos pasos firmes y sin retroceso, que consoliden cada día más el reino de la verdad.

XX.- AGGREDERE!

Para la formación del carácter no basta la abnegación, el *abstine*; ni la perseverancia, el *sustine*; junto a ellas es necesario un vigor valiente, una voluntad decidida: *Aggredere!* “¡Obra!” A los valientes la suerte los ayuda.

Hay jóvenes a quienes no les es difícil ni la abnegación ni la perseverancia, pero rehúyen el trabajo en el que se necesita vigor. No hacen bien. No damos calificativo de “joven de carácter” al muchacho que se sienta cabizbajo en un rincón. No debemos entender por abnegación la comodidad, ni por vida cristiana el descanso ni la tranquilidad inactiva, sino el movimiento y la acción, ya que la misma felicidad de los cielos la llamamos “vida eterna”. Nuestra religión, además de tener preceptos que dicen “lo que no has de hacer”, tiene en abundancia otros que te prescriben “lo que has de hacer”. Por lo tanto: *aggredere!* “¡Obra, emprende!”

Dicen que la fatalidad tiene puños de hierro, que pueden caer sobre cualquiera. ¡Qué más da! Tú, en cambio, tienes alma, y por eso puedes disponer de más perseverancia, resistencia, flexibilidad que todo el mundo material. “Pon la mano si deseas alcanzar todo” – dice el refrán.

La hoja de acero tiene elasticidad, pero también dureza. Y, ¿cómo se prepara? En el fuego, en medio de vivas llamas.

La vida humana se forma con eslabones de pequeños acontecimientos. Uno a uno parecen de poca importancia; y, no obstante, son ellos los que integran la vida. Los gigantescos rascacielos se edificaron con piedras pequeñas; la vida admirable se compone de cosas insignificantes; pero también todas las grandes caídas morales tuvieron por principio un leve tropiezo. No hay que temer por quien sabe guardarse de las faltas pequeñas; éste no tendrá grandes caídas. Observa en qué tropiezo la mayoría de los hombres en la calle. ¿En grandes piedras que encuentran por el camino? No. Estas las notan ya de lejos. Pero resbalan, al pisar por casualidad un cuesco de cereza, y caen. “¡Cuánto me molestan esas bobadas!” – exclama un muchacho, aludiendo con sus palabras a los pequeños preceptos que él tilda de insignificancias. Pero, ¿es realmente insignificante el que en una máquina estupenda las ruedas no encajen bien, aunque la diferencia no pase de medio centímetro? ¿Es una pequeñez que en el violín pulses la cuerda sólo un poco más allá, nada más que media nota, de lo

necesario? ¿Es insignificante que en inglés conjugues un verbo en pretérito pasado simple a conjugarlo en pretérito pasado perfecto cuando se debe? Pregunta a los peritos en la materia, y te dirán qué enorme diferencia puede haber entre dos magníficos caballos, ambos fogosos, de pelo negro y brillante, con que uno de ellos tenga sólo una “pequeñez” en la cabeza, una mancha blanca del tamaño de la palma de la mano.

Las pequeñeces tienen un poder enorme en la vida moral. Napoleón tenía un talento soberano y habría podido servir muchísimo a la humanidad. Pero le hizo tropezar y causó su propia perdición un solo defecto: su vanidad sin medida.

La perdición de muchos jóvenes empieza por pequeñeces, al parecer, inocentes. Con no cumplir alguna que otra regla de la disciplina en la escuela, excusar con pequeñas mentiras la pereza, pasar algún rato con malas compañías y sin hacer nada, todas esas cosas no son a fin de cuentas, tan importantes. Pero de las acciones repetidas con frecuencia se forma el hábito: de acciones malas nace la mala costumbre; de las buenas, la buena. Al principio cuesta un poco renegar de los principios sanos delante de charlatanes, pero “¡se está tan bien en medio de ellos!”. Después, en la tercera o cuarta ocasión, se hace ya más fácil y hasta resulta más cómodo ceder algo de los dominios de la conciencia.

XXI.- EL PODER DE LAS PEQUEÑECES

¿Por qué tienen tanto poder las pequeñeces? Nada se pierde en el mundo sin dejar huella. Las cosas más pequeñas, aunque parezcan números quebrados junto a la gran unidad de la vida, entran como componentes, en pequeñas dosis, en la formación de las costumbres. Es tan fácil acostumbrarse a una manera moral de obrar, como a la vida pecaminosa. Después de un sinnúmero de pequeñas acciones buenas, tendrá para nosotros tanta facilidad la vida honrada, cuanta es la fuerza con que el deshonor atrae a quien ya se acostumbró a la vida pecaminosa.

Cuanto más perfecta sea una cosa, tanta más exactitud tendrá hasta en los pequeños pormenores. Los hombres de la antigüedad no conocían el mundo sino en sus grandes líneas y, sin embargo, las proporciones del mundo creado, aun con este conocimiento imperfecto, los movieron a hincarse de rodillas ante el Creador Supremo. ¡Cuánto más fervoroso es el homenaje que nosotros rendimos a Dios, desde que gracias a los telescopios y microscopios, nos es dado penetrar en los secretos del universo y nuestro entendimiento queda extasiado ante la sorprendente exactitud del orden, de la finalidad, del encadenamiento que en él maravilla! La minuciosa precisión de la obra de Dios ha de servirnos de ejemplo para nuestro carácter.

Si todo lo miras de esta manera, nada te parecerá una pequeñez. Así veras qué fuerza educativa tiene el cumplimiento de los mandatos, al parecer insignificantes, por ejemplo, el ayuno, prescrito por nuestra religión. Pero también puedes aprender lo mismo en muchas otras ocasiones. Si en una excursión te esperas un cuarto de hora junto a la fresca fuente antes de beber, a pesar de la sed que tienes; si sabes dominar tu lengua para que no cuente enseguida una cosa interesante que despierta la curiosidad de tus compañeros; si hay gran muchedumbre en la calle y no vas a mirar lo que pasa, aunque te mueras de ganas de saberlo...; con todas estas pequeñeces haces seria labor en orden de librar tu voluntad del yugo de las acciones instintivas. Y con eso ya verás que cuando la religión católica habla tantas veces de abnegación, de dominio de sí mismo, no intenta con ello restringir la libertad humana. Todo lo contrario: quiere prestarnos ayuda para lograr la única manera de vida digna del hombre y de la libertad de su alma. Quien no se ejercita en la abnegación, no puede ser verdaderamente religioso; el hombre verdaderamente religioso es aquel cuya alma triunfa cada día a la materia, al cuerpo.

“Son los efectos y las consecuencias los que ponen el sello de grandeza o de pequeñez en todo, dice el Barón Nicolás de Wesselényi; y lo que tiene consecuencias importantes y graves, no puede ser una pequeñez, por muy insignificante que parezca”.

Así ya comprenderás cómo pudo perderse toda una batalla... por un solo clavo de herradura. Al caballo del general le faltaba un clavo en la herradura y ésta se le cayó durante la marcha. Tropezó el caballo, y se cayó el general. El enemigo mató al general herido. El general no pudo dar órdenes, y se perdió la batalla; se perdió, ¡por faltar un clavo en la herradura!

XXII.- GULLIVER ATADO

El camino del alma humana es como, en los países fríos: la calle llena de charcos helados en donde juegan los niños. Al principio no son lisos, no es posible patinar sobre ellos; pero se meten los muchachos, y a medida que van pasando sobre el hielo, lo igualan y alisan; al fin lo han convertido en una especie de pista, por la cual se deslizan naturalmente. Algo semejante nos sucede con las acciones: cuánto más hacemos algo, bueno o malo, tanto más nos acostumbramos, y nos deslizamos ya sin poder pararnos en la dirección tomada.

¿Conoces el cuento de Gulliver? Cuando llegó al país de los enanos, parecía un gigante entre ellos. Y sin embargo, los liliputienses le jugaron una mala pasada. No tenían, es verdad, cuerda bastante resistente para retener a Gulliver; pero aquella “insignificancia”, “aquella pequeñez”, los miles y miles

de hilos delgados con que lo ataron al suelo, Gulliver no fue capaz de romperlos.

Así comprenderás, amado hijo, por qué los hombres serios procuran librarse hasta de los pequeños defectos. Quien concede libertad a sus inclinaciones en las cosas pequeñas, no consultará a su conciencia en las grandes. Es cosa que espanta el ver cómo muchos jóvenes, que en sus tiernos años inspiraron las más risueñas esperanzas, se desviaron más tarde y marcharon por el camino del pecado, porque empezaron a descuidarse en las cosas pequeñas y a tomarse demasiadas libertades. También estos muchachos alcanzan su completo desarrollo, también se hacen hombres; pero no son sino caricaturas del hombre verdadero. Se parecen a aquellas grotescas figuras de hombres que los niños hacen con la nieve, las cuales, mirándolas con un poco de benevolencia, guardan cierta semejanza con el hombre: tienen ojos, boca, un gorro de papel en la cabeza; sólo les falta carácter y voluntad.

Al ver la mesa de trabajo o el cuarto de algunos estudiantes, exclamo espantado: - ¡Dios mío! si habrá el *mismo* desorden en el alma de este joven... Un cepillo para los zapatos y el diccionario latino, una pelota de fútbol y el cuaderno de matemáticas; lápices rotos y una regla, un pedazo de pan y un dentífrico, todo en "poético" desorden, esparcido por doquier...

Pon orden en tu mesa, en tu armario, en tu cuarto. En primer lugar, el orden exterior no es tan sólo manifestación de la armonía íntima, sino también su eficaz instrumento para llegar a ella. Quien siempre tiene orden en sus cosas, ordenará con más facilidad sus pensamientos.

Además debes tener orden en todo, porque sólo el hombre ordenado sabe ser puntual, mientras que el desordenado pierde mucho tiempo en buscar sus cosas, y más tarde en la vida llegará siempre tarde a todas partes. ¿No conoces jóvenes (espero que no te cuentes entre ellos) que diez minutos antes de las clases buscan afanosos el cuaderno que necesitan? Revuelven todo el cuarto; en vano. No está. Ha desaparecido. Por fin, lo descubren debajo de la mesa, junto al papelerero. Pero sólo faltan cinco minutos para empezar la clase. Corren... llegan tarde... se les anota... por desorden.

Y aquí, sin embargo, no se trata sólo de llegar tarde a la escuela. Pero cuando lleguen tarde a sus oficinas y se olviden de asuntos importantes... Si son médicos, matarán a algunos pacientes, porque se descuidarán de "una pequeñez" en sus recetas; si son farmacéuticos, prepararán mal la receta del médico por haberlas leído superficialmente.

Y, ¡aquellos cuadernos desordenados, llenos de lamentables garabatos! ¡Aquellos libros de texto cubiertos de toda clase de mamarrachos! Cuando se revisan los libros de los comerciantes declarados en quiebra, se halla en la mayoría de los casos, que no llevaban en orden y sistemáticamente su

contabilidad. Sería interesante revisar también los libros de los estudiantes “reprobados”.

Cuidado, hijo mío, que los hilillos de las malas costumbres, de las pequeñas negligencias y superficialidades, no lleguen a aprisionar tu carácter.

Pon orden en las cosas más insignificantes. Que tu lápiz tenga punta; que tu regla no esté manchada con tinta; que en la mesa no haya otra cosa que lo necesario para el estudio; que cada libro, cada cuaderno, cada lápiz, cada goma tenga su puesto acostumbrado, de modo que puedas hallar cualquiera de estos objetos, aun a oscuras.

Cada mañana ve en tu reloj, si estás a la hora. Cuídate especialmente de los objetos prestados: libros, diccionarios, compás; no prestes a otro lo que te prestaron a ti, y no esperes hasta que el dueño venga a pedirte que le devuelvas lo suyo.

XXIII.- EL CERROJO MALO

Say, célebre economista francés, nos cuenta de un modo sugestivo cuánto daño puede provenir de pequeñas negligencias. En una finca, escribe, se deterioró el cerrojo de la puerta del corral. Habría podido arreglarse en algunos minutos, pero “es cosa insignificante” – dijo el dueño. Naturalmente, día tras día iban escapándose, una vez un pollo, otra un pato. Un día llegó a huir un cerdo. “¡Ah! ¡Esto ya no se puede aguantar! Toda la familia, jardinero, lavandera, pastor, adelante, a buscar el lechón”. El jardinero fue el primero que lo descubrió. Va a tomarle la delantera, no le falta más que saltar por encima de una zanja. Pero tropezó al saltar, y se dislocó el pie y tuvo que guardar cama mucho tiempo. La lavandera, al volver de la caza del lechón, vio con espanto que la ropa que había colgado cerca del horno para que se secase, se había quemado. El pastor, con la prisa, se olvidó de atar una vaca en el establo, y el animal se tropezó con el comedero y se rompió una pata. Ve: cuánto daño causó el cerrojo descuidado, que se habría podido arreglar con algunos pesos.

Algunas veces la cosa más insignificante adquiere importancia decisiva en la vida humana. ¡Qué cosa tan insignificante es el alga marina que se pega al costado de los buques en el océano! Y sin embargo, Cristóbal Colón, cuando la tripulación empezó a rebelarse después del largo viaje sin resultado, para apaciguarlos les dijo: “Mirad, ya están aquí las algas; debe de estar cerca la tierra”.

Observa a los grandes compositores. ¡Cuánto han de estudiar, día tras día, para dominar técnicamente las dificultades más pequeñas! Franz Liszt dijo: “Si no hago ejercicio un día, lo noto yo; si lo omito durante tres días, entonces lo nota el público”.

¿Sabes de qué se forman las enormes rocas de yeso de Inglaterra? De conchas tan diminutas que sólo son visibles con microscopio.

¿Qué es lo que pone en marcha las gigantescas máquinas de vapor, estos monstruos espantosos? Gotitas de agua al parecer insignificantes, que se convierten en vapor.

¿Qué cosa más admirable fue la invención del telégrafo! ¿Sabes cuál fue el primer paso para aquel magnífico invento? Pues, el descubrimiento de Galvani, al parecer ridículamente “insignificante”, de que, si tocamos las piernas cortadas de la rana, con metales diferentes, empiezan moverse.

Acostúmbrate a no considerar nada insignificante respecto a tus deberes.

XXIV.- EL CABELLO DE ABSALÓN

El título de una novela de Björnson es *El cabello de Absalón*. Sus protagonistas son hombres que se pierden, no por grandes faltas de carácter, sino solamente porque no saben dominar las cositas de cada día de la vida. Y, sin embargo, quien domina las cosas pequeñas, es señor también de las grandes; y quien sabe aprovechar los minutos que corren, tiene en su mano la llave del tiempo. ¿Cómo podría lanzarse a una empresa grande quien no se preocupa de las pequeñas?

Procura ser, pues, puntual y fiel en el cumplimiento de los deberes que a primera vista parecen insignificantes. Supongamos, por ejemplo, que vives en un internado y que a las seis de la mañana toca la campana para que te levantes. Podrías aún estar cinco minutos descansando sobre las blandas almohadas, pero no hagas así. Salta enseguida de la cama... y adelante, a lavarte. ¿Es una cosa insignificante? Tan sólo lo parece. En realidad es un vigoroso ejercicio de la voluntad, porque es triunfo sobre la pereza.

Otro ejemplo. Llega el tiempo del estudio. No bosteces, no empieces con ojos adormilados a escoger los libros, no te desesperes, sino que después de una breve y fervorosa oración... di “¡adelante!, ¡a estudiar!” ¿Es una cosa insignificante? No. Sino triunfo sobre ti mismo, ejercicio y robustecimiento de la voluntad.

Del criminal a quien ejecutan, no podía figurarse la madre, cuando de niño lo mecía en sus brazos, que acabaría su vida en el patíbulo. Pero el camino del *delirium tremens* empieza con la primera copa de alcohol; el de la estafa de millones, con la avidez de ganar la partida en que se juegan unos miserables pesos; el de la falsificación de cheques, con los pequeños mentiras y traiciones en la escuela; el de las orgías nocturnas, con las primeras revistas y programas de televisión obscenos, que hicieron soltar una indecente carcajada al estudiante.

Sólo quien sabe ahogar en sí el más leve desorden, podrá prevenir los grandes tropiezos de su carácter.

Sólo quien huye de la mentira más leve, perseverará fiel a la verdad hasta en las situaciones más difíciles.

Sólo quien es honrado en las cosas más pequeñas, podrá conservar la misma honradez en las grandes. Lo dice el mismo Jesucristo: *“Quien es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho”*. ⁽¹⁾

Así comprenderás la gran frase del obispo de Hipona, San Agustín: *Quod minimum est, minimum est; sed in minimo fidelem esse, maximum est*. “Lo pequeño es pequeño; pero ser fiel en lo pequeño es cosa grande”.

Cuando empiezas a aprender esgrima, la marcha es lenta; antes tienes que aprender las posturas, la manera de empuñar la espada, los diferentes golpes; es decir, los pequeños elementos de la esgrima.

En cuanto al piano, tampoco podrás tocar sonatas de Beethoven sin haberte ejercitado antes durante años en las escalas.

Si has observado las maniobras que hacen los soldados, habrás podido notar qué ridículos movimientos de pies y manos aprenden algunas veces. Sin embargo, sólo son ridículos y superfluos al parecer; porque en la realidad no se puede prescindir de ellos y son necesarios para los complicados movimientos de las tropas.

“Vamos gastando nuestra fortuna peso a peso, nuestra vida por horas; cediendo en cosas pequeñas llega a entorpecerse nuestra conciencia, y así es como, según los últimos descubrimientos de la ciencia, cordilleras enteras se componen de los restos de diminutos animales que no podemos siquiera distinguir a simple vista, de la misma manera las mayores dificultades de nuestra vida van formándose de la acumulación de cosas tan pequeñas que ni siquiera las notamos separadamente”. (Barón Eötvös).

(1) *San Lucas 16, 10.*

XXV.- LA LÁMPARA DEL SAGRARIO DE LA CATEDRAL DE PISA

Entre las cosas insignificantes, cuentan algunos con un fino espíritu observador; y, sin embargo, es un medio muy importante para aumentar el caudal de nuestros conocimientos y hasta para abrirnos camino en la vida y ejercitar nuestra voluntad.

Procura aprender cómo debes usar tus sentidos con rectitud y camina por el mundo con ojo abierto y alerta, es decir, desarrolla en ti sistemáticamente el espíritu observador.

El ojo tan sólo ve; el espíritu además observa. Los indios llegan a rastrear muchas cosas por una hierba que pisaron, por huellas casi imperceptibles. Los antiguos astrólogos árabes, sin telescopio, descubrieron el curso de los astros. Los pintores chinos, en sus cuadros, supieron dar vida con admirable fidelidad, a todos los movimientos del ala del pájaro que vuela. Tenían un finísimo espíritu de observación.

Presencia de ánimo, espíritu de observación y capacidad de decisión, no son solamente cualidades necesarias a los pilotos y a la tripulación de los submarinos, sino aun para todos que van navegando por los mares de la vida.

El juego *kim*, de los boy-scouts, es muy propio para el desarrollo del espíritu observador. Consiste en colocar un montón de objetos, unos 30 ó 40, previamente en desorden, sobre la mesa; los muchachos no pueden mirar más que un momento la mesa y después, vueltos de espaldas, tienen que decir todo lo que hay en ella. Prueba tú también, junto con tus amigos a hacerlo. Habrá muchos que al principio no sabrán nombrar ni siquiera 15 ó 20 de los objetos.

Otro ejercicio muy bueno del espíritu observador es: después de haber presenciado varios un mismo acontecimiento, contarlos unos tras otro, inmediatamente después o un día más tarde. Todos los testigos oculares lo contarán de distinta manera.

Otro ejercicio: pónganse en fila varios jóvenes y el último diga una frase en voz baja al oído de su vecino, con la consigna "dilo al otro". Al llegar la frase al final de la fila, ¡qué cambio habrá sufrido! Así descubrirás cuán débil es la capacidad de observación del hombre. Es tan débil, que se engaña hasta en cosas pequeñas que ve diariamente.

Pregunta a un amigo: ¿Has visto un reloj de bolsillo?

-Claro está. Todos los días.

-Dibuja, entonces, la esfera. ¡A que no sabes!

-¿Que no sabré? ¡Ve aquí! - y empieza a dibujarla y comete dos faltas en este pequeño dibujo. Porque pondrás las cuatro de esta manera: IV y, sin embargo, suele hacerse de esta otra IIII, y marcará también las VI, cuando su espacio suele estar ocupado en los relojes de bolsillo por la

aguja de los minutos. Ya ves, pues. ¡Cuán poco podemos fiarnos de nuestro espíritu observador!

Ejercítate, por consiguiente, en la observación profunda. ¡Qué magníficos e interesantes descubrimientos pueden hacer los muchachos, por ejemplo, al observar la vida de los animales! Cómo la ardilla rompe la nuez, de qué modo comen el perro y el gato, el ganso, los pollitos; cómo destroza su víctima el ave de rapiña; cómo se arrastran el caracol, la serpiente, el gusano, etc. ¡Cuántas veces habrás visto un caballo al paso, al trote, al galope!... y apuesto que no sabrías explicar los diferentes movimientos de patas que hacen en las distintas marchas.

Quien se queda boquiabierto al mirar algo, inútil es que vaya por el mundo entero y en vano tendrá dinero para hacer grandes viajes. De nada le servirán, porque no sabe observar. Mira, pero no ve. En cambio, quien sabe observar con vista aguda, ése quiere penetrar el fondo de los acontecimientos, imaginar el reverso de la medalla.

La observación aguda brindó ya descubrimientos magníficos a la humanidad entera.

¡Cuántos fueron los que antes de Newton vieron caer una manzana del árbol! Y él fue el único que meditó este sencillo hecho tan profundamente, que llegó a descubrir la ley de la gravedad.

¡Cuántos habían visto cómo sale vapor de la cafetera! Y sin embargo sólo Papin se puso a meditarlo hasta el punto de descubrir, a base de este sencillo fenómeno, la máquina de vapor.

Röntgen encontró una placa deteriorada en su máquina fotográfica. ¿La tiró enfadado? No. Empezó a meditar cómo pudo la luz llegar a la placa tapada. Y descubrió los rayos X que atraviesan los cuerpos consistentes. Ve: tales son los resultados de una mirada precisa y honda.

El capitán Brown no pensaba sino en el modo de hacer un puente sobre el río Tweed con la mayor economía. Un día, paseándose por su jardín, revolvía este tema en su mente, cuando notó una fina telaraña que se extendía de un arbusto a otro. "Ahí está. Ya lo tengo. ¿No habría manera de hacer con barras de hierro y con cadenas un puente de semejante estructura?" Y no pasó largo tiempo sin construir el primer puente sostenido por cadenas, un puente colgante.

El ingeniero Brunel, por un camino similar, llegó a la idea del túnel. Notó cómo un pequeño bicho va taladrando el costado de un buque, primero en una dirección, después en la dirección opuesta, para poder pasar por el agujero hecho así. Apoyado en esta observación, construyó una de las obras más admirables de la técnica, el túnel que pasa por debajo del Támesis.

Y, ¿sabes cómo descubrió Galileo la ley del péndulo? En la cúpula de la Catedral de Pisa el sacristán puso aceite en la lámpara del sagrario, suspendida del elevadísimo techo con una cuerda. ¡Cuántas veces se había repetido este acto al correr de los siglos y cuántos hombres lo habrían visto! Y, no obstante, fue el entendimiento potente, el gran espíritu observador de Galileo quien meditó por primera vez los movimientos que hace con regularidad, de un lado al otro, la lámpara, al recibir un golpe. A base de este fenómeno insignificante, empezó a madurar el hecho y después de una labor fatigosa de cincuenta años, descubrió la ley del péndulo y pudo perfeccionar su instrumento, que juega papel importante en la medida del tiempo y en los cálculos astronómicos.

XXVI.- EL TRABAJO ENTUSIASTA

El medio de primer orden en la escuela de la voluntad y del desarrollo del carácter, es el trabajo, el deber diario cumplido con alegría, con celo.

El trabajo, en sentir de los paganos, era algo degradante, indigno de un hombre libre. Fue tan sólo el Cristianismo, quien dio el honor debido al trabajo, al enseñar que lo que ennoblece al hombre es justamente el trabajo.

El Cristianismo mostró a la humanidad la gran fuerza que late en el trabajo para desarrollar el carácter. El trabajo fortalece en gran manera la voluntad, porque exige dominio de sí mismo, abnegación, perseverancia. Quien posee una voluntad lo bastante fuerte para trabajar con perseverancia, con meticulosa puntualidad, no encontrará gran dificultad en mostrarse fuerte al tener que refrenar las pasiones, cosa bastante difícil para un hombre holgazán, que realiza su trabajo con negligencia y descuido.

El trabajo conserva la frescura y la salud del cuerpo; la inactividad en cambio, consume y corroe sus fuerzas. El trabajo perseverante origina constancia, seriedad, paciencia.

Acaso no comprendas, hijo mío, cómo se vigoriza tu voluntad si cumples con puntualidad, con celo y en el tiempo debido la labor diaria que te impone la escuela. Trázate un plan minucioso para la tarde: si al llegar el tiempo del estudio, se presentase cualquier otra ocupación para distraerte, por mucho que te seduzca el sofá para echarte, por muy interesante que sea el libro que estás leyendo, por muy atractivo que esté el programa de televisión o aunque te inviten tus amigos, no vaciles. Lo primero es el deber. Toma con alegría el libro. Aprende con alma y vida. El deber cumplido con entusiasmo tiene una gran fuerza educadora de la voluntad.

Pero tan sólo es el trabajo verdadero, serio, el que educa el alma y no el hábito de matar el tiempo. Tan sólo el trabajo, que es verdadero triunfo sobre

nuestros caprichos, sobre nuestra inconstancia y comodidad. Sea, pues, principio tuyo, el cumplir lo mejor posible todos tus deberes.

No sé si has visitado algunos templos y otros edificios medievales, de una hermosura sin igual. ¿Sabes qué es lo que más me impresiona al detenerme bajo las esbeltas bóvedas de la Catedral de Colonia o ante las blancas estatuas de mármol de los santos en la Catedral de Milán? Me asalta este pensamiento: los antiguos, pintores, arquitectos, escultores, dieron lo mejor de su trabajo, reconcentraron todas sus fuerzas y las invirtieron en sus obras; ése es verdadero trabajo de formación del carácter. Y, ¿hoy día? El trabajo de los hombres es ¡tan rápido, precipitado, superficial!; es un trabajo materialista.

Sentirás profunda satisfacción, si aprendes a trabajar con alma y vida, es decir, si haces con verdadero entusiasmo, con todo el corazón, el trabajo más insignificante. Lo principal no es la importancia del trabajo que haces, sino la disposición con que lo realizas.

De seguro has oído hablar de Carlyle, historiador y filósofo inglés. Su esposa perdió en una ocasión la paciencia, porque tuvo que estar toda la noche junto al horno y a pesar de todo, el pan que preparaba para su marido no se tostaba bien. “¡Que tenga yo que ocuparme en trabajo tan insignificante!” Pero enseguida tomó un mejor consejo: “Pero Benvenuto Cellini, ¿no tuvo que velar toda la noche, cuando estaba en el horno su famosa estatua de Perseo?” Y, ¿qué diferencia hay entre Cellini que vigila su estatua en el horno, y la mujer que tuesta el pan para su marido? Sí; hasta el tostar el pan podemos hacerlo con toda el alma, y el hombre que más respeto merece, es el que cumple las cosas más pequeñas con la mayor conciencia. Lo que vale la pena hacer, merece que se haga bien, y lo que no estás dispuesto a hacer a conciencia, es preferible que ni siquiera lo empieces.

Un amigo fue a visitar a Miguel Ángel y se quedó maravillado de que todavía estuviese haciendo la misma obra.

- Su trabajo no adelanta nada” - le dijo.

-¿Cómo que no? He corregido ya mucho; aquí he quitado algo, allí he perfeccionado una arruga; he dado más suavidad a esta línea, he procurado dar más expresión a aquella boca.

- Pero todas estas cosas son pequeñeces - proseguía maravillado el visitante.

- Sí, lo son - le contestó el maestro -. Pero las pequeñeces hacen lo perfecto y la perfección no es pequeñez.

Cuando pasé por Milán, subí al techo de la Catedral, ese templo soberanamente hermoso. Toda la iglesia está construida de un deslumbrante mármol blanco; hasta en el techo se levantan innumerables torrecitas de mármol, y los nichos de las torres también están llenos de estatuas marmóreas

de santos, cada una más hermosa que la otra. Mientras duraba la construcción, dijo alguien al escultor, que estaba trabajando con gran celo: "Pero, ¡tanto trabajo! Desde abajo nadie verá las estatuas, ¿para qué entonces tanta fatiga?"

- "Desde abajo, nadie - contestó el artista -; pero lo ve Dios".

Dios ve mi trabajo y esto me basta. ¿Ves ya cuánta alma y vida puede haber en el trabajo que se hace de esta manera?

El deber cumplido con todo el fervor del alma educa tu carácter; en cambio, el trabajo hecho de mala gana y superficialmente, lo deteriora.

El trabajo hecho sin entusiasmo, sin alma, refunfuñando, es peor que la completa inactividad, pues te engaña haciéndote creer que trabajas mucho.

De la misma materia en que el artista esculpe una estatua maravillosa, el inepto no sabe sino moldear una caricatura. De la misma manera podemos ser héroes del trabajo y, mediante él, pulir nuestro carácter, mientras que otros son sus esclavos, y gimen con cara entristecida bajo su yugo.

"El hombre nació para el trabajo; y ya que no hay más remedio que trabajar, por lo menos trabajaré de buena gana. Podré ver enseguida que así me resulta más fácil el trabajo".

XXVII.- EL DEBER

¡Deber!

Palabra que tiene una fuerza mágica. El cumplimiento del deber exalta a individuos y pueblos, mientras que la negligencia en el trabajo los conduce a la bancarrota. Los pueblos que cumplen su deber a conciencia, resisten triunfantes el asalto de la historia, mientras que los holgazanes corren a su propia perdición.

En una antigua iglesia, hay una interesante pintura que representa diferentes estados de la vida. Allí está el Papa revestido con los ornamentos de gran solemnidad, y debajo se leen estas palabras: "Yo enseño a todos".

Allí está el Emperador, con corona en las sienes, con cetro en la mano, y debajo se lee esta inscripción: "Yo los gobierno a todos".

Allí está el general con la espada en la mano, y dice: "Yo los defiendo a todos".

El labrador abre un largo surco con el arado y dice: "Yo los alimento a todos".

En la parte inferior del cuadro se ve pintado el diablo haciendo muecas de carcajadas, y exclama: "Y yo me los llevaré a todos, si no cumplen con su deber".

¡Qué profundo significado encierra este cuadro! Que en esta tierra seas emperador o labriego, es indiferente; pero debes cumplir tu deber. La vida

terrena es un gran drama, en que Dios distribuye a todos el papel que han de desempeñar. No depende de ti el papel que has de recibir, pero, sí está completamente en tu mano el modo cómo lo representes.

En el teatro lo importante no es el papel que has de hacer, sino el cómo. Quien tiene el papel de emperador, quizá sea acogido con pifias por no hacerlo bien; en cambio se aplaudirá a un aprendiz de zapatero remendón, porque hizo con maestría lo que le tocaba hacer.

Con tristeza oigo a cada paso de boca de los estudiantes: “No sé qué decisión tomar. ¡Se ven tan concurridas todas las carreras!” No te asustes, hijo mío: *todavía en todas las carreras hacen gran falta hombres hábiles, diligentes, que cumplan, con conciencia, su deber.*

En el cumplimiento imprescindible del deber se esconde una enorme fuerza educadora. Hacer todo cuanto nos exige nuestra posición y hacer, sobre todo, lo que nos sea ingrato.

La vida sin trabajo es un cuadro sin marco.

Durante la Primera Guerra Mundial, las balas alcanzaron a dos aviadores precisamente cuando regresaban a su campamento después de un viaje de exploración. El observador murió instantáneamente; el piloto, agonizante, logró aterrizar en su campamento. Los soldados corrieron a su ayuda. ¿Sabes cuál fue su última palabra? Con frases entrecortadas iba describiendo las posiciones del enemigo y con el gesto indicó la máquina fotográfica que estaba entre las manos de su compañero. A mediodía fueron enterrados los dos; pero al mismo tiempo el ejército ganaba las posiciones enemigas. ¡Qué héroes, más admirables, del cumplimiento del deber!

XXVIII.- “HOY NO ESTOY DE BUEN HUMOR”

El estudio y el éxito dependen en primer lugar de la voluntad y no del humor. Sin embargo, ¡cuántos jóvenes se disculpan con que: “Hoy no puedo estudiar; no tengo humor apropiado; más vale no esforzarse si falta el humor...; ¡mañana trabajaré el doble...”!

No lo olvides: el trabajo prorrogado para día siguiente, siempre resulta más difícil de lo que hubiese sido el día anterior.

El cumplimiento del deber no debe depender nunca del humor. El deber pospuesto de hora en hora va adquiriendo cada vez más el aspecto de un fantasma, y su figura amenazante llega a envenenar todas tus alegrías. Quien tiene deudas, que pague cuanto antes.

Nunca olvides esta sencilla regla: *Antes el deber, después las diversiones.* Muchos jóvenes se quejan de que “no tienen suerte”; que el profesor “les tiene mala”; que “nada les va bien”; y sin embargo, en la mayoría de los casos no se

trata más que de un solo defecto. En estos muchachos lo primero son las diversiones; sigue después un gran paréntesis y allá, muy atrás, viene a un trote cansado, el deber.

Habrás oído hablar mil veces del centinela de Pompeya. Cuando en el año 79 sobrevino la erupción del Vesubio, y la lluvia de ceniza y lava ardiente inundó toda la región y los hombres enloquecidos corrían atropellándose sin piedad para salvar la vida, hubo un soldado romano que firme quedó en su puesto, sin titubear. En medio de la terrible confusión del momento, nadie se acordó de relevarlo. Su deber lo clavaba en aquel sitio: no se movía. Y la lava se iba aproximando. Y su fuego silbaba. Y su gas sulfuroso hacía imposible la respiración. Y todo aquel infierno encendido bramaba. Y el soldado, quieto, sin moverse una línea... y llegó a cubrirlo la lava. Las excavaciones modernas hallaron en esta postura al centinela. Y forman uno de los más valiosos tesoros del Museo Borbónico de Nápoles el casco, la lanza y la coraza de este soldado, que, firme en su deber, se dejó sepultar por la lava ardiente para no manchar el honor del soldado romano.

Hijo mío, a ti quizás no te aguarden deberes militares; pero te espera el gran deber de la vida. Tienes deberes con Dios, con tus prójimos, con la Iglesia, con tu patria. Quizá te parezca algo dura la frase que voy a escribir; no obstante es el único principio decoroso para un hombre honrado: *No estamos en esta tierra para ser felices; sino para cumplir nuestros deberes y todo cuanto Dios espera de nosotros. "Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre"*, hemos de repetir todos, porque es lo que dijo de sí mismo el Redentor del mundo. ⁽¹⁾

Hay jóvenes que, para estudiar, esperan siempre que llegue "el buen humor". Y, sin embargo, como escribe Horacio, quien ha emprendido el trabajo, tiene ya hecha la mitad; mientras que quien siempre da largas al momento de comenzar un género de vida más justo, hace como el labrador que, cruzadas las manos, espera que haya pasado la inundación; pero ésta no pasa; más bien, una ola empuja la otra:

*Dimidium facti, qui coepit, habet; sapere aude,
Incipe! Qui recte vivendi prorogat horam,
Rusticus expectat, dum defluat amnis; at ille
Labitur et labetur in omne volubilis aevum. (2)*

(1) *San Juan, IV, 34.*

(2) *Ep. ad Pis.*

Todo cuanto existe bajo la bóveda del cielo está sujeto a la voluntad divina. Las leyes de la Naturaleza obedecen sin excepción y con puntualidad, a esta voluntad eterna: el astro recorre su camino; las lunas van rodando con precisión en torno a sus soles, no por propia decisión, sino por fuerza superior.

Tan sólo el hombre se mueve “de su propia voluntad” a seguir los preceptos de Dios. El Señor le dio libre albedrío, y el hombre puede oponer esta libertad a la voluntad de Dios: he aquí el pecado. Pero si no quiere vivir en las tinieblas; si no quiere perecer, debe seguir las leyes de Dios, lo mismo que la hierba más diminuta o el gusano imperceptible.

Cumple tus deberes, aun los más insignificantes, con la mayor puntualidad, y así merecerás la alabanza más hermosa que nadie tributó a un simple albañil: “En todas las piedras que ha puesto se hace patente su conciencia”.

Nelson, el famoso almirante inglés, triunfador, murió con estas palabras en la boca: “Gracias a Dios, he cumplido mi deber”. Magnífico consuelo que levanta el ánimo, cuando toca el término de una vida, pasada en continuo trabajo. Ojalá puedas decirlo un día de ti mismo.

XXIX.- EL QUE NACIÓ TARDE

Por muy raro que parezca, quizás no llegues a creer lo que escribo, quien no trabaja, no puede ser feliz.

El trabajo es garantía de salud corporal. Si el arado yace abandonado en un rincón, se enmohece; en cambio, si se usa, recobra el brillo. También el hombre holgazán llega a cubrirse de moho, mientras que los ojos del hombre trabajador brillan de alegría.

No sirve darle vueltas; es inmutable el destino del hombre; *ha de ganar su pan con el sudor de su frente.* ⁽¹⁾ Esto pregona la voz de la Naturaleza con el hecho elocuente de que la vida de los hombres inactivos no suele ser larga: mientras que llegan a edades más avanzadas, precisamente aquellos que trabajaron durante toda su vida.

(1) Génesis, III, 19.

El horror al trabajo es una enfermedad moderna; la ausencia de una voluntad fuerte también se muestra en este terreno. Porque para el trabajo se necesita abnegación, autodisciplina, en una palabra, *fuerza de voluntad*. Nadie es trabajador por naturaleza. Como la ley de la gravedad atrae la materia hacia abajo, de la misma manera la naturaleza humana dada a la gratificación, nos lleva a la pereza. Pero quien sabe vencerla con noble empuje, llegará a disfrutar más tarde de las benditas alegrías del trabajo.

El secreto del éxito es: *trabajar siempre con entusiasmo*. Hay muchachos que se preparan durante varias horas para después estudiar tan sólo unos minutos.

“Pero... ¡si no sale de dentro el trabajar! ¡Si es tan antipática la lección!” Lo mismo da. Una fuerza de voluntad, enérgica y férrea, te ayudará a vencer también este obstáculo. Y la cuestión es lanzarse de una vez al trabajo. Verás que a pesar de los desalientos anteriores, tendrás éxito. Naturalmente, quien empieza bostezando media hora; quien antes de lanzarse se despereza y va perdiendo el tiempo, ya se dispone de antemano al mal humor.

Debes tener orden en el estudio. *Serva ordinem et ordo te servabit*, decían los antiguos. “Guarda el orden y el orden te guardará”. El deber cumplido con orden tiene doble valor; en cambio, el trabajo a capricho, desordenado, mal encaminado, es sencillamente perder el tiempo. El desmenuzar los quehaceres equivale, en resumidas cuentas, a la inactividad.

Los biógrafos de los hombres más célebres suelen señalar, que éstos acostumbraban hacer todas las noches sus planes para el día siguiente. Trázate tú también, por lo menos a grandes rasgos, un plan para el día siguiente.

Y síguelo fielmente. Por ejemplo, a la una salgo de clase y vuelvo a casa; comida, descanso hasta las dos y media; lecciones hasta las cinco; juego, diversiones hasta las seis; música hasta las siete; estudio de idiomas, comida, lecturas; a las nueve de la noche, rezos y acostarse.

Y cuando toca estudiar, entonces a ello. Pero de veras. Sin descuido. Firmemente..., por más que oigas una voz que te susurre al oído: “Tendrás bastante tiempo hasta la mañana siguiente”. Por mucho que el sol te invite con su espléndida luz a salir. No te dejes ablandar. Ahora lo principal es el deber. Verás cuánto más te cunde el tiempo distribuyéndole bien, que si procedes sin orden en el trabajo. Y, ¡cuán corta es la vida y cuántas cosas se pueden aprender! Por lo tanto, distribuye con cuidado este tiempo harto breve. Tiene razón el dicho inglés: *Early to bed and early arise, makes the man healthy, wealthy and wise*. “Quien se acuesta temprano y madruga, será sano, rico y sabio”.

Había un estudiante que sistemáticamente llegaba tarde a todas partes. Ni por casualidad podía ser puntual. Sus maliciosos compañeros tuvieron una aguda ocurrencia: “Este muchacho nació cinco minutos más tarde de lo debido y desde entonces no sabe recuperar estos cinco minutos de retraso”. Cuando ya

fue hombre, no servía para nada, tenía una infinidad de disgustos en su oficina por sus continuos retrasos. Y, ¿qué será de él si llega tarde al cielo? No muy tarde: ¡sólo unos cinco minutos!

XXX.- “EL RELOJ IBA ATRASADO”

Casi sin aliento llega un hombre a la estación: “Déjeme usted, quiero irme en el tren expreso”.

“En este momento acaba de salir” – contesta con parsimonia el portero.

“¡Horror! ¿Y qué hago yo ahora? Tenía que irme sin falta. Me causará daños incalculables” – gime el viajero atrasado.

Sin embargo, no tiene derecho a quejarse; el tren salió con puntualidad; fue él quien llegó tarde. En la vida las cosas van con meticulosa puntualidad; sólo los hombres no suelen ser exactos.

Sospecho que este viajero atrasado solía levantarse en su juventud, cinco minutos antes de las ocho y nunca llegó con puntualidad a la escuela. Y esta primera falta de puntualidad fue la semilla de la que brotó después su despreocupación y superficialidad.

Y propiamente, ¿qué es la puntualidad? Una cosa muy sencilla: “*Suspender un trabajo cuando se acaba su tiempo, y emprender otro cuando llega su turno*”. Quien cumple esta sencilla regla, desempeñará bien su oficio y lo hará todo a tiempo.

La puntualidad empieza muy de mañana. Suena la hora de levantarse; por ejemplo, las seis de la mañana. Hacerse cargo en el mismo instante de que “*pasó ya el tiempo de descanso*”, y saltar heroicamente de la cama. Si lo haces, nunca tendrás que lamentarte: “No tuve tiempo para los rezos de la mañana”. Le falta tiempo sólo a aquel que aun después de despertarse, está dando vueltas en la cama durante un cuarto de hora, como la puerta en su marco.

Llega el tiempo del estudio. ¡Qué tesoro representa el ser puntual también ahora, y poner enseguida manos a la obra! No después de una preparación de media hora; no después de pensarlo previamente y bostezar y estirarse y repasar sobre los botones de la chaqueta el consabido cuento: “Lo empiezo, no lo empiezo, estudio, no estudio...”

El estudiante puntual no olvidará el cuaderno y los libros al partir a la escuela; al volver a casa no los tirará por los rincones del cuarto, y así no tendrá que recurrir a la excusa: “No sé dónde los he metido”. El muchacho puntual y ordenado merece confianza, porque dio prueba de tener un carácter firme.

Ser puntual. ¿Ves qué palabras más sencillas? Y, sin embargo, significan un medio importantísimo para la educación del carácter. Cumplir el deber cada día; si es preciso cien y cien veces al día, todas las veces que así lo exijan nuestras obligaciones; ser metuloso hasta en las cosas pequeñas, trabajar con

empeño aun cuando nadie lo ve... Dime si conoces un medio más eficaz para lograr la grandeza moral y la madurez del hombre íntegro...

No en vano dice el refrán: *“La puntualidad es la cortesía de los reyes”*. Se necesita de veras gesto de rey, grandeza, valentía, constancia heroica para dominar los obstáculos y no excusarse ni esquivar jamás la voz sagrada del deber. Los grandes deberes de la vida sólo podemos confiarlos a quien sabe ser puntual, siempre, en todo.

El joven puntual hasta tendrá más dinero que los otros, aunque reciba menos. Y, ¿cuál es la explicación de este secreto? El puntual sólo gastará el dinero en cosas absolutamente necesarias; mientras que los demás compran cuanto les llama la atención en la primera vitrina que encuentran.

Será siempre puntual el que sabe apreciar el tiempo. El que no se hace esperar, da pruebas de tener en su justa estima tanto el tiempo propio, como el de los demás. En cambio, el que al principio sólo es desordenado y no sabe ser puntual, poco a poco llega a perder la confianza de los demás porque no cumple su palabra; quien no emplea con exactitud su tiempo, nos hace sospechar que tampoco debe ser muy exacto en su oficina.

El que no sabe ser puntual, no merece gran confianza cuando da su palabra; y les advierto, que el hombre que no es puntual y no guarda su palabra hace tanto daño a la sociedad como el anarquista y el revolucionario. En cambio, el joven puntual da pruebas de voluntad, de carácter; y por esto es acreedor a la confianza. ¿Sabes cuál es uno de los elementos del carácter? Cumplir firmemente todo aquello a que has dicho *“sí”*. Si te parece contestar *“no”*, entonces sé valiente para decirlo con sinceridad y abiertamente.

“Señor profesor, el reloj iba atrasado”, suelen decir para excusarse los estudiantes que llegan tarde. Sin embargo, si supieran hablar con sinceridad, dirían: *“Señor profesor, llego tarde porque he sido desordenado y negligente”*.

“¡El reloj iba atrasado!” ¿Sabes qué contestó Washington a un empleado, que dio la misma excusa, al llegar tarde? *–“Entonces no hay más remedio: o usted ha de comprarse otro reloj, o yo he de buscar otro empleado”*.

Mucha verdad encierran las palabras de Nelson, el celebré almirante: *“Debo todos mis éxitos a haber acabado todo un cuarto de hora antes del tiempo prefijado”*.

XXXI.- EL ESTUDIANTE POBRE

Conmovidamente, contemplo muchas veces aquella lucha titánica que deben sostener algunos jóvenes para poder seguir sus estudios. Sus pobres padres viven en un pueblo y apenas pueden ayudar al hijo, que vive en escasez y penuria. El muchacho estudia con ejemplar diligencia; se levanta temprano para hacer sus deberes, da lecciones de repaso, ni siquiera se desayuna, come todos los días invitado por una familia caritativa, lleva un traje zurcido, tiene un cuarto frío en el invierno. A su lado está en la clase un estudiante elegante, perfumado. Tiene un grueso abrigo y cuando saca con importancia su desayuno, un panecillo con jamón, los ojos de pobre estudiante se enturbian muchas veces de lágrimas: “¡Dios mío! ¡Si yo no tuviera que luchar tanto...!”

Si tú, amado hijo, fueras acaso uno de estos estudiantes pobres, quisiera consolarte, y decirte que no te dé vergüenza la pobreza; quisiera hacerte comprender que los años de juventud pasados en medio de continuas dificultades tienen gran valor educativo.

Tu compañero rico, que vive en gran abundancia, muchas veces pierde el tiempo en procurarse comodidades, diversiones y distracciones o, en el mejor de los casos, en deportes extremos.

Para el joven rico tener que ir a la escuela no es quizá sino un estorbo de sus distracciones; mientras que para el pobre, el estudio es alivio, gozo, consuelo, esperanza de un porvenir más fructífero.

Conozco a muchos jóvenes a quienes les falta el concepto serio de la vida y el adecuado entusiasmo para el trabajo, debido precisamente al exceso de bienestar. Rodeado de compañeros de la misma índole, gastan el tiempo en continuas travesuras, paseos, bailes o cortejando a las muchachas. Concedo que la gran pobreza causa muchas horas amargas y rompe las alas a muchos talentos; pero no es menos cierto que perecieron más talentos y caracteres por causa de un bienestar excesivo.

El joven lujoso casi no puede proponerse un fin para su trabajo. Mientras que para el pobre, el mundo es como una gran tienda en la que podemos comprar cuanto queramos, mientras paguemos con trabajo los objetos apetecidos. Si después, gracias a sus esfuerzos, llega a crearse, cuando sea ya hombre, una posición desahogada, verá entonces, cuánto se lo debe a las privaciones de su juventud.

El joven acomodado, aunque tenga un alma generosa, lo que alcanza con sus estudios es tan sólo un título; pero el estudiante pobre, gracias a los años difíciles de la juventud, que pasó tiritando de frío y padeciendo hambre, llega a adquirir, precisamente por estos sufrimientos, confianza en su propio valer, fortaleza, presencia de espíritu, decisión de carácter. ¿Quién lo duda? Muchos

talentos perecen en la miseria, pero aún es mayor el número de aquellos que se pierden en la blanda comodidad de las riquezas

“Por el dinero del trabajo los dioses lo venden todo”, dice el antiguo proverbio griego.

Andrés Carnegie, el conocidísimo millonario americano, enumera una larga serie de grandes industriales de su patria que empezaron su carrera como simples obreros, o comerciantes sin dinero: Wanamaker, Claflin, Lord, Field, Barr, Rockefeller, Goudl, Seligman, Wilson,...

Garfield, que más tarde fue Presidente de los Estados Unidos de Norte América, era tan pobre durante su juventud que a los dieciséis años, cuando quiso embarcarse, para pagar el pasaje tuvo que ofrecerse de campesino durante la cosecha del trigo. El hacendado a quien se presentó, lo rechazó diciendo:

- Para este trabajo tan pesado necesitamos hombres y no muchachos.

- Y si el muchacho es capaz de hacer el trabajo de un hombre, ¿No sirve tanto como otro cualquiera? - preguntó Garfield modestamente, pero confiado. Al granjero le gustó la respuesta y contrató al muchacho.

Al día siguiente lo mandó a trabajar con cuatro hombres. Éstos quisieron burlarse de su joven compañero; lo colocaron en medio y, corriendo a toda prisa empezaron a cosechar para cansarlo. Imposible. El nuevo labrador trabajaba tan estupendamente, que los más viejos ya deseaban que llegase el medio día para descansar. Las manos de Garfield se llenaron de ampollas, pero no se quejaba. Después de la comida, pidió a los otros que por favor, lo dejaran guiar el trabajo de la cosecha, para demostrar al dueño que también él era capaz de trabajar como un hombre de tomo y lomo. Pero tuvieron que arrepentirse. Garfield dio una marcha tan precipitada al trabajo, que los trabajadores, que por salvar su honor no podían quedar atrás, cayeron agotados al llegar la noche. Garfield no parecía haberse cansado; y cuando los otros se fueron a descansar, pidió una lamparilla al granjero.

-¿Para qué la quieres? - le preguntó el dueño.

-Quisiera estudiar un poco, porque durante el día no tengo tiempo.

-Pero chico, tú has trabajado hoy por tres hombres, más vale que te acuestes. No me acuerdo bien, ¿cómo te llamas?

-Jaime Abrahán Garfield - contestó el muchacho; tomó la lamparilla, subió a su cuarto y estudió hasta muy avanzada la noche. Y el estudioso pobre llegó a la dignidad de Presidente de los Estados Unidos.

Y aún podría seguir citando ejemplos semejantes, que alientan e infunden confianza.

XXXII.- MUCHACHOS POBRES, HOMBRES GRANDES

Stephenson, el inventor de la máquina de vapor, nació en un miserable cuartucho de minero; su padre era jornalero y debía cuidar la máquina que subía el carbón de piedra desde la mina. Primero empezó el mismo Stephenson a limpiar el carbón de piedra, después le confiaron la conducción de una de las unidades de potencia de la máquina.

Watt, mientras iba meditando sus magníficos inventos, tenía que buscarse el sustento con la fabricación de flautas, órganos y brújulas.

Herschel, el ilustre astrónomo, se ganaba la vida tocando en una orquesta; durante los descansos salía de la sala de baile y observaba los astros con unos anteojos de larga vista, y después tenía que seguir tocando en la orquesta. Músico del montón, descubrió el planeta Urano, y así de una vez se hizo célebre.

Franklin, tuvo que vivir durante mucho tiempo de trabajos de imprenta y de la venta de libros.

Fergussen se sustentaba pintando retratos.

Canova, el escultor insuperable, fue al principio un simple cantero, como su padre y su abuelo, y su talento lo levantó de este sencillo oficio y le dio fama mundial.

Tintoretto, al principio teñía telas y trajes; Caravaggio, era albañil; Giotto, pastor; el padre de Haydn, pobre carretero.

Faraday, el naturalista, era hijo de un herrero, y en su juventud fue aprendiz de encuadernador y practicó este oficio hasta los veintidós años de edad.

¡Qué ejemplos más alentadores, y notables para demostrar que el verdadero talento y la diligencia saltan por encima de los grandes obstáculos, y “se abren camino y tocan el cielo”!

Copérnico era hijo de un panadero polaco; Képler, de un bodeguero alemán; Newton y Laplace eran originarios de una casa de labradores. Si todos ellos no hubiesen tenido que luchar valerosamente contra las duras adversidades de la vida, quizás no habrían desarrollado tanto ni su talento ni su diligencia.

¿Quieres leer otros ejemplos?

El padre de Czuczor ⁽¹⁾ era un pobre vasallo, el de Arany ⁽²⁾ y el de Tompa ⁽³⁾ eran campesinos.

El padre de Vörösmarty ⁽⁴⁾ era un pobre capataz, que murió pronto, dejando muchos huérfanos, y Vörösmarty hubo de ganarse la vida desde los dieciséis años dando lecciones de repaso.

Munkacsy ⁽⁵⁾ empezó su carrera como aprendiz de carpintero; Katona, el autor de *Bánk bán*, ⁽⁶⁾ tuvo que ayudar en casa a su padre tejedor. No conozco la vida de Shakespeare; pero sé que sus padres eran pobres.

Uno de los presidentes de los Estados Unidos de América, Johnson, trabajaba en su juventud en una sastrería; otro presidente, Lincoln, era hijo de un jornalero, y tuvo que ganarse la vida durante diez años como leñador y después como carpintero.

¿Deseas aún más ejemplos?

En ninguna parte se destacan con tanta pujanza y brillantez los verdaderos talentos como en la iglesia católica. Es cosa muy sabida que las más altas dignidades de la jerarquía se conceden muchas veces a hombres de talento, que proceden de familias modestas y pobres.

Martinuzzi ⁽⁷⁾, el célebre cardenal, era hijo de padres pobres, que se vieron obligados a conformarse con que su hijo se ganase la vida como criado encargado de hacer fuego en las chimeneas, y ya pasaba de los dieciséis años de edad cuando empezó a estudiar. Vitéz ⁽⁸⁾, arzobispo de Esztergom, era hijo de un pobre labrador eslovaco. El príncipe-Primado de Hungría, Szalepcsényi ⁽⁹⁾, era tan pobre que Pázmány ⁽¹⁰⁾ hubo de sufragarle los estudios. El padre del Príncipe-Primado húngaro Szcitovsky ⁽¹¹⁾ era modesto maestro, y el de Csernoch ⁽¹²⁾, un simple labrador.

(1) Monje benedictino, poeta épico y lírico (1800-1866)

(2) Poeta de gran talla, digno de fama mundial. Es con Petöfi el más eximio poeta húngaro. Tiene poesías épicas, líricas y baladas de una belleza incomparable (1817-1855)

(3) Poeta de gran relieve. A más de canciones y odas inspiradas, tiene leyendas populares de un sabor peculiar (1817-1868). – (N. del T.)

(4) Poeta lírico y épico; como tal es de los más eximios. Tiene además algunos dramas.

(5) El mayor pintor húngaro. Sus cuadros bíblicos: Cristo ante Pilato, Ecce-Homo..., dieron la vuelta al mundo.

(6) El mejor drama húngaro.

(7) Cardenal húngaro, gran hombre de Estado (1482-1551).

(8) El obispo Juan Vitéz (1408-1472) era el confidente del gran Hunyadi, el caudillo vencedor del poder turco. El obispo influyó mucho en la elección del joven Matías Hunyadi (Matías Corvino) para el trono húngaro.

(9) Jorge Szalepcsényi, Arzobispo de Esztergom (1595-1658). El año 1657 desempeñó el cargo de lugarteniente real de Hungría. Introdujo a los religiosos de San Juan de Dios en Pozsony, a los escolapios en Szent-Gyorgy, a los carmelitas en Buda, a los jesuitas en Szokolca, Locse, Zsolna.

(10) Pedro Pázmány, Arzobispo de Esztergom (1570-1637). Caudillo de la contrarreforma. Fundó la universidad de Pozsony (12 de mayo de 1635). La reina María Teresa trasladó el año 1765 la Universidad a Buda; más tarde la fundación de Pázmány pasó al Danubio y luego estuvo en Pest.

(11) Juan Szcitovsky, Príncipe-Primado de Hungría (1785-1866). Fue uno de los designados por el Papa para colaborar en el estudio de la Concepción Inmaculada.

(12) Cardenal Príncipe-Primado, que coronó a Carlos IV de Hungría. – (N. del T.)

¿Y entre los Papas? Gregorio VII, uno de los más insignes, era hijo de un carpintero; Sixto V, de un pastor.

El padre de Adriano XIV era simple marino, tan pobre que en su casa no había dinero para comprar bujías y su hijo, ¡el futuro Papa!, hubo de aprender sus lecciones a la luz de los faroles de la calle.

¿Cuál era el secreto de estos hombres grandes? ¿Su talento? Tal vez. Pero antes que todo, su voluntad férrea, su perseverancia, su diligencia; y además... sabían aprovechar el tiempo

XXXIII.- ¿CUÁNTO VALE EL TIEMPO?

Los ingleses tienen un refrán cortito, que ya se difundió por todo el mundo: *Time is Money*, "El tiempo es dinero". Pero así sólo no es perfecta la frase. El tiempo es más que el dinero; el tiempo es el paño del que nos hacemos el traje de la vida. Por lo tanto, quien desea lograr algo en la vida, por muy poco que sea, debe saber dar justo valor al tiempo.

El tiempo, en el curso febril de nuestros días, adquiere cada vez más importancia, y sólo en los pueblos pequeños es posible que comprador y comerciante, cliente y empleado, antes de arreglar sus asuntos, se den el lujo de hablar del tiempo, de las cosechas, de la lluvia, y de preguntarse recíprocamente por la salud "de su estimada familia".

En los bazares de países orientales es costumbre todavía, que el tendero, sólo para engañar al comprador, hable tanto, ofrezca insistentemente sus mercancías, haga inclinaciones de cabeza y juramentos: "Me cuesta más a mí", "no puedo darlo más barato" y así sucesivamente, tanto, que durante el mismo tiempo se podrían concertar diez contratos comerciales en forma legal.

Pero en los pueblos de gran adelanto económico no hablan mucho ni el comerciante ni el comprador, ni el cliente ni el empleado. Aún más: con frecuencia se pueden ver colgados en las paredes de las oficinas de Inglaterra y de América, carteles así redactados para indicar a los que vienen con ganas de charlar, que acaben más pronto: *When you have done your business, please trot*. "Se suplica que una vez terminado el negocio, siga su camino".

O también: *We know all about the weather*. "Respecto al tiempo, tenemos todas las informaciones necesarias".

Y: *We have read all papers*. "Sabemos de memoria todas las noticias de los periódicos".

Cuando me detengo en las grandes bibliotecas, ante las largas hileras formadas por las obras de un San Agustín, de un San Buenaventura, de un Santo Tomás de Aquino..., me pongo a pensar: "¿Cómo les bastaba el tiempo

para escribir tantos libros, cuando alguno de ellos murieron relativamente jóvenes y tuvieron múltiples quehaceres además de escribir?

Me detengo, por ejemplo, ante los libros de Santo Tomás de Aquino: 34 grandes volúmenes en papel. ¿Cómo pudo escribir tanto un hombre que en total vivió cincuenta y dos años y además enseñó y predicó mucho? Y hay que tener en cuenta que su producción literaria no consta sólo de novelas, sino que trató de las cuestiones más difíciles de filosofía y teología.

¿Cómo tuvieron tanto tiempo? Sencillamente, no perdían ni un momento de su vida. El que quiera crear algo grande, ha de reconcentrar sus fuerzas hasta en las cosas pequeñas.

Un secreto tenían estos hombres: sabían aprovechar bien el tiempo. La hora se compone de minutos y quien salva minutos, salva horas y días enteros. *Tempus omnia fert, sed et aufert omnia tempus.* “El tiempo todo lo trae; pero también todo se lo lleva”.

Aprovechar bien todos los minutos, ¡qué ciencia! Tenía razón aquel monje antiguo, que puso esta amonestadora inscripción sobre el reloj de arena del claustro de Hamersleben:

*Praeteritum effluxit, nondum venere futura;
Praesens in puncto vertitur, illud habe;
Punctum illud praesentis habes, recte utere; merces Viruti, vitio poena superstes
erit.*

“Desapareció el pasado, no llegó aún el futuro;

ahora cae el presente, tenlo;

tienes a la mano el presente, úsalo bien; quedará para la virtud, premio;
castigo para el vicio”.

Y puedes observar lo contrario: justamente los que nada tienen que hacer, suelen ser los que “no tienen tiempo” para el trabajo. El estudiante perezoso dilata sus deberes para el último día, y aun más, para el último minuto de este día, y escribe por la noche el tema que debe presentar al día siguiente.

Fíjate, ¿quiénes son los que más trabajan por el bien común, por la humanidad; quiénes los que escriben las mejores obras científicas? ¿Quizás aquéllos que gozan de situación desahogada? Regularmente, no; sino precisamente aquéllos que se ven obligados a trabajar desde la mañana hasta la noche. Realmente, el tiempo tiene un valor inmenso.

XXXIV.- VEINTE MINUTOS = 12 MILLONES DE DÓLARES

¿Quieres saber cuánto vale efectivamente el tiempo? Pues bien: veinte minutos valen 12.000.000 de dólares. Pero, ¿cómo es esto? Entre Nueva York y Búfalo el tren, al principio, daba la vuelta a un valle profundo, al valle Tuckhannock. Más tarde los americanos construyeron sobre el precipicio un viaducto que les costó 12.000.000 de dólares, así el recorrido del tren dura veinte minutos menos. Por veinte minutos dieron, pues, 12.000.000 de dólares.

Encierra gran verdad la frase, aunque la diga Mefistófeles en el Fausto: "Aprovechad el tiempo, que vuela tan aprisa; el orden os enseña a ganar tiempo".

Tiene especial importancia aprovechar bien el tiempo de la juventud para trabajar, para estudiar. Esta edad es la época en que se acumulan el capital espiritual y la ciencia; es la preparación para la vida. Más tarde habrás de vivir del tesoro espiritual que hayas formado cuando eras joven.

Las sociedades de seguros de vida, mediante una pequeña cantidad que se paga anualmente, se comprometen a hacer un seguro para la vejez de los jóvenes que aún no han cumplido veinte años; es que saben muy bien que el capital, aun modesto, formado en la juventud, llega a dar grandes intereses durante el curso de la vida.

La misma regla rige para el capital espiritual que formamos en la juventud. Quien aprende, por ejemplo, a los cuarenta años de edad el alemán, lo aprovechará, según los cálculos humanos, unos treinta años; en cambio, quien lo aprendió a los veinte años, disfrutará de su saber durante mucho más tiempo. Por lo tanto, no sólo lo aprovechará durante doble tiempo, sino precisamente cuando deba escoger una carrera; de esta forma, tiene abiertas muchas más posibilidades para crearse una posición en la vida. Hijo mío, depende de ti el capital que formes para ti mismo. Todo saber, adquirido en la juventud, es un capital excelente, que dará abundantes intereses en el curso de la vida.

La economía del mismo organismo humano lo exige también. Más tarde, en edad más avanzada, no hacemos gimnasia como en nuestra juventud; el organismo desarrollado no la necesita ya.

Tampoco podemos aprender ya más tarde, como en la juventud, edad del vigor espiritual. Quien no ha podido terminar sus estudios a los veinticuatro o veinticinco años de edad, es muy probable que ya no los termine nunca; la capacidad de aprender baja sensiblemente alrededor de los veinticinco años; después la mente quiere producir más bien que recibir. Por lo tanto, lo que no haya aprendido el hombre antes de los veinticinco años con conciencia y perfección, más tarde le costará mucho aprenderlo bien.

No es necesario subrayar que no intento que nadie se ponga enfermo de tanto trabajar. Sí; también necesitamos el descanso, el reposo; pero hagámoslo a su debido tiempo.

No quieras mezclar trabajo y diversiones, porque sería en perjuicio de ambos. Sea tu consigna: al trabajar, trabaja con todo el fervor de tu alma. Al descansar, ríete con toda el alma y disfruta de las alegrías puras de la vida; no tienes que pensar siquiera en el trabajo. Pero nunca debes dejar pasar el tiempo tan valioso con sueños vanos, sin hacer nada.

XXXV.- "TRANSEUNT ET IMPUTANTUR"

Gustaban los antiguos de escribir sabias sentencias en los grandes relojes, para recordar cómo vuela el tiempo. En uno leemos esta inscripción: *Transeunt et imputantur*; su significado viene a ser algo así: "Vuela un minuto detrás del otro, pero has de rendir cuenta de cada uno de ellos". ¿No ves que las horas fugitivas, los minutos que corren con pie veloz, van huyendo sin contarlos? ¿No sientes su soplo en el rostro?

Transeunt et imputantur. No estaría de más que muchos jóvenes tomasen nota de esta sentencia. Porque los hay que llevan a hacer de la inactividad un verdadero arte y no saben que precisamente en la juventud apremia más el trabajo, porque en esta edad se ha de hacer la cosecha para toda la vida.

Hay una época en la vida del joven, en que fácilmente se torna soñador. Hace poesías a la luna, teje de continuo la novela de su porvenir, su fantasía le pinta escenas llenas de color; y, con todo, abandona el trabajo. Claro está que para el trabajo se necesitaría más fuerza de voluntad que para las novelas esbozadas por la fantasía. Estos jóvenes van urdiendo semanas y semanas el tema de alguna de sus novelas predilectas y la manera cómo ellos acabarían. En voz baja dirigen palabras de ternura a sus héroes; y, mientras tanto, vuela el tiempo. "El soñar es la ruina de la vida" (Vörösmarty).

No nos sorprende que cueste a estos muchachos bajar del mundo sentimental al círculo común y serio del trabajo y del cumplimiento del deber. Y si se ven obligados a trabajar, lo hacen de mala gana y sin entusiasmo. El aviso se dirige, pues, de una manera especial a éstos: *Transeunt et imputantur*.

XXXVI.- CUANDO EL PASADO SE TRANSFORMA EN PRESENTE

¿Por qué no debe derrochar el tiempo en actividades o diversiones infructuosas? Porque el tiempo y tu vida terrena no son tuyos. Sólo los has recibido prestados y un día habrás de rendir cuentas de ellos.

¿Cuándo? No lo sabes. Lo que sabes es que la muerte puede llegar en cualquier momento. Entonces Dios sacará tu gran libro de cuentas, y el breve minuto que ha sido tu paso por la vida se transformará de nuevo en presente; por lo tanto, prepárate a rendir cuentas en cualquier instante. De vez en cuando debes pensar en este gran día de la cuenta.

“¡Aún está tan lejos!” – dices. Y, ¿está aún lejos? ¿Quién lo sabe? El anciano tiene que morir, pero el joven *puede morir*. He visto morir muchachos de doce, quince, dieciocho, veinte años.

Se me ocurre un pensamiento interesante. Si un médico sabio te auscultara, te examinase parte por parte, y después pronunciara la sentencia de que sólo te quedaban ocho días de vida, dime, ¿qué harías? ¿Cómo aprovecharías esa semana? ¿No habrías de rectificar aún muchas cosas? ¿No habrías de pedir perdón a muchos? ¿Quitar muchos defectos de tu alma? ¿Lavar muchos pecados?

Creo que no encontraríamos a nadie, quien quiera que fuese, que no aprovechara mejor estos ocho días, que cualquiera otra semana de toda su vida anterior. Y sin embargo, la experiencia da demasiada razón al proverbio alemán: *Heute rot, morgen tot*. “Hoy todavía las rosas de la vida; mañana la muerte”.

Lee cómo Miguel Ángel, el célebre artista de siglo XVI, quien creó sin embargo obras maestras de una belleza insuperable, se queja, en su edad ya avanzada, del tiempo que había perdido:

“¡Ay, ay de mí! ¡Cómo me engañaron
los días fugaces! Y el espejo
dice la verdad, sin ambages,
a quien le mira en la cara.

A quien siempre titubea y queda indeciso
le sucederá lo que a mí;
me pasó el tiempo sin notarlo,
y en breve me veré lleno de canas.

El pensar ya es infructuoso; fracasa
la buena intención y el consejo: pisando mis talones viene la muerte.

En vano me torturo como si fuese mi propio enemigo;
y vierto lágrimas,
no hay mal peor que el tiempo perdido”.

Vulnerant omnes, ultima neeat. “Todas las horas te hieren, la última te mata”, leemos en un reloj antiguo. Medita cuán breve es en realidad la vida humana. Generalmente suelen contarse treinta años para una generación. Una gotita en el gran océano del tiempo. Antiguamente, muchos niños morían antes de los siete años; otros no alcanzaban los diecisiete; entre diez hombres, uno cumplía los sesenta, y de cada 500, uno los ochenta. Diariamente morían en el mundo, prescindiendo de guerras, unos 150.000, poco más o menos; lo que significaba una mortalidad de 6.250 hombres por hora, y de cada unos 100 por minuto. Medita con seriedad: hoy, a cada momento, de día y de noche, mueren millares de personas. Así veras cuán corta es la vida. ¿Te es lícito, pues, pasarla en un *dolce far niente?* (“El dulce hacer nada”)

Aprovecha el tiempo cuanto puedas. ¡Con qué triste acento vibran las palabras del sabio Séneca: “Los hombres suelen pasar la mayor parte de su vida haciendo el mal, una gran parte no haciendo nada, y toda la vida en no hacer lo que deberían!” Vivirá sabiamente quien siempre medita que la vida es una continua agonía. ¡Qué serio pensamiento! En vano harías retroceder la manecilla que señala el tiempo; también la muerte le da cuerda al reloj, pero con más fuerza..., y vuela... vuela sin cesar el tiempo de veloces alas. Lo que hemos vivido hasta el momento presente de nuestra vida, ya pertenece a la muerte. ¿Cuántos años tienes, hijo mío? ¿Dieciséis? ¿Ves? Ya has dado dieciséis años a la muerte. Y, ¿cuántos te quedan todavía? ¿Quién podrá decirlo, sino el Omnipotente? Por lo tanto agarra firmemente cada hora.

El pasado ya se te escapó, el futuro *aún* no es tuyo; no tienes más que el momento presente; aprovéchalo, pues. Aun depende de ti, que en tu vejez puedas recordar con alegría los años de la juventud, pasados en una labor honrada.

Los jóvenes malgastan muchas veces su tiempo. “Tenemos bastante” – dicen. Cuando piensas en las grandes posibilidades de la vida que los espera, se embriagan, se vuelven despreocupados, ligeros, como quien ve por primera vez el mar intenso. Pero, ¡ay! Todos los océanos tienen orillas; y, por muy joven que seas, tampoco es inagotable el mar de tu existencia.

El hombre sabe medir en la actualidad la velocidad de los átomos en los colores, es decir cien y cien billones de vibraciones por momentos, pero no sabe

medir el *propio tiempo*, porque éste tiene aun movimientos más rápidos. “¡Pero hay ahora relojes tan perfectos!” – dirá alguien. No; el tiempo no se puede medir ni con el reloj más perfecto; lo que éste hará ver, es la fugacidad del tiempo.

XXXVII.- NON NUMERANTUR

En rigor a la verdad, lo único que en el tiempo podemos llamar nuestro, es el instante presente; aprovechémoslo, pues, cuanto mejor podamos.

Los relojes nos engañan; cuentan el tiempo siempre desde un principio muy cercano a nosotros y nos hacen olvidar que el tiempo pasado nunca vuelve. Podría suceder que un solo segundo, que no has aprovechado bien, tenga influencia decisiva para toda tu vida. El tren local lleva un momento de retraso, y este momento puede ser causa de que tú pierdas el enlace y no llegues a tomar el expreso.

“Mi señor pierde cada mañana una hora, y después ya no la encuentra en todo el día”, - dijo agudamente un criado, de su dueño que estaba desmerezándose largo rato en la cama todas las mañanas.

“Vivió veinte años” - leí en la tumba de un joven. “Qué poco tiempo vivió” - dice alguien a mi lado. ¿Poco tiempo? ¡Oh, no! Si es que de veras “vivió veinte años”, es decir, si encaminó su vida según la voluntad divina y aprovechó bien todos los momentos, así ha podido vivir mucho en pocos años. *Non numerantur, sed ponderantur*; Dios no cuenta los años, sino que los pone en la balanza.

“¿Cuál es el secreto de la vida larga?” “¿Cómo se puede tener una vida larga?” Libros que llevan éstos o semejantes títulos suelen ser leídos con afán por los hombres. Sí; es un empeño muy respetable querer alargar nuestra vida terrena. Tú también debes hacer lo posible por cuidar tu salud. Pero nunca debes olvidar una cosa: la vida terrena más larga muy pronto toca su fin; por lo tanto, el que obra más sabiamente es aquel que mediante una vida honrada, va adquiriendo derechos para la vida eterna, para la eterna felicidad.

Quien no pierde de vista que todo perece acá abajo, no será insensato, no malgastará su vida.

Quien piensa en la muerte, logrará cada día mayor madurez.

Ante la descarada mueca de la muerte se desvanecen toda vanidad, todo deseo, toda preocupación mínima, efímera.

El pensamiento de la muerte ¡enfría tan aprisa el ardor de nuestra sangre!; soltamos de la mano la pluma, enjugando nuestra frente, donde corre el sudor, y nos preguntamos: “¡Dios mío! En fin de cuentas, ¿para qué sirve todo este vaivén, las penas, las fatigas, cuando nos espera la tumba?” Resuena entonces,

llena de consuelos, la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, que nos muestra la vida eterna más allá de la tumba. Pero el pensamiento de la muerte no paraliza el recto trabajo de la vida. *Vivit christianus ut aliquando moriturus, moritur ut Semper victurus*. “Vive el cristiano como quien un día morirá; muere, como quien vencerá siempre”. Quien busca vida más allá de la tumba, mirará sin pavor la cara de la muerte, porque sabe que “aunque todo perezca, el valor de la vida virtuosa permanece siempre”, *omnia cum pereunt, est virtus sola perennis*.

Apenas empieza la vida eterna a despedir sus rayos, ¡en qué nueva luz ve el agonizante toda la vida terrena! ¡Ah! Ojalá nadie tuviese que pronunciar con labios moribundos, aquella terrible frase: “¡He vivido en vano! ¡En vano! No he hecho sino perseguir continuamente vanidades efímeras, y ahora he de presentarme con las manos vacías ante el Juez justiciero”.

Muchos hombres tuvieron que llorar así su vida en los últimos momentos y maldijeron las ligerezas de su juventud; pero ni uno he visto que en semejante trance se haya arrepentido de haber sido hijo obediente, fervoroso, del Dios Creador.

XXXVIII.- ARS LONGA, VITA BREVIS

No todos los proverbios suelen ser gráficos; pero esta sentencia de los antiguos: *ars longa, vita brevis*, “es largo el arte, hay mucho que aprender, y la vida es corta”, encierra sin duda una gran verdad. Aun, cada día parece más exacta porque, aunque la duración de la vida humana en general no se acorta visiblemente, sin embargo, el dominio de la inteligencia, la ensancha día a día en proporciones gigantescas. Cada vez hay más conocimientos, para cuya conquista no basta el corto tiempo de la vida terrena.

“Pero ya que son tantas las cosas que no podemos aprender, lo más discreto será no aprender nada” – dice con alegría Juanito Perezoso.

Poco a poco. Todo lo contrario. Justamente, porque hay un tesoro inconmensurable esperando que lo saques de la mina, es necesario que manejes con habilidad y prudencia el tiempo y aproveches todos los minutos. Puede todavía hacer mucho durante los años de la vida terrena, al parecer cortos, quien sabe administrar bien el tiempo.

Piensa cuántos cuartos de hora, cuántos “diez minutos” se desperdician porque los hombres exclaman: “¡Ah!”, no vale la pena empezar algo para unos minutos”. Sin embargo, si empezaran algo, cuántas horas, cuántos días y hasta cuántas semanas preciosas adquirirían en el curso de un solo año. Y, ¿qué decir entonces de una vida entera? En cambio, así consienten que se sumerjan estos cuartos de hora en el océano sin orillas de la eternidad. Nadie sabe de cuánto

tiempo dispone aquí abajo; este pensamiento ha de incitarnos a aprovechar bien el tiempo.

El que aprovecha bien su tiempo, nunca dirá que ya no vale la pena empezar nada el cuarto de hora que le queda. Tiene razón Goethe: "Mejor es hacer la cosa más insignificante del mundo, que despreciar las migajas del tiempo".

He leído de un escritor, a quien su esposa servía el desayuno siempre con un cuarto de hora de retraso, y él escribió durante estos cuartos de hora uno de sus libros.

"El tiempo es dinero". Con poco dinero, realmente nada podemos empezar; pero no por esto vamos a tirarlo; podemos ponerlo en un banco. Las fracciones del tiempo que nos quedan, lejos de malgastarlas, las debemos aprovechar. Naturalmente, para aprovechar los trocitos más diminutos, las migajas del tiempo, se necesita una voluntad fuerte. Y está claro que tampoco se necesita una voluntad fuerte para que un estudiante se decida en el mes de septiembre "a ser por fin un muchacho de veras activo"... desde el próximo año.

Aprovecha, pues, todos los ratitos. Inviértelos, por ejemplo, en el estudio de idiomas, y verás cómo, estudiando sólo un cuarto de hora diariamente, al cabo de pocos meses ya habrás adelantado bastante.

Fácilmente puedes hacer durante estos breves intervalos de tiempo, un trabajo que no requiere una atención muy intensa y para el cual no necesitas preparar tu mente con un ejercicio previo, como por ejemplo, puedes escribir cartas, poner en limpio el borrador, ordenar tus apuntes, etc.

Los estudiantes de las grandes capitales, que tienen que viajar mucho en bus, ganarían mucho tiempo leyendo alguna obra fácil. Aun más: a quien no le estorba la calle, puede aprovechar su tiempo en una ocupación aún más seria. Veo muchas veces a jóvenes, estudiantes de Universidad, que en el bus, estudian anatomía, vocabulario inglés o matemáticas. ¡Muy bien! Así, podemos salvar muchos cuartos de horas que de otra manera se perderían.

XXXIX.- "QUIETI, NON OTIO"

Naturalmente, también es necesario que descanses, que rehagas tus fuerzas y que suspendas un poco el trabajo. El arco siempre tendido pierde su elasticidad, su fuerza de tensión. Pero el descanso debe ser acumulación de fuerzas y no tiempo perdido por pereza. *Sólo descansa quien antes trabajó. Quien "descansa" sin trabajo previo, pierde el día.*

Los romanos solían poner esta inscripción a la entrada de su finca veraniega: *Quieti, non otio*. "Para el descanso, no para el ocio". Era un lema sabio. El descanso y la pereza son conceptos que se excluyen. Por lo tanto, el descanso nunca debe ser para ti una inactividad completa. Siempre tienes que buscar algún quehacer, sea cual fuese. No quiero decirte con esto que no interrumpas el estudio; pero busca otra cosa en qué ocuparte.

No te censuro si durante las vacaciones de verano dejas en paz el álgebra y la trigonometría y concedes un rato de sueño al buen viejo Tucídides, a Eurípides, a Tácito y a Salustio. Pero..., como dice un poeta alemán: "Se puede hacer algo en el descanso, y se puede descansar algo en el trabajo". (Longau).

Aunque no vivas en una hermosa región montañosa, esto no impide que hagas excursiones agradables, que no sólo darán vigor a tu salud corporal, sino que brindarán aire fresco a tu alma. Si estás en un grupo de scouts que tiene buen jefe (acentúo: que tiene *buen jefe*), entonces el campamento de vacaciones te ayudará a pasar de una manera incomparablemente valiosa una parte de tu tiempo. Dedícate a algún trabajo manual que da habilidad. Por lo mismo, paseos, excursiones, trabajos manuales, lectura, deportes: todo esto es excelente descanso para las vacaciones.

Haz cualquier cosa con tal que *no te aburras*.

Ahora, quiero hacerte ver una verdad interesante: el aburrimiento no es tan sólo un peligro para el alma, sino también para el cuerpo; la inactividad socava la salud más que el trabajo; por lo tanto el que se aburre acorta su vida. Nunca lo habrías pensado, ¿verdad?

"Pero con la inactividad vamos ahorrando fuerzas" – dices. Pues, escucha con atención. El que se aburre, empieza a bostezar. ¿Cuándo bosteza el hombre? Cuando la sangre no encuentra camino libre para llegar a los pulmones. Debido al tedio, el corazón y las venas no saben trabajar debidamente. Si la inactividad dura mucho tiempo, sobrevendrán desórdenes en la circulación de la sangre; los órganos de la digestión también perderán el vigor de su actividad; debido a todo esto, notaremos un estado de agotamiento, de anemia; en una palabra, nuestra vida acostumbrada se trastorna.

Observa también, ¿cuándo cometen los hombres más maldades, crímenes, asesinatos, riñas? Cuando están ociosos, y no durante el trabajo.

Tú también has podido experimentar en ti mismo que durante el curso, cuando estás abrumado de trabajo, te resulta mucho más fácil guardar tu alma de los malos pensamientos y del pecado, que durante las vacaciones, en que no tienes urgentes quehaceres. La lengua alemana tiene la misma palabra, *faul*, para las expresiones “perezoso” y “podrido”. Como si dijera: el alma de quien pasa su tiempo en la vagancia, no deja de podrirse sin remedio. *Never to be doing nothing*, fu la magnífica divisa de Walter Scott: “No estar jamás ocioso”.

Todos los estudiantes esperan rebotando de alegría, las largas vacaciones de verano, y bien las merecen los que han trabajado seriamente todo el año. Después de tanto estudiar, bien está soltar los libros, dormir algo más; pero nunca está bien pasar el rato en la cama despierto, entregado a la pereza. Porque sólo el cuerpo puede abandonarse a la pereza; el espíritu trabaja continuamente, concibe nuevas ideas; y si no da buen grano, dará espinas, malas hierbas y maleza de todo tipo.

El espíritu humano trabaja continuamente, como el molino: si echas en él buen grano, le convierte en blanca harina; si no le das alimento, si estás ocioso, se muele a sí mismo.

No olvides nunca el excelente consejo que San Jerónimo dio al joven Nepociano: *Semper te diabolus occupatum inveniat*, “el espíritu del mal ha de encontrarte siempre trabajando”, y entonces no tienes de qué temer.

Aunque no crezca en el jardín más que un ligero césped, ya es más difícil que cardos y malas hierbas echen allí raigambre, en el barbecho. Por lo tanto, si no haces absolutamente nada en las vacaciones, las malas hierbas y la perdición se adueñarán de tu alma.

Las vacaciones ofrecen ocasión excelente para la lectura. Lo que tengo aconsejado respecto a la lectura en mi libro *El joven de porvenir*, nunca podrás cumplirlo con más facilidad que en los días de vacaciones.

Las vacaciones son además, una gran prueba, porque atraviesa tu religiosidad. Entonces es cuando se hace patente hasta qué punto es sólida la religiosidad de tu alma. Durante el año, de buen grado o mal que te pese, debes asistir a la misa de los estudiantes, debes confesarte en los días señalados, etc. En cambio, ahora nadie te apremia, nadie te vigila. Pero si descuidas estas obligaciones, ¡no eres joven de carácter!

Ve entonces, qué tiempo más útil el de las vacaciones, aunque al parecer no estudies nada. Sólo en apariencia. En otoño parece que los árboles no trabajan, y es que reúnen fuerzas para sacar las hojas en primavera. Las vacaciones son también una especie de acumulación de fuerzas para los brotes tiernos del trabajo en el próximo curso.

XL.- ¿QUÉ ES LO MÁS DIFÍCIL EN EL MUNDO?

Sonreímos cuando viene a caer en nuestras manos un mapa de los antiguos. Entonces había, naturalmente, grandes continentes desconocidos, sin explorar. En estas grandes zonas, los dibujantes de mapas, con una tranquilidad fantástica, escribían tan sólo lo siguiente: *Hic sunt leones*. “Aquí vienen los leones”.

Sí, sí; hay muchos estudiantes, que saben enumerar muy bien los metales nobles que se encuentran en las minas de los Montes Rocallosos, las fieras que viven en las selvas del Congo; pero apenas conocen el valor escondido en su alma ni tienen idea de las pasiones que se desencadenan en su interior.

El pagano Pitágoras encargó con solicitud a sus discípulos, que dos veces al día, en la mañana y en la tarde, se dirigieran estas tres preguntas: “¿Qué he comido? ¿Cómo he comido? ¿He cumplido todo lo que había que hacer?”

Sestió se hacía las siguientes preguntas cada noche: “¿Qué debilidades he curado en mí mismo? ¿Qué defectos he vencido? ¿En qué me he corregido hoy?”

El pagano Séneca escribe: “Tengo el hábito de examinarme cada día. Por la noche, al apagar las luces, repaso el día, y pongo en la balanza todas mis palabras y todas mis obras”.

Sólo quien se conoce puede mandarse a sí mismo y ser dueño de sí. El conductor, sólo domina la locomotora si la conoce hasta el último tornillo, si sabe qué presión resiste la caldera, cómo han de manejarse las válvulas, etc.

Pero, ¿sabes por qué no les gusta a los hombres hacer una inspección en su propia alma? Temen el espectáculo de la cantidad de sus defectos, debilidades, egoísmos y desamores. Quizás tú también te hayas encontrado ya en caso semejante. Hiciste, hablaste cosas, por las cuales los hombres te alabaron; sin embargo, si hubieras pensado sinceramente, habrías visto que esto lo dijiste por vanidad; aquello lo hiciste por egoísmo u obstinación.

Quien no conoce su propia alma, culpa con facilidad a los otros. “¡En vano; no tengo suerte!” – dice un joven después de “la suspensión”; sin embargo, si hablara con sinceridad, diría: “No tengo aplicación”. “En casa siempre me hacen rabiar” – dice otro. Tendría que decir: “Otra vez no seré tan insoportable y caprichoso”. No en vano estaba escrito sobre el templo de Delfos: “Conócete a ti mismo”.

Preguntaron a un sabio griego, Tales, cuál era la cosa más difícil en el mundo. El sabio contestó: “La cosa más difícil es conocernos a nosotros mismos; la más fácil es hablar mal de los demás”.

Conocerte a ti mismo es deber difícil, pero inevitable. Pregúntate a menudo: ¿Cómo es en realidad mi temperamento?

¿Qué deseos, qué fuerza, qué anhelos hay en mí?

A los otros les gusta tal libro, tal canto, tal música y, ¿a mí? ¿Lo suave o lo enérgico? ¿Lo serio o lo alegre?

Los otros son así en sociedad; yo, ¿cómo soy? ¿Tímido? ¿Inhábil?

¿Cuáles son mis ocupaciones favoritas? ¿Merece la pena gastar en ellas tanto tiempo, y quizás dinero?

¿Para qué me creó Dios? Él a cada uno le señala un fin; ¿qué fin me señaló a mí?

¿Qué fuerza especial, qué inclinaciones puso en mí?

¿Qué es lo que más me gusta?

¿Qué es lo que siempre me sale mejor?

¿Qué virtudes, qué cualidades buenas tengo? ¿Son tan pocas? Y, ¿no dependen de mí que se acrecienten?

¿Cuántos defectos tengo? ¿Tantos? Y de mí dependen que disminuyan...

Dime a quién admiras, quién es el que más te entusiasma, y yo te diré quién eres.

Si admiras al rico, eres un hombre de pensar materialista.

Si quieres codearte continuamente con los poderosos y ellos te entusiasman, eres ambicioso.

Si tu ideal es el hombre honrado, el hombre de carácter, tú también lo eres.

Así veras que el joven que con frecuencia se hace semejantes preguntas en sus adentros, poco a poco, por un lento trabajo de años, llegará a conocerse, y después de la secundaria, no le costará mucho escoger con acierto la carrera que le convenga.

XLI.- ALL RIGHT?

En los grandes trasatlánticos, hacia el atardecer, cuando los viajeros se retiran a descansar, un marino de vista aguda sube a la plataforma del mástil, y después de recorrer con mirada escudriñadora la vasta llanura de las aguas, con voz lenta, prolongada, grita: *All right!* "Todo está en orden", podéis ir a descansar tranquilamente. Tú también, hijo mío, dedica unos momentos cada noche a echar una mirada escudriñadora en tu conciencia.

Todos los instrumentos, en que queremos acumular electricidad, antes hemos de aislarlos; de otra manera se escapa la corriente. Aísla también el alma de las olas tumultuosas que se agitan por doquier en el mundo, y cada noche dedica un rato a la meditación; ilumina tu alma. Donde no penetran los rayos del sol, allí se crían hongos venenosos y bichos de toda clase.

Antes de acostarte haz una pausa en el rezo de la noche, recorre con el pensamiento el día y pregúntate: *All right?* ¿Está todo en orden?

¿Qué he hecho hoy?

¿Qué he omitido de lo que debía hacer?

¿Lo he hecho todo bien?

Y si has faltado en esto o en aquello, has sido negligente o has pecado, levanta entonces tus ojos a Jesús sacrificado y di: “Señor, he pecado. Perdóname. Mañana será otro día”.

Benjamín Franklin, el hijo ilustre de Norte América, el inventor del pararrayos, procuraba con seriedad extirpar el más leve defecto de su alma. Bien sabía qué poderío tienen aun las cosas menudas sobre nosotros, y por esto hizo un tablero especial, en donde llevar cuenta cada noche de las obras que había hecho durante el día; se alegraba de sus victorias y deploraba sus defectos. Resumió en trece puntos las virtudes, que examinaba cada noche. Eran: moderación, silencio (evitar las palabras ociosas), orden, decisión, economía, diligencia, sinceridad, justicia, sobriedad, pureza, tranquilidad de espíritu, honradez, humildad.

“He anhelado vivir - escribe de sí mismo - de manera que no cometa pecado alguno; me he propuesto luchar contra toda mezquindad... Porque sabía, o por lo menos creía saber, lo que es bueno y lo que es malo, no era capaz de comprender por qué no podía obrar bien y evitar el mal

Era muy severo para consigo mismo; anotaba cada día en su tablero con unas crucecitas si pecó contra alguna de las virtudes. El balance de una semana, por ejemplo, era como sigue:

	Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
Moderación.....							
Silencio.....	+	+			+		
Orden.....	++	+	+		+	+	+
Decisión.....					+	+	
Economía.....	+					+	
Diligencia.....			+				
Etc.....							

¿No podrías tú también durante algunos años poner en práctica este modo excelente de propia formación reflexiva? Si acaso encontraras difícil esta vigilancia mediante el tablero, por lo menos nunca omitas el *examen de conciencia unido a la oración de la noche*.

En el entierro de los Presidentes de los Estados Unidos de América, todo se suspende durante cinco minutos. Cierran las tiendas llenas de movimiento, los trenes rápidos se paran en plena vía, los hombres en las calle se detienen... Todo queda envuelto en el silencio durante cinco minutos, para recordar el gran acontecimiento.

Y en la educación de tu propia alma, ¿no es bastante deber para imponer algunos minutos de silencio cada noche? Apártate del mundo exterior y haz serio examen de conciencia.

Ni qué decir tiene que debes ser inexorablemente sincero contigo mismo; a nadie podemos engañar tan fácilmente como a nosotros. ¿Qué es lo que verás en el fondo de tu alma?

Muchas veces cosas extrañas. Si te atreves a ser sincero contigo mismo, en más de una ocasión deberás hablar como habló Franklin después de un serio examen de conciencia: "Vi espantado, que tengo muchos más defectos de lo que me creía; pero por lo menos tuve la satisfacción de ver que van disminuyendo. Muchas veces me sentí tentado de dejar la cosa (el examen de conciencia); me hacía el efecto como si esta puntualidad concienzuda que exigía de mí mismo, fuese meticulosidad excesiva en cosas morales. No obstante, proseguí el ejercicio. Y aunque nunca haya llegado a la perfección completa que con ardor anhelaba, y de qué tan lejos me quedaba, no obstante me sirvió este empeño para ser un hombre mejor y más feliz de lo que hubiera sido sin él".

Tú también notarás en ti mismo, por ejemplo, que debido a tu temperamento, te enfadas demasiado aprisa, o que te inclinas a la pereza, a reírte de los demás, etc. Pues no te tranquilices como tantos otros, diciendo: "Soy así; es mi temperamento. No hay manera de cambiarlo".

¡Poco a poco! Precisamente aquí empieza el trabajo de la educación. Concedemos que no se puede suprimir la naturaleza, mutilarla con violencia; pero sí se la puede ennoblecer, levantar, es decir, se la puede educar. Podemos ejercitarnos en virtudes que se oponen a nuestros defectos y así poner orden en nuestras inclinaciones instintivas y desordenadas.

Sigue cierto orden en la educación de tu alma: en primer lugar, lucha contra las faltas que con libre albedrío y con la mente clara, contra la fuerte protesta de tu conciencia, sueles cometer. Si has puesto orden en ellas, lucha contra las precipitaciones y los descuidos más pequeños; y si has alcanzado victoria aun en este terreno, entonces aplícate a vencer las debilidades más insignificantes.

Si no sabes dominarte, no eres aún de carácter acabado. Es superfluo hacer constar que el primer requisito del dominio de sí mismo, es el conocimiento propio. ¿Qué tensión soporta la caldera? ¿Cuánto combustible necesita? ¿Qué válvula debe usarse con más frecuencia? ¿Hasta qué grado está deteriorada la máquina? ¿Dónde hay que ponerle más aceite?

¿Verdad, que a estas preguntas sólo sabrá contestar el maquinista que conoce a fondo su máquina?

Te aconsejo, pues, encarecidamente, que no busques respuesta tan sólo a esta pregunta: “¿Qué pecados he cometido hoy?”. Gracias a Dios, muchos jóvenes viven meses y meses sin ningún pecado grave. Hazte también preguntas de este género.

¿Cómo he podido ser tan cobarde, que por miedo a una sonrisa irónica, haya negado este o aquel noble principio?

¿Cómo he podido ser tan rudo, que por respeto humano haya hablado de una manera ofensiva de mi amigo?

¿Qué obras buenas, que he dejado de practicar, hubiera podido hacer hoy?

¿En qué hubiera podido ser más noble, más cortés, más puntual, más abnegado, más comprensivo?

¿He hecho algo para ensanchar el reino de Dios, sea en mi propia alma, sea en la de otros?

Y así sucesivamente. En muchas de estas cosas ni siquiera suele haber pecado; pero cabe muy bien la imperfección que puede destruir la armonía de tu alma.

No temas bajar al fondo de tu espíritu, aunque tuvieras que descubrir en sus profundidades un montón pululante de gusanos asquerosos. Cuantas más veces les dirijas el reflector del examen de conciencia, tanto más aprisa perecerán.

El buen examen de conciencia diario no consiste, pues, tan sólo en sacar cuentas sobre las obras del día, sino en procurar descubrir *la raíz* de cada falta. No sólo determino el mal, sino procuro dar también respuesta a esta pregunta: ¿Cuál ha podido ser la causa de que en este caso haya negado mis rectos principios? Hay que encontrar las raíces y destruirlas.

Y en estas ocasiones descubrirás cosas interesantes.

“¡Hoy me he enfadado tantas veces!”. ¿Por qué? “Una vez, porque no me gustaba algo en la comida y tuve que comerlo a pesar de todo; después, me interrumpieron el juego de la tarde obligándome a estudiar; tampoco he hallado el diccionario y en vano he revuelto todos mis libros buscándolo”.

¿De qué te arrepentirás en esta ocasión?

Y, ¿qué es lo que te propondrás? Ir con cuidado, pero, ¿en qué cosas? ¿En el enfado? No. Sino en no ser demasiado *comodón y dado a regalo*. Esta es la raíz del defecto, la que se debe extirpar.

“Hoy me he enfadado muchas veces”. ¿Por qué? “Un compañero reveló en casa que he dicho muy mal la lección de álgebra; y en la calle ha empezado a burlarse”. ¿De qué tienes que arrepentirte? ¿Del enfado? No. Sino de ser demasiado *perezoso y egoísta*.

Y así sucesivamente con todos tus defectos. Trata siempre de descubrir la causa, la raíz del mal.

Para algunos jóvenes la dificultad consiste en que el desarrollo del carácter no se hace en un día. Estaríamos dispuestos a resolver en un arranque generoso: “¡De hoy en adelante quiero ser joven de carácter!”. Pero no quieren comprometerse al trabajo minucioso, pequeño, continuo, que se necesita para formar el carácter.

Sin embargo, en esto de nada sirve la decisión amplia; aquí sólo cuentan las pequeñas victorias de cada día.

Tu examen de conciencia será aún más provechoso, si después de descubrir la raíz de tus faltas, escoges tu defecto dominante y luchas principalmente contra él, durante algunos meses.

Importa saber: ¿cuál es tu defecto dominante?

¿Recuerdas qué gritó Goliat al campamento hebreo? *Escoged entre vosotros alguno que salga a combatir cuerpo a cuerpo. Si tuviese valor para pelear conmigo y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo prevaleciere y lo matare a él, vosotros seréis los esclavos, y nos serviréis.* ⁽¹⁾ Pues bien, tu defecto dominante viene a ser una especie de Goliat. Si lo vences, ya dominas lo demás.

Cada joven tiene un defecto capital, del que provienen después todas sus debilidades. El uno tiene un temperamento rabioso; el otro miente con facilidad o por lo menos, “exagera”; un tercero es terriblemente cómodo, perezoso; el cuarto se inclina demasiado al sensualismo, etc.

Pues aprovecha la ocasión de la rectificación. Declaración de guerra a tu defecto capital. ¡Pero una declaración categórica! ¡Inexorable! Párate cada mañana en tu rezo y si, por ejemplo, tienes que luchar contra la ira precipitada, piensa de un modo concreto (naturalmente, para ello bastan algunos minutos) las ocasiones que pueden presentarse durante el día, en que te dejes llevar por la ira: en la escuela, en los descansos, durante el juego, en casa con tus hermanos. Después haz el firme propósito: “Venga lo que viniese, hoy quiero pasar el día sin cóleras, sin precipitaciones. Dios mío, ayúdame en ello”.

(1) *I Reyes, XVII. 3, 9.*

Durante el día procura repetir la noble decisión que tomaste por la mañana.

Por la noche, durante el rezo, examínate: ¿Has cumplido tu propósito?

¿No lo has logrado? Pues mañana debes ser más fuerte.

¿Lo has logrado? Con alegría da gracias a nuestro Señor Jesucristo.

En algunos claustros está vigente aún la costumbre de examinarse la conciencia mutuamente. Los religiosos se reúnen ciertos días, y cada uno de ellos va enumerando los defectos que ha notado en los demás.

Si tienes un amigo de confianza, tú también puedes aprovechar este medio, indudablemente muy eficaz, de propia educación. El ojo observador de otro, descubrirá tal vez manchas donde nuestro amor propio todo lo ve cubierto de nivea blancura. Alégrate si tienes un amigo, que con amor sincero te avisa de tus defectos.

XLII.- A LOS PIES DEL SEÑOR

Mi libro va acercándose a su término y te sorprenderá acaso que, después de exponer todos mis pensamientos respecto a la formación del carácter, haya dejado para el fin el medio más importante: la imitación de nuestro Señor Jesucristo, modelo sublime de todo carácter humano.

Si crees que lo he dejado al final de todo, te engañas. La necesidad del amor a Dios, el consejo de una vida profundamente religiosa, brilla en cada línea del libro. Pero no he escrito más detenidamente de ello, porque después de *El joven de carácter* seguirán otros dos libros, dedicados exclusivamente a meditar las relaciones que existen entre Dios y el alma del joven.

Por otra parte, sentirás sin dificultad en cada línea de este libro que, apoyándose en una base religiosa, resulta más fácil formarnos rectas normas de vida y permanecer fieles a ellas, es decir, "tener carácter".

Has leído en cada paso de este libro el encargo de escoger una dirección determinada, principios de vida, un fin, rectos conceptos, y el consejo insistente de que a ellos ajustes tu conducta. Esta es, debes decir, la dirección de mi vida y no me desviarán de ella ni lecturas, ni pruebas, ni amigos. Sé que sólo tendré una vida bella, feliz, si me hago, según las palabras de San Pablo, *vinctus Christi* ⁽¹⁾, es decir, si ato mi voluntad a Cristo.

Sólo el que tiene la raigambre de su alma en Dios, y sobre Él edifica toda su vida, puede tener un carácter realmente fuerte.

(1) *A Filemón*, 9.

El ala más vigorosa de la voluntad es la oración, y el medio que da más eficaz auxilio para toda formación de carácter, es la vida realmente religiosa; en ninguna parte encontramos un blanco tan seguro y elevado, y estímulos tan poderosos para la autoeducación, como en las primeras palabras del catecismo: "Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verlo y gozarlo en la otra".

Tanto adelantarás en el camino del carácter, cuanto más te acerques día tras día a la semejanza del ideal sublime de todo carácter... a nuestro Señor Jesucristo.

XLIII.- GAUDEAMUS IGITUR

Gaudeamus igitur invenes dum sumus. "Alegrémonos mientras somos jóvenes", dice la antigua canción de los estudiantes. Y tiene razón. La alegría pura es un medio para fortalecer la voluntad. Es fuente de vigor, es eficaz protección contra el pecado. Lo que haces con alegría, te resultará fácil.

La alegría es rayo de sol y de él brota vida. Pero el rayo de sol destruye también el moho, la podredumbre, renueva el aire putrefacto; la alegría noble tampoco deja lugar a que hablen las bajas inclinaciones que nos inducen al pecado.

Pero cuidado con una cosa, hijo mío; mira qué entiendes por alegría. Es interesante ver cuán diverso es el sentir de los hombres respecto a este punto. Para algunos hombres alegría es sentir en la cabeza el vaho del vino; es alegría la sala de un café en que el humo del tabaco no deja respirar, las continuas diversiones, la inactividad, los paseos, gritar descontroladamente, etc.

Pero te veo con otras aficiones. Para ti será alegría el bosque en que se oyen los trinos de los pájaros, el campo que exhala de perfumes de millares de florecitas, el deber cumplido con exactitud, y después el juego con regocijo y el sin número de ratos agradables en que abunda la vida del joven, como campo vestido de flores vistosas. Sacar de ellos la miel de las pequeñas alegrías, es precisamente uno de los deberes más hermosos del arte de vivir.

La alegría verdadera brota sólo de una conciencia limpia y tranquila. Si la conciencia nos apremia y nos remuerde, será vano nuestro esfuerzo por estar alegres. El que buscase en el pecado su alegría, lea la inscripción que hay sobre la tumba de un estudiante en el cementerio de Bolonia: *O quam fragilis, nosce, ruit voluptas.* "Aprende cuán fácil es la voluptuosidad, el placer".

Con una juventud, cuyo ideal es la embriaguez, la fiesta prolongada hasta la mañana y el sueño hasta la noche, el derroche del dinero y la inactividad, no podemos esperar un risueño porvenir para la patria. El pagano Séneca hace constar con aire de reproche, que había en su época "hombres que invertían los papeles de la noche y el día, y después de la embriaguez del día anterior, sólo

abrían sus ojos a la vida normal en la noche siguiente”. *Sunt qui officia lucis noctisque perverterint, nec ante diducant oculos hesternae graves crapula, quam adpetere nox coepit* ⁽¹⁾. ¡Quién sabe si no podría dirigirse el mismo reproche a muchos jóvenes de nuestros días!

Malgastan un inmenso caudal de puras y verdaderas alegrías, de nobles entusiasmos, de tiempo precioso, de dinero ganado por otros entre sudores, aquellos jóvenes dignos de compasión, que pasan sus años de estudios en juergas que duran hasta la madrugada. ¡Quién podría decir cuántos jóvenes de halagüeñas esperanzas han destruido su talento en medio de las embriagueces de los años universitarios! El joven que se entrega a la bebida, caerá forzosamente; lo consignó ya San Jerónimo, al escribir: *Vinum et adolescentia dúplex incendium voluptatis*. ⁽²⁾ “El vino y la juventud son un doble incendio de voluptuosidad”. Por esto escribió Salviano en la losa sepulcral del imperio romano, tan poderoso un día: *Sola nos morum nostrorum vitia vicerunt*. ⁽³⁾ “La única causa de nuestra caída fue la inmoralidad”.

Entiéndeme bien. No quiero verte ceñudo y entristecido, que pierdas toda alegría. ¡De ninguna manera! Sé un joven alegre, dichoso, jovial; pero no seas un jovencito ligero, vacío, vicioso, sin valor.

No te encargo que siempre te las des de valiente y vayas buscando el peligro; pero tampoco quisiera que empezases a silbar de puro miedo, al quedarte solo en un cuarto oscuro.

No quiero que seas un acróbata; pero me alegra verte jugar en el agua, cuando te deslizas entre las olas con la velocidad de una serpiente y cuando llevas con tal vigor la bandera en la clase de gimnasia, que pareces tan firme como el roble.

No te digo que vayas con la cara sombría, pero me gustaría que al reírte, pudieras hacerlo siempre con un corazón *puro*.

Me encantan los jóvenes alegres, vivaces, vigorosos; siempre me dan que pensar los jóvenes tristes, inactivos, envejecidos antes de tiempo. Los muchachos, que tristes se acurrucan en un rincón, están enfermos; o de cuerpo o de alma.

(1) *Epist. mor*, 205.

(2) *Epist. ad Eust.*

(3) *De gubernatione mundi*, 1, 7, c. 23

Sé, pues, siempre un joven alegre, sonriente, de cuyos labios brota el canto. Y gracias a un gran esfuerzo, por atención a los demás, sabe, en lo posible, mostrarte exteriormente alegre, aun cuando el corazón sangra en tu pecho; para esto necesitas una fuerza de voluntad que sobrepasa la habitual.

Demuestras aún más valentía si sabes conservar la alegría y tranquilidad interior, cuando te cerca la tristeza. “¿Estar triste? No. No lo permito. La tristeza no es mi elemento de vida. ¡Al fin y al cabo debo tener tanta fuerza de voluntad que pueda dirigir yo mismo el barómetro del día de hoy, predecir el tiempo que habrá en mi alma! No me abandonaré nunca a la tristeza”.

“¿Nunca? ¿Y si he cometido alguna falta? ¿Si he caído en pecado? ¿Si no me arrepiento antes de la confesión?” Ni siquiera entonces debes caer en la tristeza, porque de esa tierra no brotaría vida; no debes lamentarte inútilmente, sino que hasta las mismas lágrimas de arrepentimiento se deben iluminar con el arco iris de la alegría de una vida nueva, más noble, más pura, que te espera después del arrepentimiento.

XLIV.- JUVENTUD MÍA, VUELVE Y ESCUCHA

Es interesante que los hombres nada recuerden con más gusto, que su juventud. Hombres avanzados de edad, hombres serios, se conmueven en cuanto hablan de los años de su juventud.

¿A qué obedece esto? A que los años de la juventud forman la época más hermosa de la vida. De todas las estaciones, la más sugestiva es la primavera, la época del desarrollo, de la floración; y la juventud es la primavera de la vida.

Mira el árbol en su desarrollo. ¡Cómo se despliegan sus vigorosas energías en crecimiento y salud juvenil! Ante el alma del joven, se abren día tras día nuevos y nuevos territorios del gran mundo. Su fantasía es fresca, su memoria viva, se alegra del presente y va tejiendo continuamente el cuadro de la esperanza del porvenir que brilla en matices de mil colores. Nos parece verdaderamente como un árbol rebosante de lozanía que se abre en flor en pleno otoño.

Es también hermosa la juventud, porque aún no han tocado su alma virginal las mil y miles de preocupaciones de la vida.

“¡Vaya si tengo preocupaciones! – objeta alguno de vosotros.

“¡Y las lecciones de matemática, de literatura!”

¡Ah, hijo mío, si nunca tuvieras mayores preocupaciones en la vida! Pero está bien como está. Tienes derecho a que los años de tu juventud no se amarguen con otros desvelos.

Pero la juventud sin inquietudes no quiere decir una juventud despreocupada. Por desgracia, hay quienes se creen que el no tener

preocupaciones, es lo mismo que ser despreocupado. Son los que no aprovechan bien su juventud y malgastan ligeramente los años que ya nunca vuelven. Y, sin embargo, el que no aprovecha bien su juventud según los planes de Dios, es decir, para que sirva de preparación a la edad madura, tendrá una juventud que llegará a ser un sueño descabellado en la aurora de la vida, y a la que seguirá en la edad madura un amargo despertar.

Acuérdate de que *ut flos vel ventus, sic transit nostra juvenus*. “Nuestra juventud pasa como la flor o el viento”.

Lo sé muy bien: “Hasta el justo cae siete veces al día”, y los jóvenes también caen muchas veces, resbalan, y tropiezan en la vida moral. Es triste, pero es muy humano; y esto no quiere decir todavía que es una juventud pervertida.

Tan sólo me da espanto el porvenir de aquellos que retroceden de una manera cobarde, sin resistencia, ante las malas inclinaciones que bullen en todos los hombres; que saben cuán imperfecta es su alma, pero no les importa; que no toman en serio la propia formación.

Mi ideal es *el joven de carácter*.

El joven que sabe reconcentrar su fuerza de voluntad, que sabe mandar a sus sentidos, que sabe vencer la cobardía y la blandura.

El joven que sabe tener en justa estima su alma inmortal y sabe luchar por conservarla pura.

El joven que educa su sentimiento, educa su alma y aun después de largos estudios, sabe sonreír con el espíritu inundado por el sol.

Mi ideal es el joven que en el estudio es el más diligente; en la oración, el más fervoroso; en el juego, el más alegre.

Y, ¿cómo deseas ser tú?

XLV.- ¿QUÉ QUIERES SER?

¿Qué quieres ser? Así, de momento, tal vez te parezca que me interesa saber la carrera que piensas elegir. No. No pregunto si serás médico o comerciante, ingeniero o sacerdote, abogado o industrial. Adonde quiera que vayas, en cualquier dirección que te empujen tus inclinaciones, tu vocación, las circunstancias, para la sociedad casi viene a ser igual. Pero lo que no es igual es que adonde quiera que vayas, allí seas *hombre íntegro* y cumplas tu deber.

Por lo tanto, al preguntarte ahora antes de despedirme, *¿qué quieres ser?*, te pregunto propiamente si has meditado ya cuál sea el fin, el deber del hombre en este mundo. Porque hasta los animales más pequeños, aun el último granito de arena tienen un fin, un significado y una relación estrecha con el gran universo.

Es difícil descubrir a veces este fin, esta relación íntima; pero ello no se opone a que exista en verdad.

Pues bien, ¿sólo el hombre se quedaría sin un fin determinado? No; de ninguna manera; tiene uno muy elevado.

Y, ¿cuál es éste? ¿Cuál es tu meta? La gloria de Dios y tu propia felicidad.

¿Qué significa esto? Significa que debes poner en juego todas tus fuerzas para realizar por completo su esencia, el contenido de tu vida.

En otras palabras, has de ser *hombre de carácter*.

¿Quién es el *hombre de carácter*? El que sabe luchar firmemente contra todos los males morales.

"*Hombre de carácter*", católico.

"*Hombre de carácter*", católico y patriota.

¿Quién es el "*hombre de carácter*", católico? El que en este mundo falso y engañoso, en el que nadie muestra su verdadera cara y todos quieren parecer distintos de lo que son, procura formar un valor real, un carácter incontrastable.

¿Quién es el "*el hombre de carácter*", católico y patriota? El que demuestra su amor a la patria, no con palabras, golpeándose el pecho, sino que la sirve con una vida honrada y con el fiel cumplimiento de su deber.

¡Hijos míos! ¡Estudiantes! Trabajen todos para llegar a ser verdaderos "*hombres de carácter*", que aman vuestra religión y vuestra patria.

La poderosa nación de la antigüedad levantó un templo espléndido en Roma bajo el nombre de *Panteón* y amontonó en él todos los dioses de los países conquistados. Ídolos cada cual más extraño, se reunían en el templo, levantado en honor de "todos los dioses" y edificado con arte incomparable. Y en medio de la pompa de las magníficas columnas corintias y de los tesoros acumulados del culto de entonces, resaltaba con deplorable contraste la aglomeración de los ídolos: señal de los tanteos inciertos del alma humana.

Un día, a principios del siglo IV después de Cristo, llegaron viajeros extranjeros a Roma: cristianos venidos de lejanas tierras. El pequeño grupo entró también en el *Panteón* y, al echar una mirada a los rostros exóticos de los innumerables dioses paganos, su alma sintió el hálito de una tristeza sin nombre. Uno de ellos sacó del pecho un pequeño crucifijo y lo depositó entre las estatuas de los ídolos gigantescos. La pequeña comitiva salió del templo en silencio...

Pues mira, hijo mío, ahí tienes el símbolo de la lucha del joven cristiano de nuestros días en el *Panteón* de los ídolos modernos.

Al salir de la escuela y alistarse en la vida, tu alma noble también sentirá el hálito frío del paganismo moderno, y notarás que en este mundo, donde no hay sino competencias, afán de lucro o de brillo, en el que los unos pisotean a los otros, has llegado a un *Panteón pagano*. Y en él, ante todos los ídolos de muecas

atroces, de la boca mentirosa, de pulmones insaciables, se inclinan los hombres hasta el suelo; sólo para el culto del Dios verdadero hay cada vez menos lugar.

Y, quieras o no quieras, debes alistarte tú también en este paganismo moderno. Debes entrar en el *Panteón*; pero *no debes hacerte pagano*. Si tú, hijo amado, llevas sobre tu pecho y en tu alma la cruz de nuestro Señor Jesucristo, y vives según su espíritu hasta en el mundo actual, entonces también tú depositarás tu diminuto crucifijo en medio de tu pequeña comitiva, tus parientes cercanos y conocidos, y más tarde, en tu oficina y en tu carrera. Así despedirás luz, alegría, darás ejemplo; así, de "*joven de carácter*", te harás "*hombre de carácter*".

XLVI.- TRISTE NOCHE DE AÑO NUEVO

No olvides, hijo mío, el único pensamiento que vibra en cada frase de este libro: en ti está latente un tesoro inmenso; y es: tu alma inmortal.

Obligación tuya es adornar tu alma para que sea lo más ideal posible, lo más hermosa, lo más rica en nobles virtudes.

La vida eterna de todos estará en consonancia con la seriedad y esmero que hayan puesto en el perfeccionamiento de su alma en la vida terrena.

Hay una planta interesante, el *ágave*. Se cuenta que sólo florece cada cien años, pero su flor tiene una belleza incomparable. Se prepara durante cien años para aquel día de esplendor; reúne fuerzas, va vistiéndose con un trabajo silencioso que nadie nota durante la centuria. Cuando llega la hora, despliega los pétalos frescos de su flor y cautiva con su hechizo a los hombres que van a admirarla.

Amado hijo: tú también debes ser un *ágave* en flor.

Debes aplicar todas tus fuerzas en alcanzar este único propósito: tengo que hacer brotar en mí la excelsa flor que se llama *carácter*.

Soy un ángel que crece.

Soy un capullo que se abre.

Soy un sembrado que promete.

Trabajaré sin cesar en mi alma durante mi juventud; podaré los retoños silvestres; reuniré fuerzas para llegar a ser un *hombre de carácter* en quien encuentren satisfacción los mismos ángeles del cielo.

Hay que redimir al alma, y el precio de este rescate es el combate. Los deseos del cuerpo no se compaginan con los anhelos elevados del alma, y entonces estalla la lucha. La gran lucha por la libertad del alma.

La cuestión es saber quién en la casa debe ser el dueño: ¿el señor o el criado? ¿Quién debe tener en sus manos el timón del buque: ¿el capitán o el fogonero? ¿Qué ruta debe emprender el barco de mi vida: ¿deberá errar entre

rocas y escollos, abriéndose una brecha en el costado, padeciendo continuamente; o ir como la flecha despedida del arco, hacia el puerto de la patria? Al final de todo, ¿dónde debe atracar el buque?: ¿en las playas de la felicidad perdurable o en la desesperación de la ruina sempiterna?

Pues bien: ¿no vale la pena luchar por un buen fin?

Un escritor célebre, Jean Paul, describe de manera conmovedora la desesperación íntima de un hombre que naufragó en su fe.

“En la noche de Año Nuevo, un anciano medita solitariamente, junto a la ventana de su cuarto. Con angustiosa mirada observa el cielo impasible, brillante, lleno de estrellas; la tierra silenciosa, envuelta en un manto de nieve. No hay en este mundo un corazón tan árido como el suyo ni alma tan atribulada. El sepulcro se abre ya ante sus pasos; él se encamina a la fosa y, espantado, nota que por equipaje de su vida, no trae más que un enjambre de errores y de pecados; un cuerpo quebrantado por los placeres y un alma envenenada. Como fantasmas aterradores, se arremolinan en su memoria los días hermosos de la juventud: aquella espléndida mañana de mayo en que su padre le puso por vez primera en el sendero de la vida para él desconocida. Aquel momento fatal, en que él, un joven de sonrientes esperanzas, pisó, en vez del camino pedregoso, pero apacible, de la virtud, del cumplimiento del deber y del trabajo, aquel otro de la voluptuosidad y del pecado; camino que le prometía gozo, pero arteramente lo precipitó al abismo. Una pena indecible tortura el corazón del anciano, cuando sollozando grita en el silencio de la noche: ¡Oh! ¡Si pudieran volver otra vez los años de mi juventud! ¡Oh, Padre mío, colócame otra vez en el cruce de los caminos de la vida, para que pueda escoger de otra manera!

La queja sollozante del anciano se pierde sin respuesta en el silencio de la fría noche invernal. No tendrá ya ocasión de escoger...”

Pero tú, hijo mío, estás aún ante el cruce de los caminos. Tú puedes escoger aún el camino recto.

No seas primavera sin flores.

No seas cielo sin estrellas.

No seas joven sin ideales nobles.

XLVII.- ESCOJO

¿Puedo escoger?

Pues bien: escojo.

Quiero ser "joven de carácter".

Quiero vivir de manera que mis nobles acciones, mis palabras y mis pensamientos puedan revolotear en torno mío con alegría encendida, cual aves cantoras. Y después de mis acciones y pensamientos, quiero sentir cómo en un abrazo suave, atrae mi frente limpia mi mejor Amigo, mi Dueño, mi Padre, nuestro Señor Jesucristo, y en ella deposita un beso de recompensa.

¡Sí! ¡Yo me pongo al lado de Jesucristo, y nunca le seré infiel!

¡NUNCA! ¡NUNCA!

DESPEDIDA (1)

Joven lector:

Terminas la lectura de este libro. Sus páginas te han sugerido seguramente sanos propósitos, que desde hoy mismo vas a poner en práctica.

Ahora, antes de cerrarlo, responde sinceramente:

¿Soy joven de carácter?

.....

¿Me mantengo firme en mis decisiones?

.....

¿Sé decir que no, cuando mi conciencia me lo exige?

.....

¿Qué obstáculos se atraviesan al cumplimiento de mis propósitos?

.....

¿Soy caprichoso, inconstante, precipitado, incapaz de un pequeño sacrificio?

.....

¿Me privo de aquellos placeres y distracciones, que están reñidos con el deber cristiano?

.....

¿Quiero de veras ser joven activo, noble, leal, amante de mi Dios y de mi patria?

.....

(1) De la Edición Española

Adelante, joven; marcha alegre a la conquista del porvenir. Es tuyo, si fielmente sigues los consejos que aquí has leído.

No te espante o retraiga la pobreza en que acaso naciste y en que vives todavía: en la escasez y en el trabajo rudo y tenaz se han forjado los grandes caracteres de nuestra raza.

Fray Luis de Granada, el hijo de una lavandera, es el príncipe de los prosistas españoles del siglo XVI.

Pizarro, de cuidador de cerdos en una dehesa de Extremadura, pasó a conquistador del Perú.

Y, ¿qué decirte de las penurias y cautiverios, en que se escribió El Quijote?

En nuestros días, el beato P. Claret fue hijo de un pobre tejedor; San Juan Bosco, de un humilde labrador; Pio X, de un modesto empleado de Correos. El gran filántropo español, primer Marqués de Valdecilla, fue de niño un pobre montañés, que luego, con su talento, trabajo y honradez, labró una fortuna cuantiosa, gastada en obras de beneficencia.

Adelante, pues: sigue sus huellas; no pierdas el tiempo; trabaja, confiado en tus fuerzas y en Dios. Sé desde ahora mismo joven de carácter.
